

Memorias



Mi hijo
Raúl Pellegrin
Comandante José Miguel

Judith "Tita" Friedmann V.



Friedmann Volosky, Judith

Mi hijo Raúl Pellegrin: Comandante José Miguel
[texto impreso] / Judith Friedmann Volosky .- 1ª ed. –
Santiago: LOM Ediciones, 2008.

174 p.; 14x21 cm.- (Colección Memorias)

ISBN : 978-956-00-0012-5

1. Biografías – Chile 2. Pellegrin, Raúl I. Título.
II. Serie.

Dewey : 923.183.-- cdd 21

Cutter : P386h

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

© LOM Ediciones
Primera edición, 2008
I.S.B.N.: 978-956-00-0012-5

Diseño, Composición y Diagramación:
Editorial LOM, Concha y Toro 23, Santiago
Fono: 6885273 Fax: 6966388

Impreso en los Talleres de LOM
Miguel de Atero 2888, Quinta Normal
Fono: 716 9684 – 716 9695 / Fax: 716 8304
web: www.lom.cl
e-mail: lom@lom.cl

Impreso en Santiago de Chile.

Judith “Tita” Friedmann Volosky

Mi hijo Raúl Pellegrin
Comandante José Miguel



Nuestra moral Revolucionaria, con nuestro total apoyo a la lucha social y lucha contra los aparatos de inteligencia que aun operan en Chile. Nuestro Total repudio a la dirigencia del FPMR.CL ya que se han unido al sabotaje Popular, se han sumado al desprestigio y al apoyo por la traicion de nuestra Hitoria. Todo por Ramiro Todos por Ramiro. 2015

HISTORIA DE TODOS

videos, fotos, articulos para no olvidar

LOS AÑOS DEL FRENTE

- Un 22 de Enero de 1992.
- Operacion Siglo XX
- Nace El FPMR
- Las Armas de Carrizal
- La Operación Albanjo
- El Quilero
- Los Autómatos
- La Operación Príncipe
- La Guerra Patriótica Nacional
- El Secuestro de Cristián Edwards
- El FPMR en Democracia
- La Oficina

➔ Grupo No al fpmr.cl



Hacia el final de la partida

El Manifiesto Comunista.

Operación Príncipe

Che Guevara, "La Guerra de Guerrillas"

Guerrillero del tiempo.

La vida no es facil, Papi

Los fusileros

Operacion Siglo XX

Una larga cola de acero

La Gran Evasion

Dawson Isla 10

Las fichas de clases en las primeras décadas de la República de Chile 1910 - 1940

Chavez Nuestro

Escasitud y tráfico de calles en Chile

A los Rodrigo que quiero y a todos en los que mi hijo pudo confiar.

A los que me contaron pedacitos de su vida.

*A mis hijas y nietos, a las mamás y abuelas que arriesgándose,
atenuaron con ternura el rigor de su clandestinidad.*

¿De que he perdido el tiempo? No lo siento así.
Dime que en estos años de destierro, he meditado,
he aprendido mucho, y sobre todo he dado de forma
definitiva e irreversible el sentido a mi vida.

Paul Pelley

1982.

Prólogo

La mitad de la vida de Raúl Pellegrin transcurrió en la clandestinidad. Decidió muy joven transformarse en combatiente para enfrentar el horror, el exterminio y la decepción. Estaba a punto de cumplir los 15 años cuando Allende resistió en La Moneda. El Presidente pudo hablar por última vez con su pueblo a través de la radio. Treinta y cinco años después continúa conmoviendo el metal tranquilo de su voz.

Los asesinos no lograron legitimarse jamás y brotaron los nuevos luchadores. Entre ellos creo que Raúl Pellegrin, Comandante José Miguel, ocupa el lugar principal. Encabezó la resistencia armada a la dictadura y gracias a su coraje, generosidad y dignidad, y la de los jóvenes que lo acompañaron, los chilenos pudimos dar unos pasos más en pos de nuestra libertad.

Su madre reconstruye en este libro una vida breve. Apenas 30 años. Nos muestra la etapa de formación de Raúl, su carácter y sus sueños. Judith Friedmann no hace concesiones apologéticas ni da respuestas que desconoce. No acepta verdades reveladas ni utiliza el cartón piedra. No pretende tener la última palabra.

Ha escrito este texto emocionante y necesario. Quiere pelear contra el olvido, quiere que recordemos la existencia generosa de su hijo.

Chile mira con temor su pasado o prefiere no mirarlo. Nada en sus calles recuerda a Carlos Prats, Clotario Blest o Víctor Díaz, para poner solo tres ejemplos.

8 Los asesinos envejecen invocando la ley de impunidad. Sus cómplices se enmascaran de políticos “respetables” y “patriotas”...

Muchos invocan fariseicamente el “progreso”, “el mirar al futuro” como remedios milagrosos de “paz social”, sin calibrar el peligro de ser un pueblo sin memoria y sin historia, o con la historia falseada y distorsionada, de pretender cerrar heridas en falso; en definitiva, de intentar hacernos transitar por la senda del olvido, lo que inevitablemente llevaría a repetir los horrores del pasado dictatorial.

El desconocimiento de nuestra historia nos hace débiles y manipulables.

Apenas puedo imaginar el mayor dolor posible: la pérdida de un hijo. Conmueve este retrato cargado de amor y de verdad. Gracias, Tita.

CARMEN HERTZ
Abogada de Derechos Humanos

Presentación

Siento que la vida de solo 30 años de mi hijo Raúl Pellegrin debe ser conocida. Especialmente quiero que la conozcan y recuerden mis nietos. Por eso escribo.

¿Por qué la urgencia de estos textos ahora que ya pasé los setenta años? A mi generación le han prolongado la vida, pero la memoria no ha dejado de ser frágil. Y esa limitación hace apremiante escribir mis recuerdos antes de que sea tarde.

Por lo no vivido pedí ayuda a muchos de sus compañeros, amigos y conocidos.

Uní lo que me fueron contando. Más de algún recuerdo o anécdota fue desmentido por otro. La mayoría de las veces pude constatar cuál era la que se acercaba a la verdad y esa fue la versión que incluí señalando la fuente. Cuando no pude, o no obtuve contestación del autor, la dejé fuera del relato. También dejé fuera algunos testimonios que me contaron de su vida en la clandestinidad, pero pienso que les corresponde a ellos escribirla, a sus compañeros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Creo que lo están haciendo. Allí podré entender, quizás, las etapas y acciones que realizaron en el contexto político y militar de Chile.

Fue complejo cambiarle los nombres que fue asumiendo mi hijo en las diversas etapas de su trabajo clandestino. Algunos cuentan que le decían “Chico”. Uno de sus amigos se acuerda que ese apodo nació en la época en que los dos Raúlés, padre e hijo, trabajaban en la misma célula del

10 Partido. Para diferenciarlos les decían “Raúl Grande” o “Raúl Papá” y “Raúl Chico”. Los mismos recuerdan que les parecía una falta llamarlo “Chico”. Cuentan: “Era bajo de estatura pero Grande”.

En orden cronológico me parece que después de Raúl Alejandro —su nombre legal— se llamó Alejandro en Frankfurt, Benjamín en Nicaragua; Ricardo, Rodrigo y José Miguel en Chile.

No conocí su vida en la clandestinidad. Solo sé que estaba en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Su quehacer compartimentado me impidió incluso sentir todo lo que me quería. A mí y a la familia.

Lo supe años después. Paulita, a quien amó, me contó que él se arrepentía de no habernos sabido expresar su amor. Le agradezco que durante los cinco años de clandestinidad que vivió en Chile, nunca se olvidara de felicitarme por mi cumpleaños. Ese día, cada año, recibí un gran ramo de claveles rojos. Siempre incluyó una tarjeta blanca con palabras de cariño y la letra inicial de su nombre como firma.

(Después de 1988, una persona siguió enviando las mismas flores. Me conmueve recordarlo, pero no lo agradezco. Seguramente pensó que era un hermoso gesto. Pero cada año, me remecía en lo más profundo cuando llegaba a mis manos ese ramo con igual tarjeta blanca. Me preguntaba: ¿Estará vivo mi Alejandro? Al caer nuevamente en la realidad, revivía la angustia inicial.)

Queridos mios:
Quiero stressar, un feliz cumpleaños
para tate, y un abrazo grande para
cada uno de Uds.
Yo estoy muy muy bien, solo
deseando que sean tan felices como
lo soy yo.
Los quiere Δ
(y feliz cumpleaños a Paul).

Un abrazo enorme y todo
mi amor. y feliz cumpleaños!
 Δ
8-10.

Los primeros años después de su asesinato, en la cercanía de Los Queñes, en la Séptima Región, imaginaba su captura. Él, corriendo perseguido por perros adiestrados que se lanzaban sobre su cuerpo. Tendido, destrozado y sangrando en el suelo. Me tranquilizaba imaginar que estaría inconsciente.

Luego que conocí un informe del trabajo de investigación sobre su captura y muerte realizado por mi hija Carla y “Miguel”, supe que otros de sus compañeros habían ido esparciendo pimienta detrás del grupo para engañar el olfato de los perros. Me serenó saberlo y durante un largo tiempo dejé de pensar en los momentos de su detención.

Hasta hoy el juicio legal se mantiene abierto. Carla ha logrado que no se cierre, a pesar de haber sido sobreseído once veces. Yo soporté solo unos meses el trámite con los abogados. Todo era engorroso y me dolía demasiado. El sistema judicial me derrotó. Mi falta de fe en la justicia chilena me hizo pensar que era inútil seguir bregando por la verdad. Desde hace diecinueve años el juicio sigue y Carla sigue.

Recién en octubre del año 2007, en el Cementerio General, recordando el décimo noveno aniversario de su muerte, supimos la noticia:

CONFESOS Y ENCARCELADOS LOS TORTURADORES Y ASESINOS DIRECTOS DE RAÚL PELLEGRIN Y CECILIA MAGNI: MAURICIO BEZMALINOVIC Y JULIO VERNE ACOSTA.

Esta sorpresa, cuando preparábamos un gran acto para el vigésimo aniversario de su muerte, el lanzamiento de un video sobre su vida y este libro, nos reconfortó dentro de la interminable pena. No creímos que se haría justicia.

Solo se logró con la persistencia de Carla, de Rafael Walker, de Juan Carlos Hernández, abogado de San Fernando; de los abogados Sergio Hevia Larenas y Ema Salinas, y los abogados del Consejo de Defensa del Estado María Inés Horvitz y Marcelo Oyharcabal. Gracias a todos ellos.

Raúl Pellegrin, mi hijo

1958: Dos luceros claros

Fui muy feliz cuando a principios de 1958 empecé a sentir un nuevo corazón creciendo dentro de mí. Hicimos todo lo posible por preparar a su hermana para que no sintiera celos del niño que venía a compartir su amor.

Vivíamos en la calle Central, en el barrio Independencia de Santiago, una hermosa avenida de casas de un piso con antejardín lleno de flores. Al fondo, bajo el parrón, una gruta con la Virgen de Lourdes. Un parque separaba las dos aceras que unen Independencia y Vivaceta. Ahí, entre los árboles y bancos de piedra, salía a jugar con mi hija esperando su nacimiento.

Recuerdo un día en que mientras paseaba anunciaron un eclipse de sol. Yo iba con las manos en los bolsillos. La señora Ena, nuestra vecina, llegó corriendo a decirme que bajara los brazos porque estaba tocando a la guagua y así nacería con la cara manchada.

Pasó el tiempo y la noche de octubre en que se le ocurrió empezar a nacer no sentía la emoción tantas veces descrita de traer un hijo a la vida. Tampoco pensaba en el niño que venía, sino en “¿cómo se me habían olvidado los sufrimientos de tener guagua?”

Cuando nació, cansada de tantos dolores, trataba de dormir sin pensar en el nuevo velloncito de carne. Solo hasta que lo depositaron encima de mi cuerpo lo sentí. Sin abrir los ojos, lo recorrí entero.

Fuimos conociéndonos la suavidad de nuestra piel, acariciando cada uno de sus dedos, sus manos y pies. Pasé mi mano por la redondez de su cabeza cubierta de pelo tieso y me bajó un río de amor por él que permanece igual hasta hoy. Abrí los ojos y me encontré con dos luceros claros, azul profundo, sonrientes, que miraban con avidez el mundo al que le había tocado venir y que me desafiaban en una presentación formal como diciendo: “Aquí estoy para darte mucha alegría y la más grande de las penas”.

Aun mis manos recuerdan cómo era su pelo tieso como espinas de quisco, la blancura de su cara, sin ninguna mancha como me habían vaticinado con el eclipse de sol.

A los pocos días de su nacimiento nos fuimos de la clínica a la casa. Siempre nos quejamos de que era bien llorón, pero ese día sonrió cuando nos recibieron floridas las rosas color té. Cubrían la pérgola de acceso a la casa. Por eso, muchos años después escribí:

Me hacen llorar las rosas color té

En especial cada 28 de Octubre en que las riego.

Las distingo desde lejos.

Altas, orgullosas de su fuerza.

*El intenso color de sus pétalos me indica el camino donde está enterrado mi hijo.
Florece ese día recordándome la primera vez en que regresé a casa con él en mis brazos.*

Un precioso llorón al que las rosas esperaban alegre.

*Florecidas para enseñarle su belleza, acompañarlo,
colorear el cielo en cada uno de sus cumpleaños.*

Pero me engañaron

*Yo quería que fueran rosas de la pérgola las que lo celebraran cada año.
Que lo cuidaran mientras gateaba, mientras jugaba al sol, mientras crecía.
Y jugó con ellas, deshojándolas, pinchando sus manos con las espinas.*

Pero me engañaron las rosas color té.

Yo quería que lo acompañaran allí.

Siempre allí, bajo la pérgola.

*Yo quería que no fuera sobre el nicho en que ahora sólo puedo recordarlo
Y mis manos y las suyas no se juntan a deshojar sus pétalos.*

Creció en medio del amor de su hermana Andrea, de Raúl, su papá, y mío. Gateando aprendió a subir por la escalera de tijera al parrón. A cada rato algún vecino alarmado tocaba el timbre para avisarnos del peligro que estaba viviendo el niño. Que lo bajáramos de los racimos de uvas verdes que comía a manos llenas. Para protegerlo lo pusimos en un andador. Lo levantaba con sus dos manitas para correr más rápido y arrancarse por el parque. Llegando a la Avenida Independencia, casi al borde de la vereda, lo alcanzábamos.

Cuando tenía año y medio, fue por poco tiempo a su primer jardín infantil. Al mes nos pidieron que lo retiráramos. De las dos parvularias que atendían a diecisiete niños, una tenía que dedicarse solo a Raulito. La jornada completa debía perseguirlo en sus escalamientos por mesas, sillas y estantes o lo que estuviera en altura.

Una tarde me preparaba a salir de casa, cuando, a través de la ventana, vi que Sandra, la empleada de la casa, lo besaba y apretaba con mucho cariño en sus brazos, muy nerviosa. Era un rucio lindo, rechonchito, de ojos claros y muy querible. En ese momento entendí por qué Andrea, su hermana, no quería quedarse en la casa cuando los dejaba a los dos con Sandra. Comprendí los celos por ese hermanito al que, en forma ostensible, la “nana” prefería.

Intuyendo algo, ese día decidí llevarlos conmigo a los dos y dejar sola a la empleada. Así, ella tendría tranquilidad para ordenar el caos posterior a una intensa mañana de juegos dentro de la casa.

Y partí con mis dos cachorros de uno y tres años a visitar a la abuela. Durante unas horas jugaron, mostraron las gracias que les pedían y bailamos con la música del tocadiscos que aún no teníamos. Al regresar, encontramos puerta y ventanas abiertas, cajones y roperos descerrajados y nosotros quedamos solo con la ropa que teníamos puesta. Según los vecinos, dos taxis habían hecho la mudanza. Los más chismosos comentaban que era tanto el amor de Sandra por el niño que su intención era llevárselo. Que ella lo había insinuado más de alguna vez.

Por eso, luego de los calmantes y llamados a la policía, nos tranquilizamos. Aceptamos que la verdadera tragedia habría sido el rapto del niño.

16 Sus orígenes: Besarabia, Loncoche, Chillán, París y Odessa

Sus bisabuelos y abuelos eran políticamente de izquierda. Algunos más que otros. Uno de ellos, mi abuelo José Aarón Friedmann, llegó de Besarabia, Rusia. Un señor judío sobreprotector le mandó el pasaje para que viniera a Chile a enseñar el Talmud a su hijo. Por eso se radicaron en la sureña localidad de Loncoche. Era “Jazán”, ayudante de rabino. Cantaba en todas las ceremonias judías y así iba a saludar a nuestra familia para los cumpleaños. Hacía su aparición golpeando la puerta muy fuerte a eso de las seis de la mañana. Nos despertaba a todos y cuando quedábamos desvelados y con el consabido regalo de cumpleaños al festejado, se iba muy contento a sus oraciones en la sinagoga. Su día lo compartía entre estudios, discusiones con otros religiosos sobre la Biblia y sus cánticos.

El carro mortuorio en que se marchó el abuelo José fue deteniéndose en la sinagoga de la calle Serrano, en el Policlínico Israelita de la calle Nataniel y en el Bicur Joilem en la Avenida Matta. En cada uno lo despidieron con cánticos, rezos y palabras de cariño.

Su esposa, Clara Bordan, fue quien con gran esfuerzo se preocupó de obtener el dinero necesario para la numerosa familia. En la misma casa tenía su almacencito, donde, hasta las doce de la noche, tenía que prepararle pan con mortadela a la ronda de carabineros y de madrugada ir a la Vega a comprar. El vecindario le decía “el almacén de La Rusa”. Ella logró que de sus siete hijos, tres llegaran a ser profesionales.

Israel, mi papá, abuelo de mis hijos, era el mayor de seis hermanos. Pudo estudiar en la Escuela de Artes y Oficios (hoy Universidad de Santiago) hasta que, durante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, fue expulsado por anarquista. Luego, siendo militante del Partido Socialista, fue regidor (hoy concejal) por la Comuna de Santiago.

Carlos Pellegrin Celedón, su otro abuelo, por parte de padre, fue masón, anarquista-socialista y candidato a diputado. Llegó muy niño desde Francia, donde quedaron sus abuelos. De su pasión juvenil, el cine, escribe Mario Godoy Quezada en la *Historia del Cine Chileno*: “Carlos Pellegrin recuerda que él fue uno de los primeros en llegar a la casa de Santa Filomena 195, en aquella mañana del 19 de diciembre de 1924. Había escuchado algunos disparos y acudió a ver qué sucedía. Entró a una habitación y allí encontró el cuerpo sin vida de Luis Emilio Recabarren, líder de la clase trabajadora y fundador del Partido Obrero Socialista,

que dio origen al Partido Comunista de Chile. Acosado por muchas angustias, había tomado la dramática decisión de suicidarse”.

Con el camarógrafo, el tata Carlos filmó escenas del suceso. Junto con las que tomó en los funerales dieron forma a un noticiario que después se exhibió en teatros de todo el país.

El dirigente Elías Lafertte logró comprar los negativos en tres mil pesos, guardándolos en la imprenta en la que se imprimían las proclamas del Partido Comunista. Se perdió el rastro después que el local fuera destruido en medio de la violencia política.

Etelvina Arias, “la Ninita”, esposa del tata Carlos, era su abuela chillaneja. De soltera fue telegrafista. Los nietos gozaban cuando ella les enseñaba a comunicarse en morse.

Además de quererla mucho, Raulito me acusaba a ella por las comidas. . . En el tiempo de las alcachofas, que se las repetía casi a diario. Mis queques tampoco tenían variación. Entonces la Ninita pasaba con el abuelo al Mercado Central para comprarle maní, huesillos y todo lo que sabía que le gustaba.

Anita Volosky Yadlin, su abuela materna, era químico-farmacéutica y naturista ciento por ciento. No creía en antibióticos ni remedios. Yervas o jugo de limón con bicarbonato era lo que recetaba para mejorar cualquier enfermedad. Varias veces fue despedida de las farmacias donde trabajaba, porque en vez de vender aconsejaba a los enfermos que usaran yervas. La última farmacia donde trabajó, a los 80 años, quedaba en la calle Recoleta a la altura del 7500. Los clientes la consultaban como a una experta, pero el dueño la despidió. Por eso, todos nos reíamos de ella, especialmente Raulito, que le tenía mucho cariño y le gustaba que a su abuela no le molestara que se rieran de sus mañas.

Mi mamá había llegado con su familia desde Odessa a Buenos Aires y de allí a Santiago. Su amor por la lectura lo trató de inculcar a toda la familia. Como a Raulito le gustaba leer, sus primos le decían que era el nieto preferido.

1960: Silabario habanero

Al triunfo de la Revolución en Cuba, en 1960, cientos de médicos, arquitectos y agrónomos abandonaron la isla incentivados por los sueldos astronómicos que les ofrecía el gobierno norteamericano.

18 Raúl y yo respondimos al llamado a arquitectos chilenos y partimos a colaborar con la Revolución.

Fuimos muy bien recibidos por el Departamento América y la jefatura del Ministerio de la Construcción. Nos alojaron un tiempo en el piso doce del patrimonial Hotel Nacional. Raulito nos tuvo aterrizados durante unos cuántos meses: una vez lo vi caminando por los alféizares de la ventana, mientras yo hablaba por teléfono con mi papá a Santiago de Chile. La impresión de verlo pasar detrás del vidrio a unos cincuenta metros de altura, me dejó muda, y mientras me desplazaba felinamente para sacarlo de ahí, escuchaba a mi papá que preguntaba: “¿Qué pasa? ¿Estás llorando? ¿Te desmayaste? ¡Dime algo!”. Con el niño bien agarrado, tapándole la boca, desde donde salían fuertes berridos, terminé la comunicación a tan larga distancia.

Con otros sustos, varias veces nos hizo ir hasta el Hospital Naval. Una de ellas fue por tragarse cien pastillas con sabor a naranja de un frasco de vitamina C. En otras ocasiones en que descansábamos en el césped se lanzaba a la gran piscina del hotel. No tenía conciencia de que había que saber nadar para hacerlo y más de una vez alguien tuvo que tirarse al agua con ropa para sacarlo. Además del pánico, era impresionante ver su blanco cuerpo marcado por unas enormes y negras manos y pateando para que lo soltaran. Le gustaba el agua y creo que fue entonces cuando comenzó a nadar.

Aprendió a leer en los enormes carteles de educación política de La Habana.

Las consignas, “LA REVOLUCION NO TE DICE CREE, TE DICE LEE”, “YANKEE VUELVE A TU CASA” y muchas otras fueron su silabario.

Y, por supuesto, era miliciano: con un palo como fusil, cada fin de semana, permanecía largo rato haciendo guardia en el antejardín de la casa que el gobierno nos había asignado en el barrio del Vedado...

“El líder no quiere que lo bañen”

Lo eligieron líder en el primer jardín infantil al que fue en La Habana. Al comienzo, no quería ir. En las mañanas, los primeros meses gritaba y luego cantaba a coro con Andrea: “¡No quiero ir al colegio, no, no, no! ¡No quiero que me bañen, no, no, no!” Los obligaban a bañarse todos los días. Además, le daba pena escuchar el llanto de su hermana cada hora de almuerzo cuando los hacían comer una yema de huevo cruda.

Mucho menos le gustaba que le pidieran sus ojos azules. Me decía: “Explícale a la tía Josefina que si le regalo mis ojos no voy a poder leer”.

En ese jardín “Mi Casita” y luego en el INNPIL fueron las primeras veces que lo eligieron, además de líder, el “mejor compañero”.

Un colega nuestro del Ministerio (negro como teléfono) nos decía: “Descríbanme a su hijo, que el mío no deja de hablar del chileno Pellegrin, y quiere ser igual a él”.

Le contábamos algunas gracias del hijo y su personalidad que lo hacía tan seguro de sí mismo, pero por supuesto era imposible igualar la preciosa piel negra como azabache del amigo con el blanco de nuestro hijo.

Madelaine, la directora del INNPIL, nos contaba que en medio del caos de los compañeros, se ponía de pie y en posición firme con la mano derecha en la frente cantaba el Himno Nacional de Chile. Los niños enmudecían y las profes lloraban.



Cuando iba a nacer Carla, volví con mis dos hijos por unos meses a Chile. Era agosto de 1962. Quería tener este tercer niño sin dolor y en Cuba no había anestesia suficiente para usarla en los partos.

Viajamos en la Línea Cubana de Aviación con algunas deficiencias. Yo iba con las piernas muy hinchadas y no me cabían los zapatos.

Los niños corrían por el pasillo. Raulito con una pistola de juguete lanzaba flechas con ventosas de goma en la punta que se pegaban en la frente de algunos pasajeros. Una formal delegación de diplomáticos chinos, inmutables, sonreía cada vez que les llegaba alguno de los “proyectiles”. Yo no podía impedirlo porque al pararme se me salían los zapatos y los niños se desplazaban como monos animados de una punta a otra del avión.

Fue impresionante el aspecto con que llegamos a Santiago. Toda la familia nos esperaba. Su sorpresa iba en aumento cuando bajábamos por la escalerilla del avión. Raulito con la cabeza rapada, porque antes de partir se le ocurrió tijeretearse el pelo y hubo que pelarlo. Andrea y él con manchas rojas bastante feas en la piel. El sol del Caribe mezclado con el aire acondicionado las congeló en sus caras haciéndolos parecer con sarna. Y yo aparecí muy gorda y calzando zapatos de un señor que se compadeció de mis pies en el avión. Los pensamientos de los parientes deben de haber sido: “Pobrecitos, lo que sufrirán los Pellegrin en Cuba, para llegar tan zarrapastrosos”.

Otra de las grandes sorpresas que traíamos a la familia eran los discursos de los niños: de pie detrás de un gran candelabro de dos brazos, reliquia familiar del escultor Manuel Ortiz de Zárate¹, Raulito se dirigía a una muchedumbre imaginaria imitando los discursos de Fidel Castro.

Absolutamente posesionado de su papel decía:

“¡Niños de Cuba: vayan a los Círculos Infantiles para que sus mamás puedan integrarse a la producción! ¡La Revolución las necesita!”

¹ Escritor y escultor chileno discípulo de Pedro Lira. El candelabro fue un regalo al abuelo Israel en uno de los pueblos en los que instaló energía eléctrica que les llevó por primera vez la luz artificial.



Los tíos, impresionados por este político en ciernes, al preguntarle cómo se llamaría el hermanito que estaba por llegar, contestaba: “Presidente Osvaldo Dorticós”².

Pasamos dos meses en Santiago, nació Carla Paz, la hermanita esperada, y disfrutaron de la leche con plátano en azules vasos que les hacía la tía Ety para engordarlos.

Regreso sin visa

Compartimos mucho tiempo con los abuelos, especialmente con el tata Israel, que nos llevaba a la casa de El Tabo, en el litoral central de Chile. Para los niños, El Tabo no era un pueblo, era sólo la casa... Carla Paz, la hermana menor, nació en septiembre, llamado el mes de la patria. Las banderas ondeaban por todo el país. La primavera despertando los prunos, blanqueando los almendros y los aromos amarilleando el Cerro San Cristóbal.

Con la familia aumentada, una gordita hermosa muy querida por todos, nos preparamos para volver a La Habana. Extrañábamos a Raúl

² Primer Presidente de Cuba tras la caída de Fulgencio Batista.

22 papá. No nos acompañó porque en esa misma fecha tuvo la misión de ir a países socialistas a comprar unas fábricas de ladrillo para el gobierno cubano.

Días antes de regresar se produjo la “Crisis de Octubre”. Los norteamericanos detectaron misiles atómicos soviéticos emplazados en la isla y decretaron bloqueo a Cuba. Fidel Castro suspendió el aterrizaje de aviones en el aeropuerto de Rancho Boyeros y nos quedamos sin poder embarcar. Tampoco nos daban visa para pernoctar en Ciudad de México. Sin visa mexicana decidimos partir y nos quedamos cinco días encerrados en un hotel de Ciudad de México esperando la llegada del avión.

La única vez que salimos fue a una enorme tienda por departamentos donde, por primera vez en la vida –y fueron muchas–, se perdió Raulito. Durante una media hora, no lo vi detrás de los mesones repletos de mercaderías. Ahí compramos las primeras bicicletas que tuvieron en sus vidas. Cuando llegamos al aeropuerto, yo cargando el moisés en que dormía la hermana nueva, los dos mayores, más los bultos y las dos bicicletas, el avión no pudo salir. El Coro del Ejército Rojo se preparaba para embarcar. Calculando el peso de esos ochenta hombres fornidos, de unos 100 kilos cada uno, el capitán del avión dispuso que se alivianara la carga de combustible y estuvimos otras tres horas esperando la partida. El viaje se hizo más corto con los tarareos de los coristas.

Volvimos a la normalidad de la vida familiar en La Habana. Felices nos reencontramos con el papá. Ya estaba trabajando en el Instituto de Investigaciones de Materiales, creado por él en 1960. Yo continué en el Ministerio de la Construcción (MICONS), en la sección de Normalización de Proyectos, y los niños regresaron a sus respectivos Círculos Infantiles.

En Cuba, para la tranquilidad familiar, nos tenían reservadas esta vez habitaciones en el 2º piso del Hotel Havana Riviera. Allí, entre piscinas y subiendo y bajando ascensores, estuvimos dos meses. Pronto nos asignaron un departamento en Marianao.

Era un edificio de cuatro plantas con ascensor. El dueño, que seguía viviendo allí, lo había entregado al gobierno. Los demás habitantes del edificio eran la que había sido lavandera de la familia, el jardinero, su esposa, y un militar joven con tres hijos.

El jardín común del edificio, era orillado por rojas Mar Pacífico y Flores de Pascua. Los vecinos, solidarios y cariñosos, se preocupaban de cada uno de los niños.

Más de alguna vez los hijos estuvieron a punto de recibir un coco de agua en la cabeza. El viejo jardinero podaba sin mirar quién estaba bajo el cocotero. Recuerdo uno que pasó rozando la cabeza de Andreíta y dio para hablar varios días porque “los chilenos no cuidábamos lo suficiente a la niña”.

Raulito ideó incorporar dentro de la cabina del ascensor un ladrillo encima de otro. Los vecinos reclamaban pero así él alcanzaba el timbre del piso cuatro, donde vivíamos. Para bajar al primero no los necesitaba. Cierta vez se le ocurrió lanzar una piedra a través de un vidrio quebrado y ahí mismo partimos al hospital a inyectar la vacuna antitetánica.

La vida era bien agitada, porque además de trabajar y ocuparnos de los hijos, no teníamos ayuda de familiares, como ocurría con la mayoría de los cubanos. Seguimos alternando el trabajo con días de playa, con el jardín infantil al que asistían los dos menores y al colegio que ya le correspondía a Andrea, la hija mayor.

1964: Largo peregrinar por Europa

En 1964, intentando colaborar en la campaña presidencial de Salvador Allende y escuchando el insistente y cariñoso llamado de los abuelos, decidimos regresar.

Desde Cuba, los mexicanos no daban visa ni de tránsito. Para llegar a Chile el viaje debía hacerse a través de los países socialistas. Fue difícil separarse de los amigos cubanos. Con pena y alegría partimos vía Praga.

Como estábamos escasos de plata, pedimos al Departamento América de Cuba que nos pasara el dinero del pasaje aéreo. Con eso pudimos comprar boletos para regresar a Chile en barco, que era mucho más barato. La diferencia nos permitió viajar durante dos meses por algunas ciudades de Europa.

Un colega húngaro, arquitecto residente en Cuba, nos había prestado la llave de su cabaña en el Lago Balatón en Budapest, Hungría. En un Opel Caravan usado, que compramos por 400 dólares en Viena, partimos a Budapest. Lo recorrimos todo.

Cuando no alcanzábamos a encontrar camping porque se nos hacía de noche o, como en Venecia, nos paralizaba una feroz tormenta, dormíamos en el auto, que preparaba Raúl.

En el asiento de atrás, extendido, colocaba un colchón inflable y dormía con los dos hijos mayores. En el hueco a los pies del copiloto, armábamos una camita a la chicoca y yo me acurrucaba en el asiento de adelante.

Agotados del día dormíamos como si fueran camas normales. Yo cocinaba con los medios que tenía a mano en cada lugar. En los campings, como el de Florencia y Génova, Raúl acondicionaba un “ladrón de corriente” a la única ampolleta de la cabaña. Ahí nos arreglábamos con una simple cocinilla eléctrica. Cuando debíamos comer en el camino, resolvíamos con un anafe a parafina. Así, lo que los cinco miembros de la familia habríamos gastado en un día de hotel, alcanzaba para toda la semana.

Preparaba lo que le gustaba a cada uno. No había que luchar para que se tomaran la consabida sopa en los restaurantes.

Esto de los campings lo decidimos la primera vez que pedimos alojamiento en una residencial en Roma y nos contestaron un humillante: “¡Bambinis no!”

Y así, de cabaña en cabaña, o en el auto, fuimos conociendo Budapest y Viena, Roma, el sur de Francia, Barcelona, Madrid, Venecia, Milán, Verona, Florencia y Génova.

En Budapest arrendamos una pieza en casa de una familia húngara. Teníamos que pagar dinero extra para bañarnos en tina. No había ducha en ese entonces.

Allí, los niños eran reprimidos por los dueños de casa, que no estaban acostumbrados a que se subieran a los árboles o que saltaran de dos en dos los peldaños de la impecable escalera de pino oregón.

Nosotros debíamos hacer trámites por un posible trabajo. Tibor Weiner, arquitecto húngaro, nos había ofrecido una oportunidad en la Universidad de Budapest.

Para gestionarlo tranquilos, no se nos ocurrió nada mejor que inscribir a los tres hijos en un jardín infantil. A ellos les era insoportable no poder comunicarse ni siquiera para ir al baño. Por eso, al segundo día, Raulito llevó una hoja con palabras como “agua, sí, no, patio, pipí, baño” y otras traducidas al húngaro que buscamos en un diccionario. Le mostraban el papel a las profesoras y así se hacían entender. Alcanzaron a estar unos pocos días en el jardín.

Decidimos no asumir la difícil etapa de adaptación a una nueva realidad, sin familia ni conocidos, y desistimos del trabajo en la Universidad.

En las diversas ciudades tratábamos de explicarles a los hijos la historia que conocíamos.

En Roma, después de un largo rato conversando sentados en las gradas del Coliseo Romano, Raulito preguntó: “¿Y a qué horas van a salir los leones?”

También, en los pavimentos bajo la Capilla Sixtina, organizaban carreras en que terminaban deslizándose de rodillas por el mármol.

Grupos de niños se sumaban a sus juegos sin ningún respeto por Miguel Ángel. Él dirigía y enseñaba trucos para arrancarse de los guardias.

Tuvimos la oportunidad de conversar muchas horas entre los cinco y transmitirles el amor por la belleza. Escuchaban nuestras conversaciones sobre ciudad y urbanismo, arquitectura, paisajes y colores, y hasta muchos años después, en sus composiciones y dibujos, reflejaron sus recuerdos.

En la Colina de Miguel Ángel en Florencia estuvimos en un camping desde donde la vista dominaba la ciudad. Las cabañas, azules, color paquete de vela, estaban dispuestas de manera que no era peligroso que los hijos se desplazaran sin nosotros. Y así por primera vez en sus vidas pudieron ir “solos, como grandes” a comprar “pane y latte”. Se disputaban el derecho hasta con la hermana menor.

Nos tocó presenciar muchas parejas de recién casados que después de la boda se fotografiaban con la ciudad de Florencia de fondo. Nos entretenía ver a los típicos novios italianos. Él, flaco y narigudo, y ella entradita en carnes, a veces reventando el vestido siempre blanco. Igual que en Chile, las parejas seguían el mismo orden en las poses para las fotos. Primero solos, luego con los suegros. Todos los hermanos y todos los primos. Los amigos con el novio, las amigas con la novia. Que todo calzara. Sabíamos la hora exacta en que debíamos subir a la Colina para ver cada día una película italiana en vivo.

En los canales de Venecia los niños lanzaron decenas de barquitos de papel. Corretearon tras las palomas para molestia de los turistas que intentaban tomarse fotos con las avecillas sobre sus cabezas. Con el papá conocieron la Catedral de Venecia Yo andaba en pantalones y en esa época era prohibido el ingreso a las mujeres que los vestían.

Después de este periplo llegamos a Génova, desde donde debíamos partir hacia Chile. Luego de las averiguaciones del caso supimos que el barco había retrasado la salida en una semana.

26 Esperando la partida desde Génova

Teníamos que esperar en la ciudad y ya el dinero escaseaba. El invierno llegaba con frío y los buenos recuerdos de los días que pasamos en camping nos apuraron a encontrar uno bueno.

Recorrimos el centro antiguo, de calles muy estrechas, en que los pisos altos de las casas se unen a través de cordeles para secar la ropa. Eran pintorescas estas cuelgas, especialmente las de calzones y calzoncillos largos.

Nos reíamos inventando historias sobre las familias que vivirían allí, basándonos en sus vestimentas.

Al contrario, los palacios del siglo xvi inspiraban respeto por su sobriedad. Pudimos conocer por dentro más de alguno abierto al público.

Encontramos un camping retirado del centro, en medio de un bosque de árboles inmensos con unas pequeñas cabañas donde desempacamos solo lo necesario para una semana.

Nos conformamos por no partir de inmediato, ya que tendríamos unos días para descansar. Los niños se relajarían del largo trayecto recorrido desde Roma, y sería el lugar donde podríamos abandonar el auto que habíamos comprado dos meses antes en Viena.

Solo podíamos deshacernos de él pagando un dinero que ya no teníamos y llevándolo a un lugar muy lejano. Así que, al estilo chileno, decidimos que nos convenía ese camping porque podríamos dejar el auto escondido entre los árboles.

Había una cabaña habitada: un italiano muy flaco y una gitana. Estacionado muy cerca de ellos había un enorme carromato desde donde salían olores y ruidos. Sentíamos curiosidad por conocer su historia. Nos intrigaban y tratamos de conocerlos.

Cuando llegó el día de embarcarnos y aunque el barco partía a mediodía, decidimos dejar cabaña y auto muy temprano.

Íbamos con la mayor discreción posible, aunque sabíamos que la pareja se levantaba después de las once de la mañana. Tranquilos, en un taxi, llegamos hasta el embarcadero del puerto de Génova.

Subimos a bordo del Giuseppe Verdi y con toda calma acomodamos nuestro equipaje en la cabina.

Estábamos probando los camarotes, cuando escuchamos los gritos de la gitana y su marido que además de traer las panteras, ahora con correa y bozal, se hacían acompañar por dos carabinieri.

—¡Ellos son! ¡A ellos! —gritaba el italiano, indicando hacia nuestra puerta. ¡Abandonaron su auto entre los árboles del camping!

—aullaba la gitana.

Ahí mismo, entremedio de los pasajeros que iban subiendo al barco, y que miraban entre extrañados y risueños, empezó el tira y afloja para pagar la multa con relojes y los pocos dólares que nos quedaban, incluyendo la tajada para la pareja.

Esto nos liberó de acompañarlos a la estación de policía.

En barco hacia la patria

Viajamos un mes en el Verdi, barco italiano. Había que perseguir a los hijos, que corrían de la cubierta a los camarotes y así por todos lados. Se bañaban en una piscina que movía sus aguas al vaivén del barco.

Con todos los pasajeros celebramos la travesía de la Línea del Ecuador.

Raulito conversaba con adultos hombres y mujeres que lo interrogaban al verlo tan despierto, sobre todo para inventar maldades. Escuchaba atentamente las conversaciones entre las monjas españolas y laicos que iban a Chile, que discutían temas teológicos. Sobre todo sobre la virginidad de la Virgen María. De allí sacaba sus conclusiones y nos relataba lo escuchado.

Su mayor aporte a la familia fue explicarnos cómo funcionaba el Canal de Panamá cuando el barco lo iba cruzando. Era difícil comprenderlo, pero él se concentró, lo aprendió y orgulloso informaba al que se lo pidiera cómo se iban levantando las esclusas para que el mar las llenara y así el barco pudiera avanzar.

Fuimos conociendo algunos puertos en que los habitantes eran muy diferentes. Pero la pobreza, que se olía además de verse, era lo que más nos impresionaba. Esos niños morenos que buceaban en el mar para recoger las monedas o manzanas que les lanzaban los pasajeros del barco. Se las cambiaban por carteras de cuero de cocodrilo, collares y artesanías.

Nos causaba mucha impresión, especialmente a los hijos, que no conocían esa realidad.

28 Todos los pasajeros sufrimos el gran mareo al atravesar al Pacífico. El médico italiano ahorraba medicamentos distribuyéndolos solo a un miembro de cada familia. La explicación era que uno pudiera atender a la familia. Entre los pasajeros hubo gran indignación.

En una oportunidad fue al camarote a atender una amigdalitis de Carla y ella sin ningún respeto por el profesional se defendió con patadas directas a la entrepierna. Se retiró encogido.

En el mes de viaje nunca quiso volver a atendernos.

¡Un perro chileno! ¡Un perro chileno!

Por fin llegamos a Arica. Desde el barco bajamos en bote al muelle. Allí causó mucha risa a los pasajeros los gritos de alegría del Rauli al ver “¡Un perro chileno! ¡Un perro chileno!” Andrea ya tenía ocho años, Raulito seis y Carla, la cachorra, menos de dos.

El mismo día volvimos al barco y seguimos a Valparaíso, donde muchos familiares y amigos nos recibieron muy cariñosos.

Pronto, a algunos los sentimos distantes. Tal vez era por el temor a contaminarse con nuestra condición de “revolucionarios”.

Más de alguna vez, en micros repletos de gente, los tres niños cantaban a todo pulmón la Internacional. Los pasajeros miraban con curiosidad. Obreros que sabían el himno los ayudaban en los trozos olvidados y se armaba un buen coro.

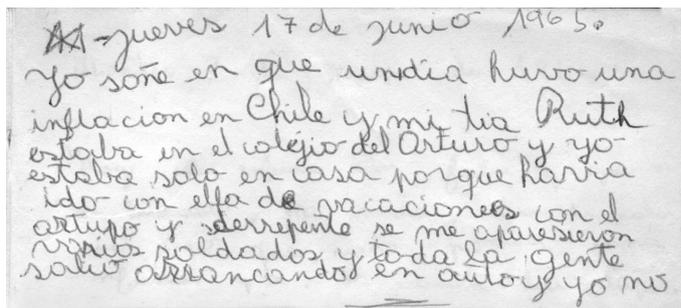
Por otra parte, nuestra cesantía, que nos obligaba a vivir lejos del centro, nos aislaba de los antiguos amigos.

Era un Santiago frío, con enormes edificios, caracoles acristalados, tajamares opacos y el río barroso cruzando una ciudad casi desconocida. La precaria situación económica con que llegamos nos obligó a vivir unos meses en casa de los abuelos paternos, en Independencia 1546.

Ellos fueron muy cariñosos al acogernos en esa casona con un patio interior chiquito. Ahí crecía el naranjo regalón que no habían conocido en su vida habanera.

Desde la terraza, en la esquina del segundo piso, veían pasar carretas llenas de zanahorias que iban a la Vega Central. Muchas veces, en vez del trote de los caballos, con mucho asombro escuchábamos el jadear de los hombres que empujaban sus carretelas cargadas de zanahorias, betarragas, apios, acelgas o sacos con verduras.

En su único diario de vida que inició con: “Desde Junio 1965 hasta Nunca”, a los siete años cuenta un sueño. Hasta ahí le duró el impulso de escribir sus memorias:



Jueves 17 de junio 1965

Yo soñé en que undia hubo una inflación en Chile y mi tia Ruth estaba en el colegio del Arturo y yo estaba solo en casa porque havia ido con ella de vacaciones con el Arturo y derrepente se me aparecieron varios soldados y toda la gente salió arrancando en auto y yo no.

Del Colegio Inglaterra a La Girouette

En 1965, viviendo en el barrio Independencia, Andrea y Raulito asistieron al Colegio Inglaterra, que dirigían tres profesoras muy conservadoras y escrupulosas. Tenían una larga lista de normas en la que, por supuesto, mantener el silencio era esencial. Mis irrespetuosos hijos llevaban un gran conejo blanco que corría por la sala perseguido por sus compañeros. Lo celebraban tanto que insistían en llevarlo una y otra vez. A las señoritas les molestaba el desorden que se formaba con las risas y carreras detrás del animalito... y más todavía con el payaseo del Rauli.

Luego, vivimos un año con Anita e Israel, mis padres. Fue muy bueno también, porque ellos los regalonearon a gusto. Conocieron bien al cariñoso tata Israel y alcanzaron a disfrutarlo.

El departamento quedaba en la calle Don Carlos, en el barrio El Golf. Desde allí el tata Israel llevaba a los tres Pellegrin al Colegio

30 La Girouette. Raulito era estudioso, fue buen alumno, solo con algunos problemas de conducta.

En el colegio La Girouette

Con uno de sus grandes amigos, Lucho Weinstein, hijo de médicos, dictaron la primera clase de “sexualidad” que se dio por esos años. Sin consultarle a nadie llevaron un gran libro de Anatomía y Fisiología con el que se explayaron y exhibieron imágenes en detalle de lo que, según ellos, debían saber todos. Incluso algunas niñas se enteraron por primera vez de la menstruación.

El hecho, muy bullado, tuvo numerosos reclamos de parte de los apoderados, por lo que tuvimos que ir a dar explicaciones a la dirección del colegio.

Eran muy ingenuos. Lucho me contó que en un cumpleaños de Andrea, en que él y Rauli eran los únicos hombres, se escondieron bajo la terraza de listones de madera separados por unos tres centímetros. Divagaban sobre sus asuntos cuando yo, la madre exagerada, los hizo salir de ahí retándolos porque estaban mirando los calzones a las niñas.

Salieron y muy asombrados se dijeron: “¡Seremos asopados! Ni se nos ocurrió vérselos”.



Escribe uno de sus compañeros de colegio:

Un día llegó la noticia al colegio: que la señorita María Angélica Edwards, profesora de Castellano, iba a formar un taller literario. Al tiro todos quisimos ser de él. El taller era después de clase. Todos estuvimos ahí esperando que empezara.

Así, todos los miércoles fuimos al taller a actuar.

Un día la señorita María Angélica nos leyó “La Leyenda del Cid”. Después, en el taller literario nos contaron partes de la verdadera historia sobre el Cid de Corneille y nos leyeron algunos romances medievales referentes al héroe castellano.

Nosotros escribimos las escenas, las que se podían inventar; claro que con el mismo tema. Así, hasta tener completa toda la obra.

Colaboró Luz Albert, profesora de música, para ponerle música antigua al “Romance del Prisionero”, poesía que nos leyó.

Luz leyó la primera línea y un niño levantó el dedo y cantó esas palabras con una melodía, y así hasta tener con música toda la canción.

Para el baile popular, se eligió al primer canon conocido en la historia de la música y que proviene de Inglaterra.

Una vez aprendida la música con la letra en inglés, inventamos nosotros palabras en castellano, conservando el mismo tono del verano que la canción tenía. “Veámonos niña”, canción que se canta al principio de la obra, es una antigua canción de Burgos.

Los hermanos Pellegrin, que estudiaban flauta, presentaron música, danzas y bailes de la edad medieval a la profesora de Educación Física.

La melodía que se escucha durante la ida al convento es una antigua canción. Todos los demás sonidos: la música de los moros, la llegada triunfante del Cid, son improvisaciones que nos han salido a medida que se nos ocurrían ideas para armonizar la obra de teatro.

Luz Albert³,

su profesora de música recuerda:

Hay niños a los cuales se les puede presentar cualquier materia: dóciles, receptivos. Raúl, en cambio, hacía que uno preparara la clase a nivel de Raúl Pellegrin. Era súper activo. Era listo para cuestionar o proponer variaciones con un alto poder de

³ Profesora, hija del escultor chileno Tótila Albert.

encantamiento, cuando los temas iban bien encauzados como para interesarlo... Súper inteligente era Raúl. Podía llegar a formular una idea consigo mismo y luego con todos los que quería podía formular esta apreciación al revés.

Las personas a las que él consideraba valiosas eran aquellas a quienes se les podía exigir y él se interesaba por ellos.

En 1973, después del Golpe Militar, tenía catorce años, Raulito estaba muy preocupado porque su papá no tenía trabajo. Se dedicó a vender cosas que ya no se usarían, entre ellas el bote de la familia y el motor. También hizo intentos para trabajar.

Chely,

Su profesora de castellano relata:

Para los profesores es difícil recordar a todos sus alumnos, especialmente cuando el trabajo ha sido por más de treinta años.

Hace muchos años, cuando aún era una novel profesora, me llamaron de un colegio, hoy grande y prestigioso, pero en aquel tiempo era pequeño y tenía pocos alumnos.

El desafío era trabajar con niños de Enseñanza Básica cuando recién se implantaba la Reforma. Mi experiencia era con muchachos de cuarto, quinto y sexto humanidades.

El curso que me asignaron fue un séptimo grado y por ser la única vez que trabajé con niños de esa edad, recuerdo con ciertos detalles la situación.

Allí conocí a Raúl Pellegrin. Desde el comienzo me impresionó. Era pequeño, pero sobresalía en todas las actividades que realizábamos. Poco a poco me familiaricé con los nuevos programas de Ciencias Naturales y las clases eran más fluidas.

Improvisábamos los experimentos y nos divertíamos. Recuerdo que el curso estaba constituido por alumnos muy diferentes, lo que me hacía difícil a veces atender a niños como Raúl, más inteligentes e interesados.

Muchas veces, al plantearles un problema, ya antes que yo terminara él tenía la solución, pero no me molestaba, pues lo hacía sin tratar de sobresalir, simplemente su mente funcionaba como un niño más maduro que el resto.

Al terminar el año yo no volví a hacer clase. A lo mejor se me hubiera ido borrando con el tiempo, pero el destino me tenía reservada una sorpresa.

Su madre había estudiado en el mismo Liceo Manuel de Salas y yo no lo sabía. Al volver del exilio obligado, tuve la ocasión de unir, mediante una fotografía, a ese niño que yo conocí, y que me había impresionado tanto, con el hombre que sacrificó su vida por sus ideales.

Una larga ventana en la casa de calle Puerto de Palos

El uno de mayo de 1966 nos fuimos a nuestra primera casa propia, proyectada por el *pater* familia, Raúl Lenin Pellegrin Arias. La tan querida casa de calle Puerto de Palos, una de las primeras construidas en estructura metálica y además usada como “casa piloto”. No resultó mucho, creo, pero igual sorprendía a los niños que hubiera tanta gente interesada en visitarla.

También venían alumnos de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile a corregir sus proyectos con el profesor Pellegrin. Se extasiaban mirando cada detalle de la casa. Los niños, orgullosos, escuchaban los elogios mientras se columpiaban. Especialmente Raulito, que hacía barras en la viga metálica de una terraza que prolongaba la sala de estar. Era bajo para su edad, por lo que se colgaba con las dos manos a lanzar patadas al aire para estirarse. En eso pasaba largo rato y cuando bajaba, se medía para saber cuánto había crecido.

El patio interior de la casa tenía una cubierta translúcida de un material que actuaba como caja de resonancia. Algunas veces, en invierno, Andrea tenía que suspender su clase de guitarra porque la lluvia hacía más ruido que la música. A los amigos les llamaba mucho la atención este patio con grandes piedras, bolones, hasta una roca, todos redondeados y pulidos durante millones de años por el torrente del río Maipo. De ahí las habíamos acarreado. En ese patio interior surgían higuierillas silvestres y uno que otro filodendro. Una palmera creció a sus anchas frente al ventanal. Nunca pensamos que sería tan alta como para invadir la cubierta.

“¿Por qué no está la palmera?”, preguntó Raulito años después, viendo con nostalgia fotos del patio del medio.

Fue en la casa de Puerto de Palos donde por primera vez tuvo pieza para él solo. La ventana horizontal, a la altura de su cama, era del largo de toda la pared. El papá la proyectó así para que a un acostado pudiera ver el jardín y la cordillera. Él se imaginaba que iba en un submarino y

34 mil historias que alguna vez me contó. La ventana era rodeada por un marco de madera de roble que le servía de repisa. Allí, muy ordenadas, estaban sus colecciones de libros de Julio Verne y Salgari. En el escritorio guardaba más libros, radio, cuadernos y grabadora. Esta lo acompañó en todos los discursos de Fidel Castro cuando vino a Chile en 1971.

En esa pieza, entre estudios de flauta dulce y amistades múltiples, formó su “colección de colecciones”: cajetillas de cigarrillos, estampillas, monedas, casetes de música y así hasta rebasar los cajones.

Un solo hecho enojoso tuvo en esa época. Por un año se invadió su pieza con un piano donde estudiaría Carla. Su muda indignación no hizo reaccionar a nadie hasta que Luz Albert, la profesora de música, no tuvo más tiempo para hacer las clases y devolvimos el piano. Así pudo retornar a su privacidad.

¿Qué pasó con los tesoros de mi pieza, cuando tuvimos que abandonar la casa, ese 11 de septiembre?

La señora Carmen, que antes de que los militares la dejaran encerrada en el baño, en noviembre de 1973, debió acompañarlos por cada dormitorio en el primer allanamiento a nuestra casa, le contó:

Hasta el arco y flecha con plumas que don Lito le trajo de Ecuador se lo llevaron. Dijeron que era un arma. Fíjese Raulito que los señores milicos dijeron que su pieza era de un hombre, no de un joven de catorce años como yo les decía... También les asombraba el baño con los lavatorios y el WC tan bajito. ¿Sabe? Se llevaron la radio y la grabadora. Esa en que usted iba a grabar los discursos de don Fidel, ¿se acuerda?

Cómo no vamos a recordar esos días de alegría del año 71 en que con sus hermanas y amigos junto a miles de jóvenes sentados en el pasto del Parque Forestal, detrás del Museo de Bellas Artes, escuchaban embelesados los interminables discursos del líder cubano. Luego seguían las discusiones. Fidel Castro hablaba horas y horas y Rauli grababa y grababa.

Ese año trasladé varias veces a la semana a mis hijos y a los amigos Weinstein Cayuela al Canal 9 de televisión. Quedaba en Inés Matte Urrejola, en el barrio Bellavista

Participaban en el programa *Tribunal Infantil* que dirigía René Largo Fariás. Me cuenta Andrea que eran ocho niños dentro de la citroneta y que les parecía un viaje muy lejos desde nuestra casa hasta el Canal. Allí se sentaban en unas graderías de madera, como las de circo. Carla los acompañaba calladita, era muy chica.

Los demás opinaban sobre problemas que René Largo leía en cartas enviadas por pequeños telespectadores.

Andrea recuerda que alguna vez llegó una que decía que el Tribunal Infantil estaba formado por niños superdotados, que no representaban a los chilenos. Ellos contestaron que no, que se consideraban niños totalmente normales.

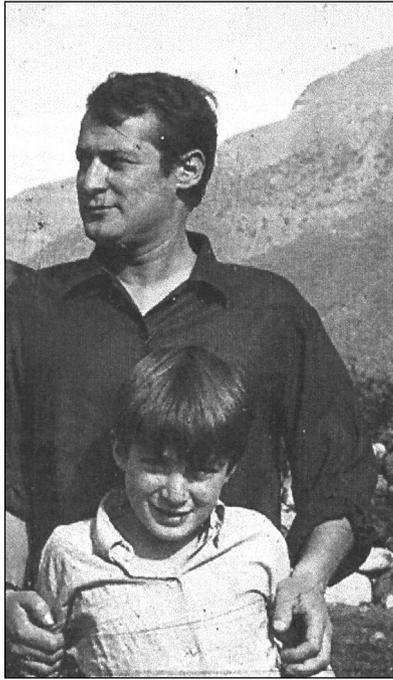
Lo hacían con mucha tranquilidad, sin preocuparse de las cámaras que los estaban filmando. Alguna carta la hice yo pidiéndoles consejo para que no se pelearan tanto entre hermanos. No recuerdo la respuesta, pero sí que en el viaje de vuelta discutían sobre quién habría hecho esa consulta.

“Qué casualidad”, decían, “lo mismo que pasaba en nuestra casa y en la de los amigos Weinstein”.

Hace un tiempo Lucho Weinstein me contó que una vez Rauli y él quedaron muy desilusionados. Descubrieron en una agenda que la letra de René Largo era igual a la de las cartas. Y aunque lo pasaban muy bien y les gustaba mucho participar en el programa, perdieron el interés y no fueron más.

Aventuras precordilleranas

Durante años celebramos los cumpleaños en nuestra casa. En el cumpleaños número ocho de nuestro hijo, la fuerza irrefrenable de los juegos de los hombrecitos hizo que los vidrios de un ventanal de Puerto de Palos cayeran a pedrazos. Ahí decidimos cambiar la modalidad de celebración. Raúl iría de excursión con los invitados al Valle de la Muerte. Le inventaron ese nombre a una quebrada pre-cordillerana al final de las parcelas de La Reina.



En un chuico llevaban agua con harina tostada y azúcar, bolsas con ración doble de sándwich en marraqueta y torta o similar con las consabidas velitas de cumpleaños. Eran solo hombres y sentían que era un privilegio que ese papá sabio los llevara por senderos peligrosos, atravesando hilos de agua que no alcanzaban a ser riachuelos.

Una temible aventura iba inventando. Nunca más se quebró un vidrio de la casa y era de un goce infinito para el festejado y sus amigos... Eso sí que, al día siguiente, llegaban a casa algunas mamás a preguntarme si sus hijos habían corrido mucho peligro al cruzar el río caudaloso, como les habían descrito...

“No sabía que me querían tanto”

Los fines de semana de invierno las disfrutábamos en la casa de los abuelos en la playa de El Tabo. Allí el tata Israel había construido primero una casita de madera y luego una “de material”. Inventamos muchas historias paseando por las calles deshabitadas y entrando a los jardines de las casas.

Recorriamos los bosques y deslizándonos por las quebradas resbaladizas con las agujas de los pinos, atravesábamos para aspirar el perfume de los eucaliptos. Hacíamos coronas con ramas y nos adornábamos la cabeza. Los ascensos a la peligrosa roca Mickey, en medio del bosque, era el primer paseo que se hacía. Otros eran a Isla Negra, donde por esos años vivía el poeta. Miraban por las rendijas las antigüedades que Neruda coleccionaba en el patio. Varios veranos de esa época –Raulito tendría unos seis años– participó en gymkhanas organizadas por la Junta de Vecinos de El Tabo, con premios y diplomas. Él tenía que ganar. Corría hasta llegar a la meta, desfalleciendo, pero vencía.

Cuando crecieron dejamos de ir en los veranos a la casa de El Tabo y recorrimos con carpas de sur a norte el país. Íbamos de camping a diversos lugares. Variábamos de un año a otro de Bahía Inglesa, Guanaqueros, Pichicuy, o a orillas del lago Villarrica y Todos los Santos, a Puerto Montt. Muchas veces acompañados con los primos De Carolis, con los Hernández Milet; alguna vez con mi hermana Loreley. Armábamos nuestras carpas: una chica para nosotros y otra grande para ellos y sus amigos.

Alguna vez fue con nosotros la tía Dorita Volosky, la política más fanática de la familia. Fue famosa su venta de ejemplares del diario *El Siglo* en Caldera, cerca de Bahía Inglesa, donde teníamos nuestro campamento. También iba los domingos a venderlo al Quisco o a San José de Maipo.

Nos entreteníamos mucho. Entre lagos, mar, dunas o cerros. Buceando o nadando. Pero siempre inventando alguna aventura con suspenso, que se le ocurría al papá. Ya en esa época lo llamaban “turismo aventura”.

Cuenta el tío Pablo De Carolis que cierta vez que se bañaban en unas pozas termales cerca del Lago Llanquihue, entre piqueros, gritos y chacotas, escuchó que alguno de los siete primos preguntó: “¿Para qué servirán las aguas de estas termas?”

Vicente, el futuro médico, contestó con mucha seguridad: “Para el reumatismo”. Y se escuchó la voz de Raulito: “¡Lástima que ninguno de nosotros sea reumático!”

En Guanaqueros⁴, adonde fuimos en varias vacaciones, armábamos en la arena de la playa una carpa naranja. Con la luz del sol se alteraban

⁴ Caleta de pescadores del Norte Chico.

38 los colores del interior. Incluso los bistecs los veíamos verdes. Por eso y porque tenían la oportunidad de pescar todos preferíamos el pescado.

Los dos Raúles salían a alta mar con sus amigos pescadores que les relataban historias. El hijo hombre, volvía orgulloso a contarnos. Una noche los acompañó don Manuel Solimano, considerado el patriarca de Tongoy. Los pescadores, en su honor, los llevaron a la “picá” donde estaban los cardúmenes de peces grandes y sabrosos. Creo que había hasta congrio colorado. Regresaron en la madrugada muy bulliciosos para que nos despertáramos. Inflados de alegría nos mostraron su “Gran Pesca Gran” y contaron las historias que habían escuchado esa noche.

Desde ahí Raulito se tituló “pescador profesional” y amigo de todos los pescadores de Guanaqueros.

Muy contento, cada almuerzo en el Restaurante “El Pequeño”, el histórico y que todavía existe, lo trataban igual que a un veterano pescador. Muchas de las anécdotas que allí vivimos se recordaron por años (Una de ellas fue la vez que partimos en el auto arrastrando la carpa. Habíamos amarrado cordeles para secar toallas y trajes de baño. Lo peor de esa vez no fue rearmar la carpa. Yo había dejado adentro un gran balde con agua para que se entibiara y poder lavar a los niños a la vuelta. Se nos empapó todo: sacos de dormir, colchonetas y ropa).

En ese camping de Guanaqueros fue que se nos perdió el hijo durante dos horas. Bajo el sombrero azul marinero en que escondía el corte de pelo que le hizo el papá a principios del verano, “para que estuviera fresco”, salió a caminar por la orilla de la playa. Pateando piedras, entre canción y canturreo, conversaba con peces y jaibas, machas y caracoles, gaviotas y pelícanos. Varias veces enredó los pies en algas y huiros, para hacerles el quite a las conchitas que, sobresaliendo de la arena, lo pinchaban, por lo que se dejaba caer al suelo atacado por los monstruos del mar. Subía corriendo por las rocas y resbalaba por el luce verde oscuro que las envolvía. Caminó y caminó disfrutando la libertad que sentía por ser grande. Había cumplido seis años en octubre e iba contento porque a su hermana Carla, que quería ir con él, no la dejaron acompañarlo, por chica. Dejó atrás la conversación familiar y siguió la huella del oleaje suave que obliga a las pulgas de mar a agujerear la arena mojada impidiendo la entrada de aire a sus cuevas.

Caminó y caminó, sin pensar los kilómetros que se alejaba de la familia. Gozaba del paisaje y de sus pensamientos.

Al decaer la conversación y trajines, la preocupación familiar se trasladó a él. Lo buscamos dentro de las carpas donde tal vez se hubiera

quedado dormido. Unos a otros se repetían que él ya sabía nadar, así que era imposible que hubiera sufrido un accidente. Los pescadores experimentados, sus nuevos amigos, obligaron al papá a subirse a un bote para, de todos modos, buscarlo en alta mar. El resto de amigos y familia seguían la búsqueda por todos los rincones de la playa.

Cuando ya la desesperación causaba llanto, alguno con larga vista vio, muy a la distancia, un sombrero azul marinero que se acercaba. Muchos corrimos a recibirlo.

En el encuentro, lleno de lágrimas, sollozos y fuertes abrazos, nos sorprendió diciendo:

“No sabía que me querían tanto”.

Entre mantarrayas y zorrillos

Cuenta su primo Álvaro:

Los recuerdos que tengo son los de un primo ejemplar, digno de imitar. Era envidiable por su inteligencia, buen alumno, y donde ponía su fuerza era casi imbatible.

En el Estadio Italiano esas competencias de ping pong, en que era imbatible, el “Rulo” con sus poleras rayadas que no sé si eran elecciones de la Ety, mi mamá o la Tita (tenían los mismos gustos).

Tenía unas paletas que encargaba por carta, con diez dólares adentro, y recibía directamente desde China, el país de los campeones del tenis de mesa. En esas partidas no se veía la pelota, y primos, hermanos y amigos gritábamos de alegría.

Ese año en que fuimos las dos familias juntas al camping de Guanaqueros, nos íbamos los primos “hombres” a Playa Blanca por mar en los gloriosos “sabot”, botes de madera que nos acompañaron en lagos y mares de ese Chile de los 70.

Recuerdo al Raulito con toda una parafernalia de buzo, hualetas, snorkel, máscara, y el arma todopoderosa, el arpón, que permitía bajar al fondo con tranquilidad para defenderse de los más variados peligros (tiburones blancos de siete metros, mantarrayas de dimensiones inconmensurables y muchos más).

Bueno, para hacer corto esto, el gran Raulito bajaba y en menos de un segundo estaba de vuelta sobre el bote gritando: “¡Está por

atacarme una mantarraya, hay que tener mucho cuidado porque son eléctricas y te pueden matar!”.

Como mi primo era lo máximo (lo que él decía había que hacerlo) no hubo más que emprender la retirada a toda velocidad e ir a buscar refuerzos.

El grandioso buzo de todos los mares, el gran tío Raúl, se enfrentaría a esta mantarraya, que era casi un monstruo. De la mantarraya no se supo más, pero el tío arponeó un par de peces y con eso nos fuimos victoriosos.

Así como las anécdotas de vertientes de aguas puras y cristalinas y que luego de haber tomado todos los primos de ellas, nos enterábamos que aguas arriba había algún animalito muerto. Esas luchas con los bambúes o quilas que encontrábamos en los bosques del sur. Los viajes en la citroneta –por supuesto sin el asiento ni la tapa del portamaletas para que cupiéramos toda la prole– a esos parajes del Valle de los Trapenses. Allí, Raulito, con sus ansias de investigación, encontró a una camada de zorros dentro de un gran cactus seco. Nos queríamos llevar uno pero comenzó la historia, no sé si de mi papá o del tío, sobre lo que nos podría pasar si tomábamos alguno de esos zorritos. Debían estar cerca y cosas terribles podrían suceder.

El Valle de la Luna

Solo cuando fuimos de viaje al Norte no llevamos la carpa. Íbamos los cuatro sin el papá. No fue, porque, tal como lo embromaban, si no estaba en su puesto de trabajo, se caerían las paredes de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO). Raúl padre era jefe del área de Materiales de Construcción de esa institución.

Fuimos en bus primero hasta Los Vilos, donde almorzamos. Andrea, desafiando a los pasajeros del vehículo, escribió en la arena con enormes letras: ¡VIVA ALLENDE! Así todos se enteraron de lo que pensábamos y se definió la correlación de fuerzas hasta el final del viaje.

Pernoctamos en San Pedro de Atacama. Por la mañana salimos a caminar por el pueblo.

Los niños ponían en problemas con tantas preguntas a la historiadora Valeria Maino⁵, en ese tiempo estudiante, que les explicaba.

Hace unos meses ella me escribió:

Los niños quedaron extasiados con un enorme depósito de azufre que se traía de Aucanquilcha, en la cordillera... Saltaban arriba de pedazos amarillo brillante, un tesoro para ellos.

En Peine bajamos a la quebrada a ver cómo el agua había labrado esa formación.

Raúl, que con el azufre se sentía eufórico, en la quebrada su asombro fue mayor al ver la altura del farallón y las distintas capas sedimentarias.

También la piedra pómez que tallaban los lugareños como si fuera una masa. ¿Por qué era tan liviana? ¿Y cómo la puerta de la Iglesia podía ser de madera de cactus? Metían los dedos para “ver” si era un cactus.

En el Valle de la Luna fueron descubriendo parecidos de animales y personas en las formas salinas. Rauli le pegaba lengüetazos para convencerse de que unos pedazos transparentes eran sal. Todo les causaba curiosidad. Entremedio de mil preguntas jugaban a las escondidas.

La noche también fue un momento electrizante, en ese ambiente sin humedad y en el trópico los planetas se veían de distintos colores y la Vía Láctea alumbraba como noche de luna.

Ya saliendo de San Pedro, iba con nosotros una india con un rebaño de llamas, todas con amarras de lana de colores en sus orejas, que trotaban en una nube de polvo como si fuera una escena bíblica.

Hubo que parar el bus para que los niños se bajaran a ver a estos animales, más bien tocarlos, como es su forma de conocer.

Raúl estaba fascinado con estas llamas que con sus enormes ojos lo miraban fijamente. En esa mirada había una seducción mutua, ni la llama se movía ni él dejaba de mirarla.

El Padre Le Paige había organizado el Museo que exhibía vasijas de greda, cabezas de flecha de piedra y momias rescatadas de excavaciones.

Fue allí, en San Pedro de Atacama, donde Raulito sufrió su primera “decepción ético-cultural”.

⁵ Valeria Maino: Historiadora y profesora universitaria de Historia y Geografía en la Universidad de Chile y Universidad Gabriela Mistral.

Tres profesoras jubiladas, las señoritas Ovalle, que hacían el viaje con nosotros, estaban intrigadas de esta familia: mis tres niños tocaban flauta y ellas los veían muy interesados por conocer y aprender de todo. Incluso correr tras la procesión a la Virgen que nunca habían visto.

La mañana que salimos al Salar estas profesoras se nos sumaron al paseo. Una de ellas se acercó a Raulito y sigilosamente le regaló un puñado de puntas de flecha que había sacado del Museo del padre Le Paige. Él muy serio y enrojecido, no se las quiso recibir. Que un cabro chico no se las aceptara le produjo a la señorita tremenda rabieta e indignada las lanzó lejos.

Los principios de ese “cabro chico”, ya a los doce años, no le permitieron recibir ese tesoro arrebatado a la historia de los pueblos originarios de su país.

En un auto colectivo bordeamos el Lago Titicaca. Fuimos muy afortunados, porque nuestra guía era la estudiosa Valeria Maino, hoy reconocida historiadora y ensayista. Íbamos tan entretenidos escuchándola que se nos hizo corto el trayecto y los niños sintieron haber aprendido mucho. De sus raíces, de historia y geografía de la zona.

De ahí seguimos en tren. Como era época de carnavales, muchas veces a través de las ventanas nos llegaron bombas de agua coloreada que manchaba nuestras ropas y caras. Los pasajeros se reían de nosotros. Bajábamos del tren que ascendía con lentitud, pasando por poblados desperdigados en el altiplano.

Sus habitantes se acercaban al tren a vender artesanías y tejidos de todos colores. A medida que subíamos, los chalecos de lana de oveja que nos ofrecían, pasaban a ser de llama, luego de guanaco hasta llegar a la suave lana de vicuña. Nos deslumbraba que cada pueblo vistiera tan distinto.

Los sombreros que usaban iban cambiando: a mayor altura eran más anchos y chatos. Comentábamos que podría tener que ver con la presión atmosférica... Nunca supimos la causa, pero quedó en el aire la idea de que había que investigarlo.

En el ascenso a Machu Picchu, el santuario inca, cruzamos entre los árboles de la selva que veíamos a través del techo transparente del tren. La impresión de una ciudadela abandonada, solitaria, en la que habría vivido una gran población nos sobrecogió.

Sentíamos en la pureza del aire cómo el camino de ascenso a la montaña, el Huayna Pichu, nos elevaba. Una lluvia sorpresiva nos impidió llegar a la cumbre pero recorrimos calles y plazas. No dejábamos de impresionarnos con la prolijidad que cada piedra calzaba. Una con otra por todos sus lados.

Caminando entre esos pasadizos bordeados por muros grises, sin ruido, de pronto nos enfrentaba alguna llama de colores claros que armonizaba con el paisaje.

Los niños aprendieron algunas estrofas de “Alturas de Machu Picchu” y las repetían imitando la voz nasal de Neruda que ya habían escuchado en los discos de vinilo de sus abuelos:

Piedra en la piedra, el hombre ¿dónde estuvo?

Aire en el aire, el hombre ¿dónde estuvo?

Tiempo en el tiempo, el hombre ¿dónde estuvo?...

Comprendían parte del contenido de los versos. Sentían que la atmósfera, las rocas y la ausencia eran lo que el poeta nombraba...

Los hijos se sentían en el extranjero, les gustaba mucho el mundo de los indígenas, que los miraban a los ojos. Les sonreían y ellos les devolvían una suave sonrisa.

Años después, en 1974, ya exiliados en Frankfurt, escuché una conversación entre Rauli y sus hermanas en que recordaban contentos que, por suerte, antes de tener que salir de Chile, habían alcanzado a conocer Machu Picchu.

Protección a la hermana chica

“El hijo estudiante partía cada mañana puntual, y de impecable uniforme azul con chaqueta sin solapas”. Así lo recordaría muchos años después el papá en la liturgia que se le hizo de despedida.

Caminaba hasta Américo Vespucio al bus para ir a la Alianza Francesa. A veces con algún amigo y siempre con su hermana Carla, cuatro años

44 menor, a la que quería mucho y cuidaba con autoridad. En ocasiones demasiado brusco. Le decía:

Tú, camina dos pasos delante de mí. No debes escuchar la conversación de hombres.

Quería proteger su inocencia. Que no aprendiera los garabatos que intercalaban en las conversaciones. También vigilaba su integridad física al atravesar las calles.

Era su forma de quererla sin evidenciar los celos que sufrió cuando nació, en que le quitó los privilegios de hermano menor.

Ese amor y amistad lo vivieron día a día durante los veinticinco años que compartieron: familia, alegrías, cantos, bailes, mascotas, viajes y orgullo por múltiples éxitos en los estudios y también tristezas, que incluían accidentes de gatitos y conejos.



Dirigiendo a la tropa.

En la Alianza Francesa, donde cursó la Enseñanza Media, tuvo grandes amigos. Entre ellos recuerdo a Lucho Weinstein, Emilio Lamarca, Roberto Bendersky y Benjamín Galemiri.

Benjamín Galemiri⁶,
compañero del colegio, escribe:

Hicimos muchas películas con mi querido amigo Raúl Pellegrin Friedmann, la mayoría sólo en la mente por supuesto. Para nosotros el mundo era pura virtualidad. La vida era un gran Cd Rom con el que se podía jugar, trapear, reír, divertir.

Habíamos venido a la tierra a reírnos. La risa de Raúl la tengo aún en mi memoria como una explosión de bendiciones y también de mucha picardía.

En esa deslumbrante época, compañeros de la Alianza Francesa, el mundo era completamente nuestro, y todas las quimeras, desde las más complejas hasta las más simples, estaban a nuestra disposición.

Yo estaba filmando un largometraje imposible en 8 mm y teníamos tomada la Alianza Francesa como único set, motivado exclusivamente en llamar la atención de las extasiadas compañeras de clases. Raúl seguía mis delirios como si yo fuera el mismísimo Orson Welles.

Hablamos de cientos de guiones, de cientos de historias, en la que siempre había una mujer que era la deseada y la obsesivamente perseguida.

A pesar de que ambos éramos los de menor altura del curso, con esa patética espiritualidad de la adolescencia, nos creíamos Don Juanes en potencia, y estábamos convencidos de que éramos más seductores que Alain Delon y Jean Paul Belmondo juntos.

Nunca pasé mejores y más vibrantes momentos que junto a Raúl, por su desarmante sentido del humor, el humor de las palabras, con las que jugábamos todo el día, en paradojas hasta la crueldad del humor negro. De alguna manera formábamos una especie de dupla humorística tipo hermanos Marx, ya que a nuestra manera hacíamos la revolución de las palabras, que es la que yo seguí en mi vida. Raúl tenía libertad de reírse de medio mundo porque era un genio. Todo se le estaba permitido gracias a su fascinante luz interna.

No he conocido nunca más a nadie tan poderoso mentalmente y espiritualmente.

Primero que nada, era un huracán en matemáticas, en física, en química, en todas aquellas materias más duras, bajo el agobiante aunque a veces vanamente inútil rigor francés.

⁶ Prestigioso dramaturgo chileno.

Él era nuestro héroe, el chileno que reivindicaba el nombre de los sudamericanos ante la a veces arrogancia y desprecio europeos. No de todos; tuvimos muchos profesores franceses maravillosos y generosos.

De alguna manera Raúl, con ese humor virulento y sabiéndose el mejor alumno, utilizó sus métodos de crítica a la burocracia escolar como una forma de administrar el poder.

También porque en el fondo era muy tímido, se escudaba del sufrimiento con todo ese talento innato y su carisma arrollador.

Yo miraba a Raúl, y pensaba: llegará a ser Premio Nóbel de Química.

Sentir auténtica devoción y ser tan fans de un amigo no lo he vuelto a vivir en mi vida como con Raúl.

No estoy inventando nada cuando digo que era el más generoso de todos, contaré incluso infidencias inescrupulosas, pero las pruebas de matemáticas que eran el momento crucial del sadomasoquista tormento francés, él las hacía en menos de cinco minutos, y luego se dedicaba a enviarnos a través de sofisticados sistemas a todos los de su entorno, una copia con variaciones para que las replicáramos como si fueran originales de nuestras pobres mentes insuficientemente científicas...

Ya había desarrollado su alma de líder en pleno colegio, y conocía muy bien los recovecos del poder y cómo subsumir todas las adversidades, pero su alma vibrante y su sentido del humor universal podían contra todo y contra todos, aunque escondía al más solitario de todos los hombres en el mundo, ya que él fraguaba en su interior su retiro de la vida burguesa casi como una dulce condena que nos estremecería a todos años después.

Todo el grupo de sus amigos de la Alianza Francesa esperábamos de él todo también: Premio Nóbel de Química. Secretario de Naciones Unidas. Presidente de Chile, Premio Palma de Oro al Mejor actor en Cannes (era de un histrionismo mundial.)

Seductor, tenía un arrastre impresionante con las mujeres, aunque el pobre nunca lo supo y sufría un poco más por la imaginación del desprecio femenino por su apariencia tan menuda y falsamente frágil, este pequeño gran niño hombre con sus ojos azules penetrantes y la chispa y la cósmica lucidez de los profetas de la Biblia.

Después de salir de la Alianza Francesa, muchas veces pregunté por Raúl, y lo que me devolvían esas preguntas eran secretos, misterios, llaves que abrían a otras llaves, encriptaciones que eludían un manantial incontrolable de vida, de lucha, de pasión, de silencios y señales que conducían a lugares desconocidos.

Ahora comprendo: eran todos caminos del mismo camino que presagiaban el terrible momento que íbamos a vivir los que sentíamos un auténtico fervor por él, hasta que una tarde horrible abro el diario *La Segunda* y leo que mi entrañable amigo y mi compañero de banco de colegio, apareció flotando masacrado por las fuerzas militares, tomado de la mano de Cecilia Magni en el río Tinguiririca. El asesinato de Raúl y de Cecilia Magni tiene mucho de shakesperiano, pero sobre todo de bíblico, de mosaico o de destino del gran Moisés. Él nos llevó a la Tierra Prometida, a la democracia, aunque con su pavoroso sacrificio le fue privado ver el nuevo amanecer chileno después de las tinieblas. *Shalom* querido Raúl, *Shalom*.

La sociedad de las codornices

Su primo Rafael cuenta:

A los 13 años tuve mi primera experiencia empresarial. El “socio” era mi primo Raúl de 14 años, mateo cabezón, quien mandaba.

Obviamente mi opinión no la di nunca. Él ponía el capital intelectual y yo el laboral.

El negocio era criar codornices. Raúl determinó que el lugar más apropiado para el criadero era mi casa. Había que llevar las jaulas seis cuadras de distancia entre su casa y la de mi familia.

No era un tema menor. Él dijo: “No te preocupes, me conseguí el auto de la Tita”. Yo, ingenuamente, pensé que el auto incluía a la Tita.

Aún recuerdo la emoción de lo prohibido. Raúl era más bajo que yo; no me acuerdo si usó un cojín para asomarse por el parabrisas o se encaramó sobre su ego. El resultado fue que finalmente trasladamos nuestra inversión por seis cuadras con excelente conducción.

La sociedad terminó a finales de 1973.

Después de mucho esperar, nuestras ponedoras entregaron una escualida pero equitativa producción: dos huevitos. Con dos trozos de “plumavit” fabriqué un embalaje para el huevito de Raúl y se lo entregué a la carrera en el aeropuerto cuando partía con su familia al exilio.

Nuestras obreras, al igual que Raúl, se fueron volando. El primero fue nuestro macho estrella, que cuando pudo se fugó al enorme parque de nuestros vecinos.

Luego, mi falta de perseverancia y consecuencia como socio me hizo abrir la jaula de las hembras, que por falta de macho se estaban matando entre ellas.

En la edad del pavo

Andrea, su hermana mayor cuenta:

Como empecé a pololear precozmente, mis padres le pidieron un par de veces a mi hermano que nos acompañara al cine o a la micro cuando yo iba a dejar a mi pololo. Siempre se negó.

Una vez que teníamos planificado ir al cine con el Bolo, mi pololo, y por alguna razón él me avisó que no podía ir, le pedí a mi hermano que me acompañara porque yo tenía muchas ganas de ver esa película. Y se negó: “Yo no soy rueda de repuesto de nadie”, me dijo.

La diferencia de edad entre nosotros no era mucha, pero como mujer, me desarrollé emocionalmente antes. Siempre me sentí mucho mayor que Alejandro.

De todas formas, en la adolescencia no me cuidaba abiertamente, pero siempre estaba preocupado de mi vida sentimental.

Mientras él jugaba fútbol, andaba en bicicleta y leía los Cuadernos de Marta Harnecker⁷, editados por Quimantú⁸, yo iba a “malones”, los “carretes” de ahora.

Era muy metódico, y por lo mismo, todo lo que se proponía lo lograba.

⁷ Cientista política chilena.

⁸ Editorial chilena creada durante el gobierno de la Unidad Popular.

Fue preclaro en la globalización: a los 12 años –en 1970– escribió una carta a alguna dirección en China para que le mandaran dos paletas de ping pong súper modernas para la época... ¡y le llegaron!

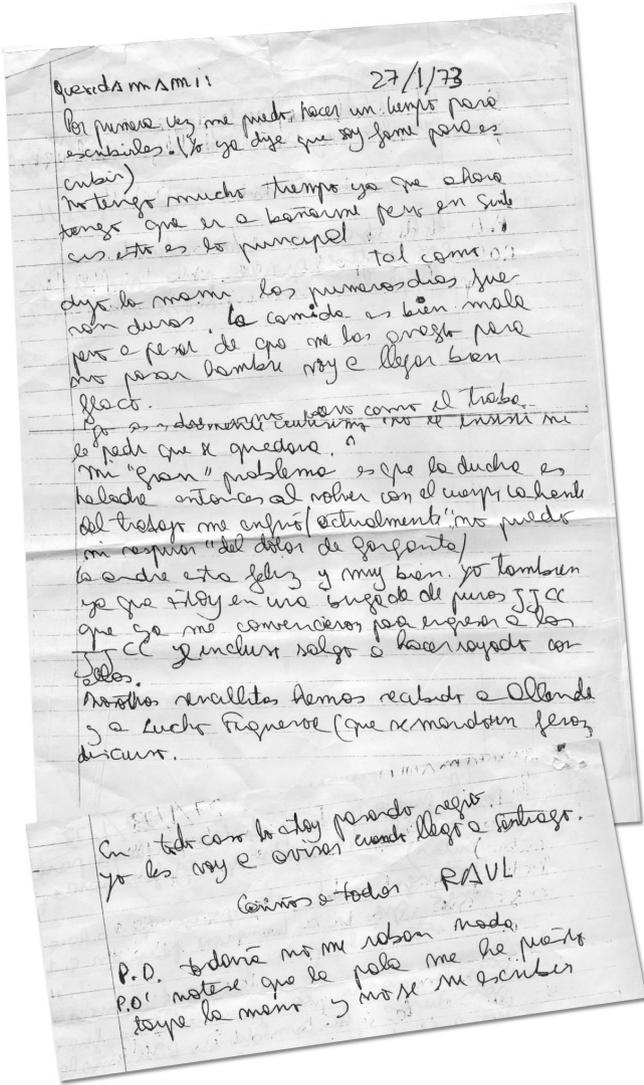
Igualmente descubrió que criar codornices era un buen negocio. Instaló una jaula al fondo del jardín, estudió la forma de alimentarlas y hasta noviembre de 1973, cuando la casa fue allanada por los milicos, estuvieron vivas e incluso se reprodujeron. Luego quedaron de herencia en casa de los primos.

Tomates en Rengo

Pocos meses antes del Golpe Militar, en el verano de 1973, mis hijos fueron al campo. Participaron en los trabajos voluntarios de recolección de tomates. Andrea a Rancagua y Rauli a Rengo.

Él era el menor de todos. Los voluntarios trabajaban duramente muchas horas bajo el sol. Se alojaban en una pequeña escuela, donde por la noche descansaban en sacos de dormir. Por las tardes iban a mirar televisión (en blanco y negro) en una casa del sector, que se repletaba de espectadores. Fue entusiasta de excursiones, exploraciones, escalamiento de cerros, lo cual le sirvió, sin saberlo, de preparación para el camino que iba a seguir en su vida.

Más importante que recoger tomates, le pareció hacer un tranque. Palearon toneladas de tierra hasta que lograron dejarlo adelantado para que lo terminaran los campesinos de Rengo. Les ayudaría para el riego de sus chacras.



Querida mami: 27/1/73

Por primera vez me puedo hacer un tiempo para escribirles (Yo ya dije que soy fome para escribir)

No tengo mucho tiempo ya que ahora tengo que ir a bañarme pero en síntesis esto es lo principal:

Tal como dijo la mami, los primeros días fueron duros. La comida es bien mala pero a pesar de que me las arreglo para no pasar hambre, voy a llegar bien flaco.

Mi “gran” problema es que la ducha es helada, entonces al volver con el cuerpo caliente del trabajo, me enfrió (actualmente “no puedo ni respirar” del dolor de garganta)

La Andre está feliz y muy bien. Yo también, ya que estoy en una brigada de puros JJCC⁹ que ya me convencieron para ingresar a la JJCC, e incluso salgo a hacer rayado con ellos.

Nosotros, sencillitos, hemos recibido al presidente Allende y a Lucho Figueroa, secretario general de la CUT¹⁰ (que se mandaron feroz discurso).

En todo caso lo estoy pasando regio. Yo les voy a avisar cuándo llego a Santiago.

Cariños a todos, RAUL

P.D. Todavía no me roban nada

P.D. Nótese que la pala me ha puesto torpe la mano y no sé ni escribir. 2-2-73

Querida mami:

Nuevamente me logro hacer un tiempo para escribir. Aprovechando que un grupo se va para Santiago. Esta ha sido una semana muy agitada. El lunes después de trabajar dijeron que había un caso de gonorrea (enfermedad “venérea contagiosa” de origen evidente), por lo cual nos revisaron a todos.

El martes nos cambiaron a una villa “El Coigüe”, a una pequeña escuela muy bonita. En general las cosas más impactantes son que estoy en plena fiesta del tomate, en la cual se tiran tomates. Yo estoy bien pero me siento desvitaminizado, por lo cual aparte de pedirle al médico algunas vitaminas, me he preocupado de conseguirme leche condensada. Hoy día no pude trabajar ya que estaba demasiado débil.

Estoy encargado de la venta de “El Siglo” y “Ramona” y en las noches tengo que hacer guardia (de 2 a 4 AM). No hay protección alguna contra los del FN Patria y Libertad.

⁹ Juventudes Comunistas de Chile.

¹⁰ Central Unica de Trabajadores.

Todos muy cansados, ya muchos han desertado. Yo me vuelvo el próximo viernes 9 en bus a la hora que les diré el miércoles o jueves por teléfono. Tomates hemos comido por miles. Mi único problema es hacer caca, ya que los baños son pozos negros muy poco higiénicos.

El canal está bien avanzado.

El canal:

Objetivo	hecho
_____/	I_I-I_I

En vista de que tanta gente se va, no quiero irme pero ya no puedo más. Tengo miles de cosas que contarles (pero un día después de llegar, ya que el 1er día voy a comer y dormir).

Los echo mucho de menos. Especialmente a ti y al papi.

Los llamo el Miércoles 7 o Jueves 8 como a las 5, les dejo recado.

Cariños

RAÚL

Sergio Rodríguez, uno de sus compañeros, me cuenta que en esos trabajos voluntarios en Rengo él era encargado de la enseñanza media por parte de las Juventudes Comunistas.

En febrero de 1971 llegó Andrea al campamento. Ellos ya se conocían y le pidió que incorporara a su hermano chico, de 14 años.

Sergio lo autorizó y lo integró. Allí conoció a Raúl Pellegrin y fue testigo de sus inicios como militante. Dice que era serio, estudioso y colaborador. Eso implicaba responsabilidades, como cumplir la norma de trabajo, organización y orden del campamento; estudio, venta de revistas y periódicos y la preparación de recepción a posibles visitas.

En ese campamento recibieron a personajes de gobierno como el general Carlos Prats y otros.

Fue en la época de su estadía en Isla de Pascua, el viaje de fin de curso, cuando ocurrió el Golpe de Estado. Estábamos a miles de kilómetros de nuestro hijo. Ni a través de radioaficionados pudimos comunicarnos. Eso aumentó la angustia de todos.

Su amigo Emilio Lamarca nos contó cómo habían vivido esos momentos: caminaron y caminaron por la Isla conversando hasta la madrugada, Raúl estaba tan afligido por lo que significaba el Golpe Militar para el país como por lo que podía haberle pasado a su familia.



Solo el diecisiete de septiembre pudimos encontrarnos en casa de mi hermana, donde nos habíamos refugiado. Lo trajo a nosotros Nico Weinstein, papá de nuestros amigos, y sólo ahí Raúl padre y Raúl hijo lloraron abrazados. Él nos imaginaba muertos o presos.

El día del Golpe yo estaba trabajando en la oficina del Paseo Bulnes. Llevaba siete años en INDITECNOR, donde mi ventana enfrentaba La Moneda. Presenció a los aviones Hawker Hunter volando a muy baja altura sobre el techo. Bombardeando el Palacio de Gobierno y elevándose para pasar por sobre nosotros. No se me ocurrió la posibilidad de que alguna de las bombas cayera en el edificio. Era tan increíble, el estampido, las llamas, los gritos, que me parecía estar viendo una película. Mujeres

54 residentes en el edificio gritaban a los militares que ya llenaban las calles: “¡Arriba hay un francotirador!”.

Hasta el momento en que escuché el discurso de Salvador Allende, no comprendía la gravedad de lo que estaba sucediendo.

En el trabajo no discutíamos asuntos políticos. Yo se lo decía especialmente a un ingeniero que me provocaba, y que para mi sorpresa después del Golpe apareció uniformado.

El gobierno popular sucumbía. En mi calidad de jefa, no permití que se fueran. Había que permanecer en el lugar de trabajo. Lo dijo el Presidente en su discurso y lo hice cumplir al pie de la letra. Algunos me discutían, muchos se reían con disimulo para que no los viera. La mayoría era contraria a la Unidad Popular. Sabían de mi militancia y la de mi marido en el Partido Comunista.

Alguna vez habíamos hablado con Raúl sobre la remota posibilidad de que esto sucediera y acordamos que, de ocurrir, nos encontraríamos en Independencia, en la casa de sus papás. Relacioné esa conversación con el gran afiche de Allende que teníamos pegado en la ventana hacia la calle Puerto de Palos. Eso pasaba a delatarnos en la nueva situación. Muchas noches Raúl papá dejó correr por horas el agua de la manguera sobre el techo por las amenazas de bombas. A algunos vecinos amigos les habían quemado la casa.

Recordé que los niños estaban solos. Decidí que era mejor partir y organizamos la salida de la oficina. Los hombres, en un solo grupo, bajaron por las escaleras. Algunas mujeres que vivían en el edificio, a gritos, los acusaron de francotiradores. Fueron apresados por militares. Los llevaron al Ministerio de Defensa. Desconocíamos que uno de ellos era hermano de un general. Logró que lo contactaran con él y a los pocos días fueron liberados.

Cuando pude regresar al trabajo, cuatro días después, me enteré de lo que había sucedido con los compañeros de oficina... Sus familias, desesperadas, los habían dado por desaparecidos.

El director de INDITECNOR me llamó a su oficina y aseguró que mientras nadie me denunciara él no lo iba a hacer. Le era necesaria en la labor que cumplía. Trabajé con sobresaltos un par de meses más.

Tuve que dar dinero para la “Reconstrucción de Chile” y a pesar de varias otras humillaciones seguí dirigiendo. Solo algunas secretarias no me respetaban. Me mantuve digna. No les aceptaba discusiones.

Era doloroso ver en ruinas el Palacio de La Moneda. Los hijos, como siempre, iban a verme en horas de trabajo y también se impresionaban.

Muchas veces vieron que al pasar frente a la fachada destruida, nos cruzábamos con amigos, que ellos conocían desde chicos, pero no nos saludábamos por razones de seguridad.

Fue estremecedor ver, quince días después del Golpe, frente al Ministerio de Obras Públicas en la primera cuadra de Morandé, un enorme micro verde de uniformados. Se aculató contra la puerta para que los detenidos no fueran vistos y subieran por la parte de atrás. Era muy alta. Los militares los obligaban a saltar a patadas. Con Raulito estuvimos mirando la escena toda una mañana. Subían uno a uno, colegas y conocidos.

Doce años después, trabajando allí, supe que fueron delatados por sus compañeros del ministerio. Los torturaron y a muchos los mandaron al Estadio Nacional. Eran unos sesenta profesionales de la Unidad Popular. Después de un tiempo los trasladaron a diversos centros de detención.

En casa era difícil mantenerse con un solo sueldo. A mi marido lo echaron el mismo día del Golpe Militar. Trabajaba en CIMEC y era profesor e investigador en el Instituto de Investigaciones de la Construcción de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile. Rápidamente la creatividad de Raúl le permitió conseguir trabajo y salimos adelante.

En esas circunstancias aún manteníamos nuestra militancia. Aunque no quisiéramos involucrarlos, los niños adivinaban los riesgos asumidos. Recuerdo la cara de reproche con que me recibió Raulito cuando llegué con Mireya Baltra¹¹ (la tía Leonor) y le facilitamos su dormitorio. Ella pensaba que estaba irreconocible, con una peluca igual a su pelo.

Al poco tiempo fui a buscarle lentes de contacto para disimular el azul de sus ojos. No alcancé a entregárselos. Unos amigos la llevaron a asilarse a una embajada. Como tardaba mucho en regresar, la señora Carmen me preguntaba asustada si habrían ido a entregarla por la recompensa que ofrecían en un diario. Ella sabía que la tía Leonor era Mireya, quien siempre estuvo convencida de que no sería reconocida.

En noviembre de 1973 allanaron nuestro hogar con violencia. A la señora Carmen la hicieron llamarme por teléfono para que nos presentáramos inmediatamente: “Tiene visitas que la esperan”, me dijo.

No fui, pero llamé a la vecina de la casa del frente, profesora del Colegio San Gabriel. Me explicó lo que veía desde el segundo piso:

¹¹ Ministra del Trabajo durante el gobierno de Salvador Allende.

Hay unos quince militares y están recorriendo el jardín y bayoneteando todo el césped. Gritan garabatos y uno salió con el arco y flecha con plumas. Lo estuvo probando y dijo que se lo llevaba. Que era un arma. Llevan como media hora. Muchos están dentro de la casa y otros están saliendo con el televisor y otras cosas. Una bolsa grande de plástico transparente con fotos sueltas y álbumes.

La señora Carmen le contó después a mi hermana por teléfono que los militares, luego de hacerle preguntas durante mucho rato, la encerraron en el baño. Querían los nombres, edades y colegios a los que iban los niños. Dejaron un papel firmado por el capitán Fuentes. La orden era que nos presentáramos a las cinco de la tarde en el Ministerio de Defensa.

Recordó la señora Carmen que cuando se fueron y pudo salir del baño, vio en medio del living un cerro con la ropa y libros que habían sacado de los clósets, de las camas, veladores y cómodas. Que los sintió trajinar por la cocina y que comieron jalea y se tomaron el jugo que ella había preparado. Dejaron una gran mancha en la alfombra. También dijo que tal vez no alcanzaron a prender fuego porque los habían llamado y salieron corriendo.

Al entender lo que pasaba, llamé por teléfono a Raúl, que había ido a vender el auto. No alcanzó a hacerlo. Nos juntamos y fuimos al colegio a retirar a los niños. En días anteriores, creyendo que eran bromas de mal gusto, no tomamos en cuenta las amenazas telefónicas que decían que harían desaparecer a Raulito.

No nos presentamos en el Ministerio de Defensa. Sabíamos que por el subterráneo del edificio pasaron, entre muchos otros, ministros del Gobierno de Salvador Allende, dirigentes de los partidos políticos que fueron confinados a las lejanas Isla Dawson, Isla Quiriquina, Pisagua y otros apartados lugares de reclusión.

El allanamiento violento a la casa y la citación al Ministerio nos forzaron a buscar asilo. Reunidos los cinco, empezamos a recorrer Santiago para encontrar un lugar donde refugiarnos. Fuimos a casas de parientes y amigos y vimos tanto miedo en sus caras que desistimos de pedirles alojamiento.

En vista de eso nos dedicamos a llamar por teléfono buscando ayuda. En la Embajada de Bélgica conocían a Raúl por su trabajo de interventor en la industria Pizarreño. Llamamos al hijo del pintor José Perotti, que ya vivía en Suecia y era amigo de las autoridades de ese país; al embajador

de Israel, Samuel Goren, amigo de juventud de mi papá; al rector de la Alianza Francesa, donde estudiaban mis hijos.

No resolvimos nada. Ya era noviembre y las embajadas estaban repletas de gente que había buscado protección. El rector de la Alianza llamó al embajador de Francia, pero este se excusó porque: tenía a sus “innumerables visitas durmiendo en colchones hasta en los pasillos”,

“Ahora soy Alejandro”.

Asilo en la embajada de la República Federal de Alemania

Nuestra aficción nos llevó a seguir dando vueltas por Santiago y por una casualidad nos encontramos con una gran amiga: Eliana B. Al explicarle lo que estábamos viviendo, ella se contactó con el encargado de Asuntos Sindicales de la Embajada de la República Federal de Alemania, quien logró que nos permitieran asilarnos allí.

Nos juntamos con él frente a la iglesia El Golf. Lo seguimos hasta la calle Augusto Leguía, donde dejamos estacionado el auto. Caminando llegamos a la avenida Presidente Errázuriz. Hicimos el operativo según sus indicaciones y aunque con riesgo, pudimos ingresar a la sede diplomática. Fue difícil, porque un par de carabineros hacía guardia permanente. Habíamos acordado que cuando abrieran el portón al encargado de Asuntos Sindicales, él entraría con su auto lentamente. Nosotros apuramos el paso y cruzamos la frontera. Los niños iban con sus bolsones y uniformes. Ya dentro, en el antejardín, estábamos en territorio alemán, por lo que no pudieron detenernos.

Raulito tenía quince años. Ahí declaró su independencia dando fin a la niñez. Dijo:

No quiero que me digan más Raúl ni Raulito. Soy Alejandro para siempre.

Nuestra familia se asiló en noviembre de 1973. Hasta la fecha del allanamiento pensábamos que no tendríamos problemas. Aunque los amigos se asombraban al encontrarnos, creíamos que no sería necesario irnos del país. Estábamos equivocados. Nos consideraron un peligro para el régimen militar por ser militantes del Partido Comunista y por nuestra estada en Cuba. También afirmaban que teníamos instrucción militar.

Nos hicieron pasar a un salón pequeño de la gran casona donde nos esperaba la Comisión de Recepción. Para nuestra tranquilidad estaba

58 formada por José Miguel Varas¹², amigo nuestro, y María Ester Férrez¹³. Eran las seis de la tarde. Nos dieron la bienvenida y nos llevaron al patio, donde, alrededor de una gran mesa, estaban reunidos sirviéndose el “Abend Brot”. Eran casi sesenta refugiados. Jóvenes y viejos, políticos conocidos y desconocidos, alcaldes, el militante socialista Rafael Merino y sus hijos, el intendente de Concepción Vladimir Chávez y muchas autoridades del gobierno de la Unidad Popular, profesionales y obreros. Parejas y personas solas como el abogado y diputado Luis Tejeda y el doctor Manuel Sanhueza. La primera gran impresión fue ver al embajador lanzando apetitosas salchichas a sus enormes perros. Un feroz contraste con lo que habíamos vivido. El desabastecimiento por el que comerciantes acaparadores obligaban a las familias a organizarse en largas colas frente a los supermercados. Y también en las JAP¹⁴.

Durante el Gobierno Popular habíamos organizado campañas de propaganda para que la ciudadanía se acostumbrara a comer pescado. Recuerdo fiestas en las que trabajaba toda la familia. Cocinábamos merluza con la fórmula judía del “Gefüllte Fish”, que era muy bien recibida. Los tres hijos repartían por el barrio las invitaciones, que incluían la receta para su elaboración. Sobre cada papel ellos mismos dibujaban peces y estrellas de mar para hacerlos más llamativos.

Fueron días duros los que vivimos en la Embajada. Lo novedoso no impedía darnos cuenta de la gravedad. De un momento a otro nos vimos obligados a dejar nuestra casa, la familia, los amigos, los colegios, los trabajos.

Lo más angustiante era saber que teníamos que dejar Chile. Dejarlo todo.

Algunas veces vimos desde una ventana del segundo piso de la Embajada llorar a Anita, mi mamá, que iba a vernos y no la dejaban entrar. Muchas noches nos mantenían despiertos y asustados los disparos de metralleta en la misma acera. Eran desconcertantes los días que nos pedían que nos recluyéramos en el segundo piso de la Embajada.. Debíamos permanecer a oscuras y en absoluto silencio para que alguien perseguido pudiera ingresar a la sede. Saltaban por arriba de la reja que colindaba con la calle Augusto Leguía. Más de alguna mujer con su guagua en brazos lo hizo. Debía seguir a su pareja que ya

¹² Periodista y escritor, Premio Nacional de Literatura 2006.

¹³ Directora del Trabajo en uno de los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia.

¹⁴ Junta de Abastecimientos y Precios.

estaba asilada. Luego del pánico del primer momento, comenzábamos el acoso de preguntas al nuevo huésped. Queríamos saber qué ocurría en la ciudad.

Otros días, a la hora de almuerzo, debimos encerrarnos en silencio en los dormitorios para que el embajador alemán, junto a Harald Edelstam¹⁵, embajador de Suecia en Chile, atendiera a sus colegas en recepciones. Explicaba que las organizaba para convencerlos de que aceptaran refugiarse a algunos “huéspedes”, como los nombraba él. Estaba consciente del horror que se vivía afuera.

Los embajadores se asombraban de la tranquilidad de la casona, sin imaginar lo que vivíamos en otros momentos. La casa de dos pisos, de unos trescientos metros cuadrados, tenía el parquet cubierto por colchones que traspasaban de una a otra las elegantes salas y salones, dormitorios y pasillos.

Se disponía sólo de tres baños para todos, lo que hacía más incómoda la convivencia. No había más espacio y lo mismo sucedía en las demás embajadas.

Las sedes de los países socialistas habían sido cerradas el 11 de septiembre, por lo que no se podía contar con ellas.

Pasábamos muchas horas sin nada más que hacer que comer y dormir. Había una pequeña piscina, pero ese noviembre no fue tan caluroso como para bañarse. Solo los niños se arriesgaban, y como estaban alterados, no faltaron las peleas que terminaron en odios de familia. Había poco ánimo y se discutía mucho y fuerte, en especial de política. No se alcanzaba a llegar a los golpes, pero se estaba en el límite. Muchas veces al día se analizaba qué sectores políticos habían cometido los errores para llegar a esta situación. Alejandro estaba pendiente de todo.

Las parejas también discutíamos. Alguno preguntaba: ¿Por qué no nos presentamos a la citación del Ministerio de Defensa? o ¿no será peor dejar a los niños sin padres? Pocos comprendían el alcance de la derrota del proceso sociopolítico.

Sin embargo, además de ver TV, se organizaron clases de idiomas: alemán, que enseñaba Arnaldo, economista, y José Miguel Varas, inglés. También se alfabetizaba a los que lo necesitaban.

El jardín se fue deteriorando con los partidos de fútbol. Solo permanecieron en pie, con una simetría germana, los laureles de olor, sin

¹⁵ Diplomático que cumplió una resaltante labor en defensa de los derechos humanos.

60 flores, que enmarcaban los senderos. Lo mismo pasó con las alfombras persas. Persas de verdad. Los jugadores entraban con los pies embarrados y también las deterioraban bailando cueca.

Alejandro se aplicaba con el idioma alemán. Conversaba con los mayores, especialmente con los políticos. Por los demás huéspedes era considerado muy serio, demasiado agrandado para sus quince años, así que se desquitó con una broma que los descolocó a todos. Una tarde hablaba por teléfono con un primo. Un grupo de asilados hacía fila para establecer alguna comunicación con familiares que enfrentaban a la intemperie el nuevo clima que se había apoderado de Chile desde el 11 de septiembre.

Eran conversaciones casi públicas. Inevitablemente, mientras los demás esperaban, aquellos diálogos a medias llegaban a todos los oídos. A menudo inconexo, ambiguo, en las que unos y otros intentaban usar claves que el interlocutor no comprendía y que dejaban más dudas que certezas.

Como esa tarde, en la fila para comunicarse con los de afuera, Alejandro tenía el teléfono pegado a la oreja, gritó: “¡Soy padre, soy padre!”

Los que esperaban lo miraron estupefactos; igual el funcionario alemán de la Embajada que mantenía una discreta vigilancia.

“¡Soy padre, soy padre!”, repetía eufórico. Lo miraban con ojos muy abiertos: ¿Se habían equivocado? ¿Ese niño había sido padre? ¿Tan precoz era? Colgó el teléfono y corriendo llegó donde nosotros sin darse por enterado de las miradas de asombro que lo rodeaban. Nos reveló que el primo con quien conversaba le había contado que los huevitos de codorniz puestos a empollar por una gallina clueca, habían dado crías. Esas crías eran de las que se sentía padre. Él era socio en la producción.

Una madrugada, cuando ya el gobierno militar otorgó los salvoconductos a la mayoría de los residentes, nos llevaron al aeropuerto en un micro Matadero-Palma. Rodeados de efectivos militares nos despedíamos de Santiago. Custodiaban a este grupo de chilenos sumidos en un mundo de confusiones, entre miedo y tristeza de dejar familias y amigos y con esperanzas de volver a recuperar la normalidad. Pasamos frente al Parque Forestal y en nuestros rostros surgieron muestras de alegría, dentro del silencio obligado, al ver que quedaban registradas consignas en los tajamares del río Mapocho, las mismas que guardaron durante algún tiempo la maestría y colorido del pintor Roberto Matta,

que enseñó a las Brigadas Ramona Parra¹⁶. También vimos murales alusivos al Presidente Allende. Mientras miraba por última vez los grandes murallones que dirigían el cauce del río, pensé que el regreso sería pronto, unos seis meses o a lo más un año. Más tristes habríamos partido si hubiéramos adivinado que pasarían once años hasta poder volver.

¹⁶ Brigada Ramona Parra de pintores murales durante el gobierno de la Unidad Popular.

1973-1976: Exilio en Frankfurt-Am-Main

Con grandes interrogantes, preocupaciones y tristeza llegamos al aeropuerto de Frankfurt-Am-Main, República Federal de Alemania. Nos esperaba una multitud de alemanes antifascistas con ramos de claveles rojos y fotografías de varios periódicos. Entre llantos y risas nos abrazamos con los futuros amigos. Ninguno sabía hablar castellano. Teníamos a Arnaldo y Fernando, que dominaban los dos idiomas, y así intercambiamos algunas palabras de agradecimiento, cariño y amistad. No pudimos dar entrevistas a los periodistas, pero al día siguiente salimos en una gran foto en la revista Stern y el periódico *Frankfurter Rundschau*.

Estuvimos unas horas en los trámites de rigor, en que incluso nos preguntaban qué religión profesábamos. Yo no dije que era judía, lo que después me perjudicó. Cuando tiempo más tarde pedí al rabino de la ciudad que hiciera algo por David Silbermann¹⁷, judío, me contestó que no, que no tenía derecho a solicitar nada porque no había declarado la religión al ingresar a Alemania.

También nos plantearon que de lo que recibiríamos de la ayuda social nos comprometíamos con un porcentaje para la Evangelische Kirche. Creo que ninguno lo hizo.

¹⁷ Ingeniero, vicepresidente de la mina de Cobre de Chuquicamata. Detenido desaparecido el 11 de septiembre de 1973.

64 De la Oficina de Policía Internacional, pasamos a una sala de reuniones donde nos recibieron las organizaciones sociales y del gobierno.

El Estado alemán había destinado piezas para cada familia en la ciudad de Frankfurt, en la Kiefernstrasse. Allí compartíamos, a veces no muy amigablemente, con refugiados de Polonia, Rumania, Unión Soviética y de otros países socialistas. Nosotros éramos cinco personas y nos correspondió una habitación de cuatro literas, una mesa, cuatro sillas y una cocina con lavaplatos y cocinilla. El baño, wc y lavatorio quedaban al final de un pasillo y eran compartidos por varias familias. La bañera y la lavadora estaban en el sótano y eran controladas con llave por un administrador. La pequeña mesa ubicada entre las literas tendría unos sesenta por ochenta centímetros y era usada en primer lugar por Alejandro para su estudio del nuevo idioma. La grabación del curso de alemán, que por horas escuchaba atentamente, nos obligaba a permanecer en silencio.

Todos debíamos aprender, aunque ninguno era tan perseverante cómo él. En esa mesa también se hicieron las primeras tarjetas de saludo de Año Nuevo, Día Internacional de la Mujer y muchas otras, con dibujos de araucarias, rejas de cárcel y banderas. Toda la familia, con la ayuda de los amigos alemanes que nos visitaban, fue componiendo y compaginando el *Libro Negro de la Dictadura*, que se publicó en alemán.



Tarjeta de saludo por el Año Internacional de la Mujer.

En esta especie de refugio (los más exaltados lo llamaban *ghetto*) vivimos los meses siguientes hasta que el municipio fue asignando departamentos. En el departamento en la Dortelweiler Strasse, nuestra familia estuvo menos hacinada, pero pasamos frío y nos faltaba el agua caliente. Resolvíamos el problema yendo a bañarnos y lavarnos el pelo a una gran piscina temperada a unas cuadras de la casa.

Organizamos nuestra vida en torno a clases aceleradas de alemán en la Volkshochschule y trabajos de solidaridad con Chile. Muy pronto los mayores comenzamos a buscar trabajo. Alejandro y dos amigos fueron elegidos y contratados para servir las tradicionales lentejas o garbanzos con salchicha a la comunidad de exiliados. Entregaban los vales, servían los platos, los distribuían y recogían de las mesas. Eran de papel de aluminio desechable (novedad para nosotros en esa época), así que no tenían que lavar platos.

Las mujeres formamos un grupo de apoyo a los niños chilenos que se llamó Kinderhilfe Chile¹⁸. Las amigas alemanas nos cuentan que aún hoy, en el año 2008, sigue funcionando. Ahora, para ayudar a los niños de Irak.

Los jóvenes reconstruyeron las organizaciones a las que pertenecían en Chile. Al mismo tiempo intentaban adaptarse a la vida en Alemania. Luego formaron el conjunto de bailes y cantos “Víctor Jara”. Nuestros tres hijos se integraron.

Algunos de sus amigos recuerdan que fue en esa época que Alejandro asumió que era indispensable aprender y prepararse para ir a combatir a la dictadura. No había logrado obtener su diploma de enseñanza secundaria. Dejó el colegio antes de terminar el año escolar 1973, en plena primavera austral.

Al llegar a Alemania, el año escolar estaba por la mitad. Solo en 1975, en Darmstadt, pudo incorporarse a un Instituto Tecnológico Metalúrgico. Obtuvo las mejores notas, especialmente en matemáticas. Aunque sus compañeros alemanes se organizaron solidarizando para proteger al chileno estudioso, fue eliminado sin explicaciones en el segundo semestre.

Después de haber deambulado buscando alternativas, decidió intentar estudiar en Francia. Para eso viajó a París con su amigo Fernando.

¹⁸ Kinderhilfe Chile: Agrupación de mujeres alemanas y chilenas para ayuda a los niños de Chile.



Primera actuación del conjunto Víctor Jara.

Estudios por correspondencia

Relata su amigo Fernando:

Conocí a Alejandro Pellegrin apenas llegado a Frankfurt. Pasó un día, quizás, para que estuviéramos hablando como amigos y preguntándonos, yo por las condiciones de vida en Alemania y él por la situación en Chile. Recorríamos juntos, en el recuerdo, las calles y barrios de Santiago. Nos hicimos muy amigos. La edad y la coincidencia de no haber terminado nuestra educación secundaria nos acercaron y nos hizo tramar juntos posibles soluciones. No aceptábamos el destino de bajar unos cuántos grados en el sistema de enseñanza alemán. Así surgió la idea de ir a probar suerte en Francia.

Alejandro tenía la formación escolar de la Alianza Francesa. Hablaba francés y se notaba entusiasmado con la idea de irnos a París. Íbamos a preparar el *baccalauriat*¹⁹. Nos estarían esperando familiares y amigos. En el tren nos contábamos chistes y hacíamos comentarios de nuestros amigos y compañeros en Frankfurt. Nos reíamos con las historias de malentendidos, confusiones y desgracias causadas por el cambio cultural. Estábamos en eso cuando nos

¹⁹ Correspondiente a los estudios de Preuniversitario.

abordó un policia de frontera galo. Alejandro me sorprendió con su francés fluido, la posición fruncida de sus labios y una entonación, a mi parecer, “francesa total”. Me hizo admirarlo más y me dio la seguridad de hallarme con el compañero de viaje ideal.

En Metro llegamos a la casa de una familia amiga que nos acogió. Trabajaban o estudiaban. Se hacía difícil encontrarnos, salvo en los desayunos, que me maravillaban por esa atmósfera francesa, ese gusto por desayunos con queso, paté, un exquisito café y lo más importante, un pan de baguette y croissant que juntos con Raúl comprábamos en la panadería del barrio.

No nos fue bien en los trámites escolares. Alejandro tenía ventajas con relación a mí. Sin embargo, las soluciones no eran auspiciosas, no más que en Alemania. Al menos allá estaban nuestras familias. El rechazo no nos afectó en lo más mínimo y lo recibimos como un dato. En este viaje Alejandro me enseñó a entender y a conocer París. Era una especie de anfitrión y no escatimaba esfuerzos para hacer de nuestra visita una experiencia plena, muy bien aprovechada. Me hablaba de las distintas escuelas y ciclos del arte en el “Museo Impresionista” y me obligaba a ver en los ojos de la Mona Lisa, mientras visitábamos el Louvre, una expresión en ella que no correspondía con mis observaciones. “¡Pero concéntrate!”, me decía.

Hablábamos de política francesa sentados en los cafés de Les Champs Elissés y nos paseábamos por el socialismo real de cuya génesis histórica él manejaba con cierto conocimiento. Era gran lector de literatura política. Filosofamos sobre el tipo de régimen político que había en la Alemania Federal, pasando por la democracia, las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución, el sentido de la caridad, y otros. Cuando nuestra mente aterrizaba en Chile recuerdo que reía con aquél vaticinio histórico de que “se acerca el ocaso de la dictadura”. Era un político culto y prolijo, estratega y activista. Asombroso si se piensa que tenía 16 años y era capaz de vivir aquella emergencia con una madurez admirable y con un sentido de la realidad que no siempre coincidía con el lenguaje romántico de los tiempos. Cuando el tema era Chile, siempre hablaba de la “necesidad de prepararse para recuperar la democracia primero y después veremos”.

Recuerdo que al regreso de Francia Alejandro nos comunicó que estudiaría por correspondencia en un Instituto de Ingeniería en París. Al mes comenzó a llegar abundante material a la casa y se encerraba todo el día en su dormitorio a estudiar.

Al mediodía aparecía pidiéndome el almuerzo para luego volver a sus libros hasta las seis de la tarde. A esa hora se iba a reuniones de las juventudes comunistas, al Centro Juvenil de extranjeros o a ensayos del Conjunto Folklórico Víctor Jara. Con otros chilenos y jóvenes de diferentes lugares del mundo, formó el Centro. Además del acercamiento e intercambio de experiencias que significó, les permitió concentrar sus actividades en un solo lugar.

“Ese chilote marino” del Conjunto Víctor Jara

En una reunión de los jóvenes chilenos, se adoptó la idea de crear un conjunto folklórico para acompañar las actividades que se hacían en solidaridad con Chile.



Su amigo Jussi nos cuenta:

Nos dimos un tiempo prudente para aprender bailes nacionales y confeccionar la vestimenta. Nos reuníamos hasta cuatro veces a la semana. Tuvimos la ventaja de contar con gente muy capaz para enseñarnos. Aprendimos a bailar, a cantar, y los más atrevidos

comenzamos a tocar instrumentos musicales, ya sea el bombo, las panderetas, maracas y varios la guitarra. Esto no era señal de empezar de cero, porque el núcleo de cantores y bailarines ya estaba conformado...

El caso de Raúl y el mío, era de primerizos. Nos asignaron a los bailarines. En los primeros ensayos demostramos que no pertenecíamos al grupo de los más desabridos... Los dos preferíamos los bailes chilotes.

La primera actuación del Conjunto Víctor Jara fue impactante para nosotros, los papás. Los tres hijos bailando, cantando y tocando la guitarra. Se veían muy nerviosos. Después que se abrieron las cortinas del teatro, pasó un buen rato hasta que salieron al escenario. Se hizo un gran silencio en la sala. Pareció que con un empujón empezaron la actuación. Alejandro salió bailando cueca bien chilota, con poncho y a pie pelado, mucho empeño y la cara bien colorada.

Al terminar bajó a la platea y presencié cómo Raúl, su padre, muy emocionado, abrazándolo le dijo: "Lo felicito, compañero hijo".

Continúa Jussi:

Las ropas que nos habíamos confeccionado eran cuidadas por todos con mucha dedicación. Sólo al principio hubo bromas para aquellos que no lavaban sus vestimentas ni lustraban sus bototos. Alejandro era uno de los que más entusiasmaba al resto, logrando risotadas en nuestros largos viajes por el país. Era un amante de las papas fritas y la coca cola, que en muchas oportunidades fue nuestro único alimento. A veces también una bratwurst, la típica salchicha de cerdo asada a la parrilla. Cuando bailábamos, teníamos una apuesta entre varios bailarines. Que el que se equivocaba o no sacaba una sonrisa durante la actuación, tenía que pagar las papas fritas y la bebida. Nunca, que recuerde, Alejo tuvo que pagar esta penitencia. Las actividades fueron creciendo y en un año ya habíamos presentado alrededor de ciento cincuenta funciones. En los fines de semana llegábamos a cuatro o cinco. Pronto nos hicimos muy conocidos.

Otra de nuestras tareas era juntar dinero para mandar a Chile. Después de cada actuación, bajábamos del proscenio con alcancías y una postal con foto del conjunto folklórico. Recorriendo entre los asistentes solicitábamos ayuda. Alejandro disfrutaba dando autógrafos, sobre todo a las jovencitas de nuestra edad. Cuando

había que entregar agradecimientos por la solidaridad con Chile, era él quien lo hacía, por su capacidad política e idiomática. Pronto comenzó el peregrinar del conjunto por otras ciudades de Alemania. Las organizaciones a las que se debía agradecer eran muchas, políticas, sociales, sindicales, culturales y humanitarias. Grandes amigos fueron los de grupos folclóricos turcos, griegos, eslavos y españoles. Otros latinoamericanos residentes en Frankfurt no formaron conjuntos musicales. Eran nuestros admiradores.

César, otro bailarín recuerda:

El año 1975 se organizó el conjunto folklórico Víctor Jara en Frankfurt. Participaban niños desde los 12 años, adolescentes y algunos adultos jóvenes.

Alejandro fue designado jefe del conjunto. Le correspondía organizar las actividades, los lugares y horarios de las actuaciones, el transporte, los alojamientos y los contratos. También bailaba.

A mí me daba la impresión de que lo hacía venciendo vergüenzas. Lucirse de esa forma no iba con su carácter. Tampoco le gustaban las fotos y lo encontré sólo usando una lupa, semioculto en algunas que tengo guardadas. Alejandro asumía las responsabilidades y tenía todo organizado.

En una ocasión, estando programado un acto, yo tenía que dar examen de alemán. El grupo entero me esperaba sentado en el bus que nos transportaría a una ciudad fuera de Frankfurt. De pronto, se abrió la puerta de la pieza en donde yo rendía mi examen y apareció él diciendo: “¿Se podrían apurar un poco con el examen? Estamos atrasados, esperando a César”.

La Comisión se quedó sin habla, pero el examen se acabó y salí aprobado...

En otra ocasión volvíamos de madrugada de un acto, nos detuvimos en un local de la carretera a comer y beber algo. De pronto llegó la policía y pidió los documentos a todos. Nos pusimos nerviosos, pero Alejandro enfrentó a gritos a los polis, quienes andaban a la siga de otro grupo que también estaba en el local.

Su amigo Jussi continúa contándonos:

Una de nuestras actividades habituales era asistir los sábados por la mañana a un centro deportivo en la ciudad de Neu Isemburg, en la periferia de Frankfurt. Jugábamos baby fútbol junto a jóvenes chilenos que vivían en la zona. Allí, después de jugar, nos sentábamos durante horas a conversar de lo que haríamos para entusiasmar a los nativos de ese país con la solidaridad hacia Chile.

Llevábamos apenas dos meses en Alemania, aún no resignados a un exilio que para algunos duraría más de una década, cuando un sector de la juventud social-demócrata invitó a jóvenes y niños chilenos a compartir tres semanas de verano en la localidad de Maubuisson, en la costa noreste de Francia. En el bus que salió de Frankfurt viajaron, entre otros, Raúl con sus hermanas.

En el campamento, ubicado entre los árboles de hermosos bosques, transcurría nuestra vida: deportes, bailes, actos. Teníamos tiempo para conversar con otros jóvenes chilenos que habían llegado con sus padres al exilio a otros países.

Durante la mayor parte del día disfrutábamos bañándonos en la playa. Alejandro era nuestro vínculo hacia la dirección del campamento

A pesar de ser yo mayor que él, me instó a aprender fotografía en el taller del campamento.

Por las noches paseábamos por la ciudad y los Pellegrin hacían de traductores, ya que hablaban perfecto el francés.

En el acto que hicimos por Chile, presentamos algunos bailes y cantos y fue Alejandro quien hizo el discurso, en alemán, para explicar lo que sucedía en nuestro país.

Me hablaba con mucho cariño de Cuba, donde había vivido sus primeros años, país que llegué a querer sin conocerlo. También explicábamos nuestras tareas a otros jóvenes: nuestras responsabilidades como chilenos en la lucha solidaria.

En los tiempos libres, Alejandro leía, sobre todo los periódicos, para mantenernos informados, y entre su literatura estaba un libro soviético, que en esa época todo joven comunista conocía: *Así se templó el acero*. Me lo prestó después de haberlo leído.

Será entonces, con llegar a ser
 algún día como esos "heros" de 15 años. No pensaba que para que
 triunfemos, merecíamos no uno, ni diez heros de eso, sino la entrega de
 un pueblo entero, que como hicieron ustedes "heros" "ricos", lo
 dejó todo y se entregó al combate.

Me acuerdo de una noche en que jugamos a las adivinanzas con los más pequeños. Entre ellos estaban su hermana chica y mi hermano. No sé de dónde sacaba tantas adivinanzas y problemas matemáticos entretenidos. Lo más asombroso era su capacidad de explicarles a los pequeños para que los entendieran. Tenía respuesta para todo, y cuando no la sabía, la inventaba.

En ese campamento Alejandro compartió mucho con los alemanes más que con el resto de los chilenos. Tanto en el viaje para Maubuisson como en el de vuelta, queríamos que el bus pasara por París y Alejandro era nuestro intermediario con los choferes. Viajó siempre sentado con ellos. Cada vez que entraba a una nueva zona por Francia decía por los altoparlantes del bus "esta región es conocida por el vino y sus mujeres, aparte de sus perfumes".

En ese viaje me di cuenta de dos detalles que hacía atípico a Alejandro con respecto a los demás jóvenes. No bebía alcohol, pero a diferencia mía, tampoco fumaba. Lo conocí más y lo aprendí a admirar por su consecuencia revolucionaria, por su alegría de vivir y por todo el respeto que guardaba hacia su familia, en especial a sus padres. Entonces conocí sus capacidades de dirigente político, sus habilidades deportivas, y sus esfuerzos por aprender nuestros bailes folclóricos.

Tenía el convencimiento de que era posible construir una sociedad más digna y más justa que la que estábamos viviendo. A los antifascistas que nos rodearon les era natural la solidaridad con los pueblos. Para ellos esto formaba parte de su quehacer diario. Fue uno de los aspectos que más nos asombró al vivir en Alemania. En esa época Chile surgió ocupando un privilegiado lugar junto a lo que quedaba aún por realizar a favor de Viet Nam y la causa del pueblo palestino. La cantidad de organizaciones solidarias con nuestro país fue enorme y de una u otra forma había que agradecer y asumir los caminos de dirección que se necesitaba. En una ocasión en que realizábamos un mural en una universidad alemana que además tenía contemplado un foro sobre la realidad chilena, la inquietud

de algunos estudiantes era hacia dónde iban los dineros que se recaudaban en las actividades de solidaridad.

Alejandro, dice Jussi, respondió más o menos así:

“El golpe de Estado en Chile, aunque no era una sorpresa que se gestaba, igual nos pilló desprevenidos. Fueron muchos los ejecutados en los primeros días y miles los que estuvieron en campos de concentración –sin contar a los que están en las largas listas de desaparecidos políticos–. Gran cantidad de ellos, además, eran jefes de familia a las que mantenían. Hubo organizaciones que perdieron sus instrumentos de trabajo o bien la capacidad de conectarse con la población para esclarecer lo que estaba sucediendo. Pero también estaban los partidos políticos que fueron golpeados, con alevosía, por la dictadura. Se necesitaba ponerlos de pie rápidamente para que pudieran dirigir –junto a las organizaciones sindicales y humanitarias– las actividades de repudio a la cruel realidad a la que tenía sometida la dictadura de Pinochet. Por esta razón, en los próximos días haremos funcionar otra entrada financiera para nuestro pueblo y será la de un conjunto musical folclórico, formado por nosotros, los jóvenes chilenos que hemos llegado a vivir a este país. El dinero se envía a Chile a través de una organización en Roma, llamada Chile Democrático”.

Al regreso a Frankfurt, fuimos introduciéndonos en el ambiente estudiantil y juvenil de la zona de Essen. Participábamos en los actos culturales y deportivos que se programaban dentro del contexto de actividades solidarias con Chile.

Nos gustaba bañarnos en una piscina temperada que quedaba cerca de su casa, en la calle Dortelweiller Strasse. Hacíamos competencias que él siempre ganaba. También al ping-pong era el mejor de todos nosotros.

Yo lo percibí como un niño que está pasando a la etapa de la adolescencia, más en lo psíquico que en lo físico en ese entonces. Lo veo ante mí, su sonrisa suave con una pequeña dosis de picardía, sus ojos claros, los signos evidentes de la pubertad: su voz que aún no se afirma y que alterna de vez en cuando el tono ronco del adulto con uno que otro gallito.

Rauli era niño y adulto a la vez, y a nosotros, los mayores, de verdad nos desconcertaba y hacía un poco complicado el trato con él. Nadie de su edad podría haber intentado ya en la embajada aprender el idioma que nos esperaba.

Mientras la mayoría de los asilados nos manteníamos de una u otra manera agarrados a la patria herida y a los propios dolores, él se preparaba ya para enfrentar los desafíos que a todos nos esperaban.

Estudiaba y aprendía con una rapidez que daba envidia la Deutsche Sprache...

Al llegar a Frankfurt estaba ya en condiciones de entender y hablar alemán, más que todos los que llegamos junto a él. Rauli era más serio y más maduro que lo que podría esperarse a su edad. Pero también podía ser un niño juguetón y divertido. Así lo viví cuando me ayudaba a entretener y distraer a mis cuatro pequeños. Su preferido fue Daniel; con él se entendía mejor, quizás porque Dani, con sus tres años recién cumplidos, era el único que no podía esconder su dolor ante la ausencia de su padre. Rauli lo hizo “su compadre”. Así se llamaban mutuamente y cada vez que podía, dedicaba un tiempo para jugar con mis hijos o para contarles cuentos.

“No humillarnos nos hizo bien a todos”

En Frankfurt, la situación familiar tanto anímica como económica era cada vez más difícil. Raúl padre dictaba clases en la Universidad sobre “Industrialización de la Arquitectura en los Países Subdesarrollados”. Las impartía en inglés y un arquitecto guatemalteco las traducía al alemán. También trabajó en la Municipalidad de Darmstadt.

²⁰ Doctora viuda de Hernán Henríquez, director del Hospital de Temuco, detenido-desaparecido en 1973.

El resto de la familia estudiaba y trabajaba políticamente. Varias veces fuimos Raúl y yo a buscar trabajo como arquitectos y nos ofrecían el salario de uno por los dos.

En esas empresas de arquitectura no me contrataban sola por ser mujer, de piel y pelo oscuro, judía y comunista. Las tenía todas en mi contra. En realidad, aparte del grupo solidario que nos apoyaba, la xenofobia era fuerte por las calles de Frankfurt.

En el Metro, las mujeres alemanas no respetaban que un extranjero estuviera sentado y ellas sostener al perro en su falda. En varias ocasiones a Alejandro y los demás muchachos, con un solo grito, los hicieron ceder su asiento, para poner sobre una toallita a sus mascotas.

En el Comité de Solidaridad con Chile de Frankfurt-Am-Main, la psiquiatra Neomicia Lagos, esposa del historiador Luis Vitale, nos reunió en una sesión de terapia colectiva. Dijo: “En el idioma que sea, ustedes se defienden. A la violencia verbal de las personas que los agredan, les gritan las groserías que se les ocurran y en el idioma que puedan se las largan, sin reprimirse”.

Lo mismo en el Metro o en el bus, uno escuchaba gritos con tremendos garabatos en español y sabía que por ahí andaba un chileno. No humillarnos nos hizo bien a todos. Los chilenos también se distinguían por el chaleco que usábamos. Se reconocía los puntos, el grosor de la lana y el cariño con que se lo habían tejido. Nosotros compramos una máquina de coser para hacer banderas chilenas y de la Unidad Popular y artesanías de todo tipo.

Lo más especial que hicimos fue el Soporopo. Se le ocurrió a Ruth que copiáramos el muñeco que habían creado las mujeres presas en Chile. Fue el regalo de Pascua de 1973 que ellas mandaron a sus hijas y a los compañeros que estaban en las cárceles. Para hacerlos deshacían algunas faldas con que confeccionaron los cuerpos, abrieron colchonetas para rellenar los muñecos con estopa o algodón y desbarataron chalecos de lana para hacerles el pelo.

Mis hijos se rieron siempre de este trabajo. Decían que eran muñecos feos, que les faltaban los brazos y que perdíamos tiempo en ellos. Pero igual nos ayudaban. Vendíamos toda la producción. Trabajábamos de noche y en la mañana aunque hubiera frío y nieve los llevábamos a las ferias de Navidad. Rosaura Torres redactó una carta muy emotiva, que alguna amiga solidaria tradujo al alemán. La entregábamos junto al Soporopo. Tiempo después, en La Habana, Beatriz, hija del Presidente

76 Salvador Allende, nos contó que le pusieron ese nombre por “sopa de porotos”. Para que fuera bien chileno.



Le pintábamos la cara reflejando la emoción que sentíamos cada una. Al principio muchos muñecos tuvieron lágrimas y en la espalda les escribíamos: Prisionero de Guerra 1973. Luego, nos pusimos de acuerdo en que ninguno expresara tristeza.

Además, como el Golpe Militar no fue una guerra (no hubo posibilidad de respuesta del pueblo a los militares), cambiamos las palabras de la espalda y pusimos nombres de campos de concentración donde estaban nuestros compañeros: Chacabuco, Ritoque, Villa Grimaldi y muchos otros. Hicimos flores de papel crepe, grandes como las mexicanas. También manjar blanco hirviendo tarros de leche condensada. Los amigos alemanes no lo conocían, así que con una linda etiqueta diseñada por Raúl vendíamos toda la producción del bautizado “Chilenische Süßsikeit”. Debajo de la lata nos desmentía un “Made in Holland”.

Los colegas cubanos nos llamaban muy seguido a Frankfurt. Pedían que volviéramos. En el Ministerio de la Construcción guardaban nuestros puestos de trabajo desde 1964 e insistían que los hijos podrían continuar mejor sus estudios allí. A raíz de sus insistentes y cariñosos llamados y nuestra mala situación, decidimos irnos a Cuba.

Eso sí tuvimos que esperar casi un año la autorización de la Dirección Central del Partido Comunista de Chile, que residía en Moscú. Pero por fin llegó a fines de 1976. Nos explicaron que demoró porque como familia hacíamos un gran trabajo de solidaridad que no era posible desarrollar en Cuba. La organización Kinderhilfe Chile y el Conjunto Víctor Jara recolectaban mucho dinero. Este se mandaba al país a través de Roma por el Comité Chile Democrático que dirigía el ex presidente del Partido Radical Benjamín Teplizky.

Recuerdo el año 75 en que hicimos la gran campaña “Un Barco para Chile”. Este barco partió del puerto de Hamburgo. Fue recogiendo toneladas de paquetes para esa Navidad. Los chilenos exiliados en toda Europa juntamos zapatos, ropa y juguetes. Los llevábamos a los puertos donde atracaría el barco.

Nunca supimos qué pasó con esa carga. Es probable que ninguno de nuestros compañeros en Chile se enterara de esta campaña.

1976-1983: Exilio en Cuba

Dejamos atrás muchos amigos alemanes y chilenos que permanecieron por años en Frankfurt. Alejandro, aunque no nos decía nada, tenía muy claro lo que iba a hacer de su vida. Llegando a La Habana, yo ignorante de todo, al mismo tiempo que tramitaba en el Ministerio de Educación el ingreso a un colegio para Carla, recorría la Universidad de La Habana. Trataba de matricular a los hijos mayores. En Periodismo a Andrea e Ingeniería Civil a Alejandro. Al terminar el trámite me enteré que él se incorporaría a la formación militar junto a muchos jóvenes llegados de otros países.

Estudió en la Academia General Antonio Maceo en Ceiba del Agua. Formó parte del grupo inicial desde 1976. Perteneció al contingente de Tropas Generales en la especialidad de Ciencias Sociales y Políticas. Todo había sido planeado entre Alejandro, Raúl padre y el Partido Comunista de Chile. La madre quedaba al margen y compartimentada como me mantuvieron durante todos los años siguientes. La revolución tenía a la mujer como socia minoritaria.

En Cuba mi hijo estudió hasta 1979. Al comienzo de ese año Fidel Castro reunió al contingente de militares chilenos y les planteó la necesidad de ir a apoyar al Frente Sandinista en su lucha contra Anastasio Somoza. La mayoría de los jóvenes, con gran alegría y orgullosos de la tarea que se les encomendaba, lanzaron sus gorras al aire y cantaron La Internacional. Una vez terminado el encuentro, quedaron a la espera

80 de la decisión superior. A unos se les pasó por la mente ¿y si los viejos del Partido dicen que no? Pero estaban decididos a partir porque era una tarea internacionalista con un claro objetivo. Todos querían ser de los primeros.

Alejandro partió en el segundo vuelo. Me contaron que el grupo iba en el avión como si no se conocieran. Pero sus safaris, trajes de manga corta, y los maletines eran todos del mismo corte, sólo de color diferente. Cada militar chileno iba del brazo de una joven del Ministerio del Interior.

Así, desde el Punto Cero²¹ en La Habana, clandestinamente partió el contingente de chilenos a Nicaragua. Nosotros no supimos de ellos hasta después que habían partido. Veíamos las noticias en la TV y no se nos ocurría que en esa guerra sandinista estaba Alejandro y el papá de nuestro nieto Ángel. Después nos llegaron unas mochilas con sus ropas de trabajo y recién ahí nos entró la preocupación.

Pasó un tiempo y por una carta en que nos comunicaba que se casaría el 26 de julio, nos enteramos de la existencia de Panchita. Se casaron en 1979 en el Registro Civil de Chinandega, y supe que muchos compañeros, amigos y comandantes presenciaron la ceremonia. Me enteré también que cuando tuvo que decir su nombre, para favorecer el futuro del niño que venía en camino, hizo salir a todos y solo al juez que oficializaba el matrimonio le mostró el carné de conductor en el que aparecía su nombre legal: Raúl Pellegrin. Esta acción significó que Carla Iskra pudo ser reconocida como hija de un ejecutado político chileno, luego que el caso de Alejandro formó parte del Informe Rettig. Años después fue favorecida con la Beca Presidente de la República de Chile.

Durante el embarazo de Panchita, tejí un número exagerado de chalecos y gorritos. A ningún hijo le había tejido tanto, tan prolijo y tan lindo. La búsqueda de lana o hilo no era difícil. Muy pocas mujeres cubanas tejían. Estaban acostumbradas a comprar la canastilla con toda la ropita hecha. Así que yo no tenía problemas en conseguir material y lo tejía todo. Cada día de la semana iba de copiloto de Raúl entre Alamar y el Comité Estatal de la Construcción, donde trabajábamos en esa época. En el trayecto de ida y vuelta, alcanzaba a hacer un chalequito en pocos días.

²¹ Centro de Entrenamiento e instrucción militar para lucha irregular.

A Alejandro le correspondía ir cada cierto tiempo a La Habana. Yo suponía que era de vacaciones. Se asombró de ver tanta y tan linda ropita que le hice a la niña. Como habíamos contado la noticia a nuestras amigas alemanas, aumentaron la canastilla con piluchos y vestiditos europeos.

Alcanzó a llegar antes que naciera la niña. Volvió radiante a Managua con su maleta llena de ropa para la niña. Al tiempo nos llevó unas fotos de Carlita Iskra que me emocionaron. Una hermosa nieta. Mandamos pasaje a Panchita y a ella para que vinieran a pasar un tiempo con nosotros... Alejandro, por teléfono, nos dijo que era el mejor regalo que podíamos haberle hecho en su vida. Llegaron solas el día 25 de diciembre de 1981, el mismo día del primer cumpleaños de Carlita y pudimos celebrárselo con torta y una velita.

Vivimos dos años y medio con ellos en La Habana. Como Alejandro y Panchita iniciaron una beca que les permitía llegar a casa solo los fines de semana, a la niña, que nos conquistó a todos, la cuidábamos la tía Andrea y nosotros, los abuelos.

Regalones a su hija

Relata su hermana Andrea:

En 1982 nos tocó vivir una situación familiar poco usual. Mi hermano, la Panchita y Carlita, su hija, llegaron desde Nicaragua a pasar un tiempo en La Habana. El Alejo llegaba todas las tardes temprano de su trabajo, a encargarse de la niña.

Le preparaba la comida, comían juntos y, cuando había algo que a ella no le gustaba, para convencerla de que siguiera comiendo, inventaba cualquier cosa sorprendente. Varias veces lo vi subirse a un sillón, aletear y piar como un pajarito, Otras, le cantaba o contaba un cuento.

Cuando ya caía la tarde, salíamos a caminar por el tranquilo y aislado barrio de Aldabó, a varios kilómetros de La Habana. Generalmente dábamos vueltas a la manzana. Yo llevaba en brazos a mi hijo de 6 meses, y él se encargaba de la Carlita. Como toda niña, aprovechaba de subirse a cada banco y se lanzaba a la calle. Recorría las vereditas, y nos dirigía en los juegos. Esos fueron los momentos en que pudimos conversar él y yo, sobre todo cuando ella

encontraba algún juego solita y nos daba permiso para sentarnos a descansar.

Algunas tardes salíamos en familia: con mis padres y cuñada. En esas ocasiones, la niña nos cantaba, nos recitaba, nos hacía corear las canciones y poesías que le enseñaban en el Círculo Infantil. Y nosotros le cantábamos canciones chilenas. Aprendía rápidamente desde “Caballito Blanco”, “Gallito de la Pasión”, “Pin Pon es un muñeco” hasta “Amarillo es el canario”.

Nos organizaba en la calle para que no nos perdiéramos. Nos juntaba de a dos, hacía que nos tomáramos las manos y camináramos cantando. Ella, Carlita, encabezaba este paseo, para gran sorpresa de los vecinos del barrio. El que más la celebraba era Alejandro; tenía verdadera chochera con la niña.

Cuando caía la noche, la bañaba, le ponía su pijama, le preparaba la “pacha” (mamá) y la hacía dormir con canciones y cuentos.



Se despidió de Panchita y su hija cuando la niña tenía tres años. Fue en el tiempo en que a nuestra familia le levantaron la prohibición de entrar al país y retornamos a Chile. No podíamos llevar a Carlita con nosotros.

Alejandro partiría a Chile en esa misma época. Por eso Panchita y la niña se volvieron a Nicaragua. Fue a dejarlas al punto en que las recogerían para llevarlas al aeropuerto. Creo que no se vieron más. Cuando regresó a la casa, lloramos abrazados.

Al dejar Cuba, los sentimientos de alegría porque regresábamos al nido donde teníamos tanta familia se entremezclaban con mucha tristeza. Nos alejábamos de los dos hijos menores, de ese nuevo y querido velloncito, hija de Alejandro y Panchita, y de tantos amigos cubanos. Antes de irnos a Chile pasamos una semana en casa de Panchita, en Managua. Disfrutamos a la nieta y nos empeñamos en apoyar a esa nueva familia que se nos sumaba. Raúl padre compró herramientas y todos trabajamos fabricando muebles y repisas. Recuerdo la impresión de ver a Panchita con el fusil al hombro aserruchando una tabla. Trabajaba todo el día fuera y aunque llegaba como a las siete de la tarde, se sumaba a nuestro trabajo de carpintería.

Teníamos que turnarnos, porque Carlita pedía que la “chineáramos” y la pasábamos de los brazos de uno a otro. Además de ser muy regalona se ponía celosa de Ángel, su primito de once meses que vivía cargado por Andrea, su mamá.

Sobre los estudios de Raúl Alejandro

Rafael Muñoz, el menor de los amigos de Alejandro, me cuenta que él era un niño de quince años cuando entró a la carrera militar. Como amigo y compañero de estudios de Alejandro llegó a nuestra casa, donde fue recibido con mucho cariño. Dijo que revisando sus diplomas recordó que solo Roberto Nordenflicht, Alejandro y él fueron calificados como sobresalientes al final de la carrera, un diploma verde y variopinto en que la palabra “SOBRESALIENTE” aparece en un rojo violento. Para eso, en los años de estudio siempre obtuvieron las mejores notas. Solo un par de veces en toda la carrera Alejandro, Roberto y él tuvieron un 4,0 (Bien), siendo el máximo de 5,0 (Sobresaliente). En algunas oportunidades fueron juntos a escuchar conferencias en que él no entendía “ni jota”. Recuerda una en que Carlos Lage²² hablaba sobre la situación política del momento. Al salir, Alejandro le explicó todo con tal claridad que se asombraba por no haber captado nada. Cuando su amigo le explicaba,

²² Dirigente político del gobierno cubano.

84 lo hacía con una sencillez maravillosa, era poseedor de la cualidad de “hablar en fácil”.

Me explicó que podía comunicarse en distintos niveles de profundidad, hablar en un lenguaje técnico con expertos y a la vez explicar con gran sencillez al nivel de la persona más modesta. Sin duda era un excelente comunicador. Conversaban en el trayecto de Alamar a la “guagua” del Parque Central y de ahí a Ceiba del Agua, donde quedaba la escuela. Pasaron muchos años juntos. Rafael lo fue conociendo y comprendió el porqué del gran respeto que le tenían.

Su inteligencia y modestia en imponerse por lógica le daba gran autoridad. Siempre estaba pensando más allá del momento que vivían. Tenía el respeto ganado por la autoridad que imponía con argumentaciones. Se tomaba el tiempo que fuera necesario para transmitir sus ideas. Era el único que tenía la capacidad de líder y jefe por sobre los demás. Para él no era preocupación el poder. Más que un jefe era un líder.

Alejandro eligió la especialidad de “Político Militar”. Correspondía a un jefe militar de tropas, con el agregado de ser un ejemplo como militante comunista. En suma, era la formación como líder militar y líder político. Esto tiene su origen en la escuela soviética. Se formaban cuadros del Partido como jefes militares, pero lo preponderante era su rol de líder.

Estudia en la Escuela Inter-Armas General Antonio Maceo. Se gradúa de subteniente con diploma de “Sobresaliente”.

Era muy bueno para la talla, que las echaba sin inmutarse. No lo vi nunca, pero sí supe de alguna ocasión en que, por supuesto, necesitaba desconectarse, tomaba algún trago.

Yo recordé una fiesta de protocolo en que Fidel Castro invitó a la colonia chilena en Cuba. Alguien contó que Alejandro no rechazaba los daiquiris, pero apenas podía, regaba con su trago algún gomero.

De la Escuela Inter-Armas General Antonio Maceo

Isidro y Rafael me cuentan que el Partido Comunista de Chile les planteó a los jóvenes de esa colectividad repartidos por el mundo, la necesidad de que se integraran a una “tarea de gran responsabilidad”. La mayoría, muy disciplinados, partieron a La Habana sin tener claro

a lo que iban. Fueron desde muchos países, en que algunos vivían el exilio de sus padres o estaban becados estudiando carreras profesionales. Rafael venía de México e Isidro desde el sur de la Unión Soviética, donde estudiaba para técnico agrícola. Dice: “Yo iba a ser agrónomo, pero no se pudo”. A los mayores los destinaron a un curso de un año de Superación de Oficiales. Los demás fueron a la Escuela de Cadetes “General Antonio Maceo”, donde recibieron una preparación de tres años.

Alejandro, Isidro y Rafael fueron de la primera promoción, con especialidades distintas. Relatan que las especialidades fueron elegidas por un coronel cubano amigo del dirigente máximo de la “Tarea Militar” y que no tenía ninguna experiencia en la materia. Por eso le pidió ayuda al coronel cubano. Este fue designando a los jóvenes aspirantes a cadetes de acuerdo a lo que trabajaban en Chile. Al que era mecánico, lo propuso para tanquista; a un cartero, para comunicaciones, y así se seleccionó a los cuarenta de la primera hornada. Isidro, muy buen deportista, fue de infantería; Rafael Muñoz, ingeniero zapador, y Alejandro, político.

Cuentan que después de cortarles el pelo, les dieron los uniformes.

Parecíamos payasos vestidos de verde olivo. Con las manos en los bolsillos, la gorra de cualquier forma y parados sin ninguna prestancia. Éramos civiles vestidos de milicos. En tres semanas nos enseñaron a marchar, a pararnos, girar. Paso a paso en forma muy metódica. Así llegamos a estar en “forma y aspecto militar” como correspondía.

Me dijeron que algunos no pudieron aguantar y se fueron. Rafael dijo que de los siete compañeros que llegaron con él desde México, seis se devolvieron.

El dirigente del Partido Comunista Jacinto Nazal cuenta la siguiente anécdota:

Vinieron a verme padre e hijo. Alejandro estaba tan deseoso de entrar a la tarea militar que le repetía al padre “por favor, cállate, que no quiero perder la posibilidad de incorporarme a esta tarea”.

Jacinto señala que de todos los que realizaron la tarea fue el único que pidió el ingreso. Los demás fueron motivados por los dirigentes a cumplir este trabajo. Desde el inicio marcó la diferencia.

Me pormenorizaron cómo era un día en la escuela: De noche se hacía guardia dos horas y cuatro para descansar. Luego se incorporaban al conjunto. Lo cotidiano o normal era: a las seis de la mañana, despertar

86 con el grito del cadete de guardia: ¡De pie! Se levantaban de un salto, hacían la cama y cinco minutos después al baño. Afuera, durante veinticinco minutos, se desarrollaba el matutino. Consistía en ejercicio físico estacionario, ejercicio físico con fusil, dos veces a la semana carrera de 3 km. en 11 minutos. Otro día iban al Campo de Obstáculos, otro al Campo de Lucha y así cada día diferentes actividades. Ese era el comienzo del día. Desde el punto de vista físico, una enorme exigencia. La presión síquica y física era parte de la formación. Era una preparación minuciosa y de lujo. Esto los hacía sentirse fuertes, capaces. Los cadetes salían con mucha seguridad en sí mismos. Luego, una jornada de estudio o práctica de tiro. La misma actividad en la tarde para terminar rendidos en la noche. Y de todas formas el grupo de chilenos se hacía tiempo para tener, después de la jornada de trabajo, reuniones políticas. Relatan que cuando estaban recién aprendiendo lo que era un fusil, Alejandro propuso estudiar el ataque de los soviéticos a los nazis en la Batalla de Berlín en la Segunda Guerra Mundial.

Isidro dice que él era “cero horizonte”. Pensaba en el día a día y lo que podría hacer en el fin de semana. Era “picado de la araña”, abrutado, preocupado de las mujeres... Alejandro, al contrario, siempre estaba pensando aprovechar al máximo el día, estudiando, leyendo lo que les sería útil en el futuro. Tenía claro adónde había que llegar. Su gran capacidad de síntesis hacía que las reuniones fueran ágiles. En las conclusiones incluía los aportes de cada uno, lo cual también les daba seguridad en sí mismos.

Recuerdan que Alejandro anduvo siempre impecable, abrochado hasta el último botón, botas muy lustradas y la gorra en la posición exacta que debía estar. De observarlo en el montón, se veía que era un jefe. Recuerdan que además de ser muy disciplinado, de una inteligencia aguda, ellos sentían que era un intelectual que estaba en el cuartel por accidente. Los demás eran más rudos, hablaban con palabrotas. Siempre fue muy correcto. Lo describen así desde que lo conocieron hasta siempre.



A mí lo único que no me gustaba era correr –dice Rafael–. En un examen que debía rendir y que Alejandro sabía a la hora que iba a pasar y por dónde, fue a ayudarme. Con un amigo cubano me estaban esperando en un tramo. Me fueron empujando. Me dio esa manito y logré obtener un “sobresaliente”. Tiene que haber sido harto rápido para correr. Alejandro se preocupaba de estar en muy buen estado físico. Practicaba todos los deportes. Yo también, dice Rafael, pero en natación, en los 100 metros me ganaba por media piscina.

En Nicaragua

Sobre el contexto histórico, explica su compañero “Miguel”:

Tita querida: Me habría gustado encabezarla con una cita de Onetti que está en su primer libro *El pozo*. Creo que es del año 39. Las palabras de Onetti expresan la idea de que “de todas las formas de mentir, la peor es decir la verdad, toda la verdad, despojando de alma a los hechos”. Citar documentos políticos de esos años, con la rigidez que obligaba la subordinación al Partido Comunista, da una idea sesgada de la vitalidad y frescor de nuestra lucha.

La etapa autónoma es demasiado breve y cargada de urgencias. La muerte inesperada nos niega respuestas.

No puedo rememorarle. Imágenes rotas, encuentros breves, casi eléctricos y palabras de campaña. Clandestinidad. Un propósito claro, común, hermanando hombres tan distintos como todos los hombres.

Nombrarle es la dificultad inicial. Primero borrar su nombre, olvidar la amistad de nuestras madres, disolver el prólogo de una pelea ineludible. Raúl, Alejandro, Benjamín, Rodrigo, José Miguel. De los primigenios, se desprende con 20 años en el sur de Nicaragua. Es Benjamín, organizando el nuevo ejército de una revolución victoriosa. Viviendo en plenitud la felicidad del triunfo. Instante de realización en el que lo personal y colectivo es parte de lo mismo,

indistinguible. No es el despertar al horror de la guerra. El horror ha asolado su adolescencia testigo de la masacre de Chile. El contingente que integra llega al frente pocos días antes de la huida de Somoza. Combate junto a la frontera de Costa Rica. Entra en Managua uno de esos días que justifican la vida entera. Todo es nuevo, complicado y estimulante. Violeta Chamorro, Alfonso Robelo, Moisés Hassan, Sergio Ramírez y Daniel Ortega forman la Junta de Reconstrucción Nacional. El Frente Sandinista no tiene caudillo. Son nueve jefes, tres de cada fracción. No hay ensañamiento con los derrotados. Implacables en el combate, generosos en la victoria, repiten los nuevos gobernantes. Y cumplen...



Benjamín trabaja en León, al occidente del país a las órdenes de Dora María Téllez, la Comandante Dos de la Toma del Palacio Nacional, que, como él, tiene poco más de 20 años. Es asesor de una región militar.

Se enamora de Francisca Herrera y tiene su única hija: Carla Iskra. Combina el nombre de su hermana menor con una palabra que significa chispa en ruso. La chispa que inicia la revolución y mueve su vida.

Panchita, su esposa, escribe sobre la experiencia nicaragüense

El tiempo transcurría rápido y a veces muy lento. El día era de explosiones, disparos, ráfagas de ametralladoras... Ese día ya oscurecía; eran como las cuatro de la tarde cuando llegó un nuevo contingente para reforzar nuestra columna. Entre ellos, Benjamín (Raúl Alejandro Pellegrin).

En el puesto de mando fueron recibidos por el jefe Laureano Mairena y, justo cuando él me daba órdenes de ir a las posiciones de un jefe de pelotón (Jonás, otro aguerrido combatiente panameño de la Brigada Victoriano Lorenzo), el jefe ordenó que esperara mientras conversaba con el recién llegado. Se presentó como Benjamín. Lo observé de pies a cabeza. Estaba muy limpio, impecable con su uniforme verde olivo, un bolso de cuero y un mapa en la mano. Pensé: “No durarás mucho tiempo así”. Pero mis pensamientos se quedaron ahí.

Laureano y él se sentaron a la orilla de una trinchera. Benjamín hablaba bajito; tenía una gorra puesta que apenas permitía que se le vieran los ojos, azules profundo, como el océano. En lo personal, sentí curiosidad por el recién llegado, pero me di la vuelta no sin antes advertirles que justo en ese lugar, como a veinte metros, había caído una granada de mortero por la mañana y que tuvieran cuidado. Al parecer, no me habían prestado atención. Es más, después confirmé que no lo habían hecho... Me senté en una trinchera a esperar que terminara la conversación. A los diez minutos, se escuchó una explosión justo en el lugar que les había avisado. Pensé que no había quedado nada de ellos. ¡Dios, pero si acababa

de llegar! Con la rapidez del pensamiento, salimos a ver. Estaban justo dentro de la trinchera Laureano y Benjamín, este último tal y como me imaginé que quedaría: el recién llegado lleno de lodo. No les pasó nada, solo el susto. Entonces, le dije: “Te acaban de dar la bienvenida”. Me quedó mirando fijo a los ojos, molesto. No le gustó ni un poco la broma, pensé yo. Se tendrá que ir acostumbrando. Yo me sentía toda una combatiente experimentada, pero era apenas una chica que acababa de cumplir 16 años y Laureano también me hizo una mueca de desaprobación. “Ay, ¡qué considerado!” pensé ante el reproche de la mirada de mi jefe. Di la vuelta sin darle importancia. “Se le pasará”, pensé. Ahí mismo me dieron la orden de llevarlo a conocer mis posiciones en el terreno.

Comenzamos a caminar por una trocha. Estaba cayendo la noche y yo iba a protestar, pero mi jefe no me dio ni tiempo para que rezongara. Benjamín se quedó escuchando la orden y dijo que nos acompañaría a las posiciones donde estaban los demás compañeros. Después de un profundo silencio, llegamos al primer punto. Benjamín preguntó algo. El sitio ya estaba muy oscuro y era difícil apreciar la configuración del borde delantero de nuestra defensa, como decía él, muy experimentado. Dejamos a un grupo de muchachos y regresamos al puesto de mando.

En nuestra primera conversación, me preguntó cómo me llamaba, qué edad tenía y cuánto tiempo llevaba ahí; si tenía más hermanos. Yo respondí lo justo; no tenía ánimos de hacer conversación y él era de muy pocas palabras. Luego lo ubicaron y, al día siguiente, continuamos con nuestro recorrido.

Este segundo día fue muy agitado. Eran como las tres de la tarde y nos habían llamado a un punto para comunicarnos la situación; en especial, el desarrollo de la guerra y las disposiciones del Mando. De pronto, escuchamos una explosión demasiado cerca para nosotros y vimos caer lentamente al suelo a Laureano y Jonás. Estaban heridos. Benjamín estaba al otro lado de la trinchera.

La cosa se puso fea: nos mataron a varios combatientes, otros fueron heridos de gravedad y nos quedamos sin jefe. “Hay que evacuar a los heridos”, dijo Benjamín, que, con la velocidad de un rayo, tomó el mando. Me dijo que atendiera a los heridos. Había que dar primero atención básica a quien se podía para sacarlo de inmediato, ver quién era el más grave. Él tomó las llaves de un vehículo y

empezó a evacuar heridos; entre ellos, a Laureano. Salíamos de una situación y entrábamos a otra. Luego llegaron compañeros a reforzarnos y también salieron heridos.

En este día agitado habíamos superado nuestra pelea porque él había dado opiniones sobre mi persona a Laureano, que si iba o no iba; en fin, yo sabía que él había metido su cuchara y estaba muy molesta por lo patudo que había sido... Pero cuando todo se había calmado, eran ya como las 7 de la noche. Nuestra situación estaba restablecida y las posiciones cubiertas. Comenzamos a recorrer las posiciones de las demás escuadras preguntando cómo estaban ellos. No sabían que habíamos quedado sin jefe. Comenzó a llover. Benjamín pensaba que ningún lugar era seguro, ya que por doquier se escuchaban explosiones de granadas de morteros. Nos sentamos en una trinchera y nos abrazamos. Ahí estábamos: habíamos sobrevivido a un largo día de combate.

Al día siguiente, mandaron un nuevo jefe: Pardillo, otro guerrero como Laureano. Creo que su nombre era Julián; dicen que era del Norte. Lo recuerdo muy alto... realmente no sé si un metro ochenta... pero así es mi recuerdo de su estatura, grande muy grande, un gran guerrero. Su temple era de campesino, con un acento al hablar, de voz pausada y firme. Escuchaba atentamente al joven combatiente Benjamín que le informaba sobre la situación del día anterior. Ahí estaban los dos, trabajando juntos.

Habían enviado a las doctoras chilenas, Elena y Guissel... Elena era bajita, medio rubia, muy dulce... llegó a ayudar a varios compañeros que habían sido heridos por la madrugada. Al amanecer, conocimos al Chino. Su cara era de Fu Manchú (así le decía Benjamín). Franklin Bassetti y Bomba eran los sobrevivientes de la escuadra, pero estaban heridos. El más grave murió en brazos de la doctora, quien lo atendía con dedicación, aun sabiendo su nivel de gravedad. A la escuadra le había llegado una granada de mortero o de obuses.

En poco tiempo, Benjamín se había ganado la simpatía de todos los compañeros. Era un combatiente como los nuestros, valiente: ni un paso atrás. Mientras trascurrían los días de lucha, conversamos un poco sobre su familia. La preocupación de morir o vivir no es algo de jóvenes... pero, a pesar de ser tan joven, había algo que le preocupaba: morir en lejanas tierras y que su familia no supiera dónde estaría... Me hizo hacer la promesa de que si moría le avisaría

a sus padres. “Si muero, díles a mis padres que lo hice feliz y recuerda dónde me entierren para que, cuando ellos pregunten, tú les puedas decir dónde estaré”. Era algo desagradable de hablar, porque nosotros, los nica, teníamos la emoción y la seguridad de vivir. Se lo expliqué porque sentí una sensación muy extraña. Nadie pensaba en que moriríamos. Le dije: “Estás loco, nadie va a morir”. Pero, repitió: “No se sabe, tú me lo tienes que prometer”...y así fue que se lo prometí. Él afirmaba que no tenía temor de morir porque al fin y al cabo uno asume los riesgos y se está claro de ellos, pero sí le preocupaban sus padres en especial, como decía con acento muy chileno: “mis padres”. Nosotros decimos: “mi mama o mi papa”. Era tan silencioso... Siempre estaba pensando. Siempre tenía la cara de quien quería descubrir algo. La pregunta era si era nuestra idiosincrasia o el misterio de la vida o de la muerte o de la entrega de la amistad, la camaradería, la lealtad. Todo lo que pueden llevar consigo días de combates.

Un día, apareció con la mano en la boca... ¿Qué había pasado? Nada más y nada menos que había sido picado por abejas y las picaduras se le comenzaron a hinchar. Se hizo el valiente, pero la boca se le fue hinchando tanto que insistimos en que fuera a ver a los médicos para que le dieran algo... Contó que le dieron antialérgicos. Pero los nicas²³ siempre nos reímos de nuestras desgracias y de las ajenas así es que no se salvó el chileno. Nos reíamos a carcajadas y él solo cambiaba de colores. “Son los gajes del oficio”, le decían. Así, fuimos compartiendo días de relativa calma y días agitados de combate. A veces, él me buscaba y yo también. Entonces, comencé a sentir miedo de que le llegara a suceder algo. Me di cuenta de que estaba enamorada...

²³ Nicaragüenses.



Su esposa Panchita y su hija en Nicaragua.

Al triunfo de la revolución, el 20 de julio de 1979, marchamos en una caravana de camiones. En las entradas de los pueblos la gente ovacionaba a los muchachos. Unos lloraban, otros agitaban las manos y muchos las banderas roja y negra vitoreando: ¡Viva el Frente Sandinista de Liberación Nacional! Con la mirada fija en las caras de los combatientes, buscaban reconocer, tal vez, a un hermano, un hijo o un pariente. Así transcurrió nuestro viaje a Managua, un viaje lento en el que la meta era llegar al bunker de Somoza. La caravana se detuvo en la ciudad de Granada. Unos bailaban y reían. Todo era fiesta. Nosotros nos quedamos debajo del camión esperando que llegara la hora de partir. Salimos tarde, pero llegamos a la plaza (Hoy Plaza 19 de Julio). La emoción era infinita. Algunas calles estaban con humo, con barricadas, destruidas y olían a pólvora. Se escuchaban ráfagas esporádicas, explosiones que celebraban el triunfo. Los combatientes que querían ver a sus padres pidieron permiso pero no regresaron. Se quedaron con la familia. Eran momentos inolvidables. La pregunta para muchos era bueno, ¿y ahora qué?

Los que dirigían lo sabían, pero los combatientes no. Benjamín sí estaba pensando. Desde lo más obvio: ¿dónde quedarse, dónde ubicarnos, comer y dormir? Él era parte del movimiento de todos. Lo primero que se le ocurrió fue que yo debía ver a mi familia. A mí me

pareció una gran idea. El punto era en qué ir... No sé cómo lo hizo, pero entre él y dos compañeros consiguieron un vehículo, un permiso y salimos a ver a mi familia. Recorrimos 138 kilómetros hacia el occidente. Todo el trayecto me molestaba o creo que en realidad pensaba que mi familia era campesina y que me estarían esperando con caballos y candiles y me molestaba. Yo no le respondía sus provocaciones, solo le hacía la pregunta: ¿y si no están y si les pasó algo? En fin, él me molestaba para que no pensara lo peor.

Efectivamente, llegamos y ahí estaban todos. Recién habían llegado de un campo de refugiados en el vecino país. Me emocioné, pero Benjamín y yo queríamos que supieran que estaba viva. Mi familia no era campesina, vivía en la ciudad, pero eran gente humilde, trabajadora. La situación en que se encontraban se veía que no era muy favorable. Benjamín, discretamente, me llamó y me dio un dinero para que se lo diera a mi mamá. Me pareció el gesto más lindo, sobre todo porque él no conocía a mi familia. Sólo me dijo “ve y dáselo a tu mama”. Simpatizó con mi hermano menor. Le presenté a todos. Siempre respetó mucho a mi mamá y siempre se dirigió a ella con mucho rendimiento y consideración.

A medida que transcurría el tiempo, fuimos asumiendo responsabilidades en el proyecto revolucionario. Al Benja lo enviaron a trabajar a León con la comandante Dora María Téllez. Él no la conocía pero sí sabía de su heroicidad en la lucha. León queda a 90 kilómetros de la capital al occidente del país. A Benjamín le gustaba occidente porque decía que recorrer todo ese trayecto le recordaba su Cordillera de los Andes... Se refería a la cordillera de los Maribios, formada por una cadena de volcanes, cerros y valles que se extiende a lo largo del Océano Pacífico frente a Nicaragua. Siempre recordaba su cordillera y el Cajón del Maipo.

Trabajó con mucha abnegación. Sentía que este proyecto también era suyo, pero, además, quería conocer la clave, el secreto de la revolución, y se dedicó a hacer un estudio sobre el movimiento sandinista y sobre las estrategias que le dieron el triunfo al FSLN que condujo a su pueblo a la victoria.

De regreso a Chile

“Chino” Rojas responde mis dudas

“¿Como es nombrado Rodrigo primer jefe del Frente Patriótico Manuel Rodríguez?”

A fines de 1981, después de años de espera y en medio de contradicciones acerca de qué hacer con los cuadros profesionales, la Dirección del Partido Comunista decidió –fundamentalmente debido a las presiones y exigencias del propio contingente y producto de los reclamos de los dirigentes que ya estaban en la lucha clandestina– incorporar un reducido número de cuadros al interior del país. Esa decisión iría acompañada de otra. Los cuadros iban a conducir y reorganizar las incipientes estructuras que desde antes de 1980 venían forjándose en la lucha clandestina.

Serían apenas doce los primeros “autorizados” a regresar a Chile. La elección de los cinco compañeros y de quién sería el jefe del pequeño destacamento –de entre más de un centenar de posibles candidatos– recaería en la jefatura del contingente de chilenos en Nicaragua.

La Dirección Política del Partido Comunista, muy distante de todos esos acontecimientos, no podría influir en esta elección. En muy breve tiempo el pequeño grupo se transformaría en un torrente de cuadros militares que regresarían al país. Según varios participantes de aquellos

98 acontecimientos fue el propio compañero Salvador, en ese entonces jefe indiscutido de toda la misión en Nicaragua, quien descubriría las extraordinarias cualidades de Rodrigo, proponiéndolo como jefe de la futura estructura. Tal es así que unos cuantos años más tarde, en 1987, y con ocasión de la separación del FPMR del Partido Comunista, Salvador se subordinaría a Rodrigo, quien continuaría como jefe del FPMR al momento de iniciar la organización su azarosa vida independiente.

Conductor y constructor

Rodrigo fue solo parte en la elaboración de las políticas y de la “idea” inicial que originó al FPMR. El mérito indiscutido y su papel principal que jugaría en la construcción de la nueva organización fue la materialización de esa idea enriquecida en el choque con la realidad. Tampoco construyó de la nada. No poca importancia tuvo en esta tarea la jefatura de todo el trabajo militar del Partido Comunista, la llamada Comisión Militar, a la cual se subordinaba el FPMR.

Pocos sabían que Rodrigo pertenecía como miembro pleno a esa estructura comunista y a través de ella se subordinaba a la propia dirección política de ese partido.

Recursos, medios, hombres y un debate y búsqueda permanente en la compleja misión que se emprendía nacieron de esa participación en la Comisión Militar. No obstante la relación con el Partido Comunista, en general, ni fue diáfana ni de una comprensión instantánea. No pocos dirigentes de diferentes niveles se oponían y complicaban la construcción de la nueva organización. Otros prestaban un apoyo decidido.

En esos pocos años del 83 al 86, la “corriente” que respaldó al trabajo militar y al empleo de la lucha armada, en medio de un escenario de efervescencia popular y aislamiento de la dictadura, lograría una correlación favorable que permitiría el flujo de recursos y nuevos combatientes propiciando un acelerado desarrollo y crecimiento del FPMR.

¿Cuál fue su forma de trabajo?

Rodrigo puso su sello, independiente de sus aciertos y errores, construyó estructuras y forjó a los hombres, planificó misiones combativas y sentó las bases de un estilo propio de dirección y conducción que a la postre significó un rasgo distintivo en la imagen del FPMR.

Una pequeña jefatura dirigía toda la incipiente organización, que nacía con contados grupos operativos y las imprescindibles estructuras de aseguramiento logístico y de infraestructura. Es imposible saber cuántos hombres ingresaron a la organización “enviados” por el Partido Comunista. A poco andar y a partir de los primeros grupos y cuadros probados, Rodrigo hizo crecer al Frente a partir de sus propias fuerzas ya organizadas. Si en un comienzo la inmensa mayoría de 105 combatientes y cuadros provenían del partido, poco a poco irían incorporándose jóvenes de otras organizaciones o simplemente “rodriguistas” nacidos en las barricadas y poblaciones más combativas.

Incansable, tenaz y dotado de una voluntad desmedida para lograr lo que se proponía, revisaba planes y orgánicas hasta el más mínimo detalle. Independiente de que con el transcurrir del tiempo estas se irían complicando, a fines de 1984 ya contaba con una Dirección Nacional que le permitía dirigir toda la creciente organización. Podía controlar estructuras con tres o cuatro niveles inferiores.

En pequeños esquemas –que después quemaba– hechos con su diminuta letra, organizaba las diversas estructuras de logística, exploración, instrucción, infraestructura, propaganda y difusión; jefaturas zonales o regionales de donde dependían numerosos grupos operativos y sus propias pequeñas unidades de aseguramiento.

Con paciencia preguntaba por todos los jefes y combatientes con sus respectivas chapas e historia particular.

Conocía con detalle los recursos disponibles y sabía exactamente dónde estaban los más variados medios materiales con que contaba la organización.

Inquiría hasta el detalle tratando de descubrir errores o “cruces” –fatales en la lucha clandestina– entre grupos o estructuras que debían estar absolutamente compartimentadas las unas de las otras.

Preciso, detallista, intentaba prever hasta las casualidades y los imponderables que siempre generó ese tipo de enfrentamiento. Metódico, estudioso, trabajador incansable, conductor y formador de cuadros, de los cuales aprendía y se retroalimentaba.

Con argumentos sólidos y a fuerza de tesón logró el talento del jefe. Así modeló el espíritu de combate de su gente e inculcó en todos una confianza total.

En períodos críticos de esos años “urgentes”, al momento de preparar operaciones importantes o en tiempos tensos ante la caída de algún jefe o combatiente, un día de Rodrigo podía ser de un agotamiento infernal.

Los que vivieron la experiencia –y él era un ejemplo– saben cuán distinto es la vida de un guerrillero en el “monte”, con sus inmensas dificultades y privaciones, a un combatiente de la clandestinidad.

Cada uno de esos escenarios está plagado de increíbles privaciones y sacrificios, pero un jefe, atendiendo tantas direcciones de trabajo simultáneamente en la ciudad, y con el método impuesto por Rodrigo, requiere de una capacidad a prueba de las más insostenibles tensiones. Y siempre tratando de ser sereno, como que a cada uno de los que veía era el primero y el más importante de sus encuentros. Un “vínculo” con un subordinado precedía a otro y a otro más.

De cuando en cuando reuniones con jefaturas enteras o las más frecuentes reuniones de la Dirección Nacional.

Cada plan operativo lo revisaba hasta en sus más mínimos detalles y los controlaba y seguía antes, durante y después de cada operación, fuera ésta exitosa o no.

Así, su labor se transformaba en una secuencia interminable de días, semanas, meses y años de trabajo clandestino en casas de seguridad o en los más insospechados lugares públicos. Y sin perder la calma que le permitiera con serenidad “chequear” un posible seguimiento “pegado” por el último de los entrevistados.

Quienes atendieron la infraestructura personal de Rodrigo recuerdan una planificación ordenada de todos esos encuentros, pero también recuerdan esos angustiosos días de hombres “perdidos”, de jefes desaparecidos, de caídas y asesinatos masivos de combatientes del FPMR.

En esos momentos las previsiones eran las mínimas y Rodrigo se multiplicaba hasta lo imposible intentando neutralizar los golpes que de cuando en cuando recibía la organización.

La ciudad se empequeñecía en “topes” apremiantes (encuentros rápidos) corriendo de un sector a otro, tomando medidas, escondiendo y protegiendo hombres y estructuras, inquirendo por el golpe recibido, organizando y dando indicaciones para limitar las pérdidas en medios y armamento tan difíciles de conseguir en la lucha clandestina.

No podía ser de otra manera, y como consecuencia de toda esa odisea, en varias ocasiones Rodrigo estuvo muy cerca de los agentes de la dictadura. En contados casos –sobre todo en los primeros años– hasta entró en casas de seguridad “chequeadas” por la represión. En ocasiones simplemente se les escapó a sus perseguidores.

Es posible que esos represores nunca supieran cuán cerca estuvieron del Comandante José Miguel.

Ese era el constructor, el jefe operativo que actuaba bajo una línea política general dada por el Partido Comunista. Eran esos años duros y apremiantes del 83 al 86, donde prácticamente todo lo que se hiciera contra la dictadura estaba bien visto por la inmensa mayoría del pueblo chileno.

No obstante, en cada oportunidad que la situación lo permitía, con creatividad promovía el debate político ideológico. Mostraba una preocupación constante por el contexto político del país y cómo repercutirían en él las acciones combativas planificadas.

El gran empeño teórico-ideológico de Rodrigo afloró en la misma medida que se agudizaron las contradicciones con la dirección del Partido a mediados de 1986.

Contradicciones con el Partido Comunista

Fue quien más se resistiría al virtual desmantelamiento del FPMR ante el brusco giro que da la política del partido desde fines de ese año y claramente en el primer semestre del 87.

La Dirección Interior de los comunistas encontró en Raúl Pellegrin a un militar capaz, consecuente con la línea política trazada, pero esencialmente encontraron a un político de nuevo tipo, comprometido en primer lugar con la revolución.

Dos grandes empeños teóricos prácticos elaboraría Rodrigo entre los años 87 y 88.

El llamado “Rediseño Político Interno” y la “Estrategia de la Guerra Patriótica y Nacional”. Dos grandes esfuerzos por sentar las bases de una nueva organización y diseñar una estrategia genuinamente rodriguista. Al releer esos materiales descubrimos un hilo conductor.

Poco a poco Rodrigo, con la colaboración de un reducido número de cuadros especialistas, iba consolidando un pensamiento propio que el mismo definiría: “El Rodriguismo es la aplicación del Marxismo Leninismo a las realidades de Chile”.

No pocos documentos se han elaborado intentando desentrañar esos materiales y sus resultados prácticos. La propia Dirección Nacional que se organizó después de su caída, pasados unos años, evaluó políticamente tales diseños.

En el ensayo “La GPN (Guerra Patriótica Nacional), una estrategia abortada”, aparecen esas reflexiones.

Hoy recordando a Rodrigo solo se puede criticar con la vergüenza de estar vivos y la mesura que otorga la calma y la seguridad de saber que han transcurrido casi dos décadas de aquellos acontecimientos.

Rodrigo simplemente no tuvo tiempo para consolidar y corregir diseños y políticas nacidas entre renuncias, traiciones y nadando en medio de realidades políticas apremiantes y complejas.

Sabía con claridad meridiana que por el camino que se estaban dando los acontecimientos en 1988 se iban a perpetuar en nuestro país la dictadura y principalmente su sistema.

Él quiso atravesarse en ese camino y no se equivocó en lo medular. El diseño de país nacido en dictadura, con matices y remiendos, es el de hoy.

¿Por qué los rodriguistas querían y respetaban a Rodrigo?

Porque era un ejemplo vivo. Porque era un jefe sensato que gozaba de autoridad no solo en el éxito, también en el revés. Era en esos momentos cuando más estaba con los combatientes.

Lo respetaban porque no eludía el peligro que soportaban sus subordinados. Porque sabía lo que hacía; no eran aventuras rebuscadas ni huidizas emociones, y sentía el porqué luchaba.

Lo querían por su preocupación por cada hombre o mujer de la organización. Si de él dependía, nadie quedaba “tirado”.

Por su profunda seriedad y responsabilidad ante todo aquello que organizaba y conducía.

Porque sabía reír cuando era necesario.

Porque amó a Tamara con la misma fidelidad que defendió sus pensamientos.

Por su austeridad.

Por su entrega sin límites a una causa que de llegar a ser cierta, solo le reportaría más sacrificios y privaciones. Todo a cambio de puras satisfacciones del espíritu, a cambio del goce que otorga la consecuencia con sus ideas, todo a cambio de la dicha que le daba ser un hombre digno.

Lo respetaremos siempre porque murió por todos esos valores juntos y por otras tantas razones que nadie de sus más cercanos seguidores podría explicarse jamás”²⁴.

Su regreso a Chile

No se cuál fue la vía de Alejandro para entrar al país, pero alguno de sus compañeros contó que generalmente hacía trasbordo en Brasil.

Todo lo que sé de su vida en Chile lo he preguntado o lo leí en alguna entrevista que transcribo. Suponía que Alejandro habría llegado a Chile antes que nosotros. Un tiempo atrás en La Habana me había hecho ir a Girón, donde estaba la Escuela de Medicina, a buscar a Carla para despedirse. Pero no supimos de él hasta un largo tiempo después.

Por una carta que alcancé a recibir en La Habana supe que desde su lugar de trabajo podía ver la cordillera. Luego, una amiga llamó a la casa preguntando cómo estábamos y nos dimos cuenta que era de parte de Alejandro, preocupado por nuestra llegada a Chile.

Desde que supe que estaba en el país sufrí mucha angustia por lo que le podría pasar. En los recados que me traían, siempre me mandaba a decir que no me preocupara porque sabía cuidarse muy bien. Yo me tranquilizaba porque le creía, tenía mucha confianza en él. De todos modos, usaba mis cábalas. Cuando debía viajar a Cuba para acompañar a Carla, que estaba a punto de tener su primer bebé, no fui capaz de ir. Sentía que si yo estaba cerca de mi hijo, lo protegía. Y que conmigo en la ciudad, a Alejandro no le iba a pasar nada. Y no fui. Pasaron muchos años antes que mi hija me perdonara.

Carta de Alejandro a Panchita

Panchita:

Amor mío (3-8-83)

Te escribo estas poquitas líneas a pocas horas de habernos separado, pero no quiero dejar de decirte lo mucho que he pensado en ustedes y cuánto los quiero y necesito a las dos. Como verás en la carta que envié con la familia de ESM estoy muy bien, feliz y contento de estar en este hermoso país, en casa de unos parientes. Los trámites de la

²⁴ Del libro en preparación: “Sublevación Imaginada”, del autor Luis Rojas.

Universidad van muy adelantados y me meteré de cabeza a estudiar como siempre he anhelado.

Pienso a veces con inquietud de ustedes al leer y escuchar las noticias de los problemas que existen en tu país, pero al mismo tiempo con inmensa confianza en ti y en todo lo que fuimos hablando y previendo. En tu capacidad y tenacidad para superar las dificultades que se presenten. Se me hace difícil decir todo lo que siento.

Pienso que tú eres partícipe de todo esto, de mi vida y yo de la tuya, cuando existe plena identidad en todos los sentidos. Desde aquí donde estoy hasta la luna es el tamaño de mi amor por ti y por Carlita. Pienso a cada rato en qué estará haciendo, en sus nuevas gracias, tu amistad con ella, los “li li”, los paseos que deben hacer las dos. Espero que hayas resuelto los problemas que tenías (casa, escuela, etc.) y solo les digo que te cuides mucho y también a ella, para cuando nos volvamos a encontrar.

Por ahora con la promesa de otra carta más larga, abrazos para las dos de quien las adora

JUAN ESTEBAN

Otras acciones

Su compañero “Miguel” cuenta:

A mediados de 1983 retorna en forma clandestina a Chile junto a un puñado de sus camaradas. En medio de las protestas populares se organiza el nuevo grupo que comandará hasta su muerte: el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR).

En Nicaragua, hay convocadas elecciones que solo serán reconocidas si los sandinistas pierden. No importa el fallo del Tribunal de la Haya condenando la injerencia estadounidense, los tres ministros sacerdotes, la libertad de prensa ni el pluralismo político. Ronald Reagan vende armas a Irán para financiar un ejército contrarrevolucionario que golpea desde Honduras. Dirige la operación el embajador John Negroponte.

En Chile, Benjamín pasó a llamarse Rodrigo. Le vi por primera vez después del rescate de Salomón y, por supuesto, no sabía que era el jefe máximo. Me detendré unos instantes en este episodio que lo retrata fielmente.

Salomón era la chapa de Fernando Larenas, combatiente porteño. Había recibido un tiro en la cabeza cuando estaba al volante de un vehículo. Sin previo aviso. Alcanzó a levantar el antebrazo en un gesto instintivo de protección. La lesión cerebral irreversible le condenó a un estado vegetativo y a depender de ayuda externa por el resto de sus días. A pesar de eso, fue torturado y desatendido por sus captores.

Rodrigo organizó el rescate y puso al mando de la operación a Ramiro, el mejor jefe. Superó la reticencia de los pragmáticos que planteaban no destinar esfuerzo y recursos a un objetivo poco claro. Para ellos, Rodrigo se la jugó por la libertad de un hombre que había cumplido arriesgadas misiones. El primero de junio de 1985 Salomón fue sacado por Ramiro y su grupo de la Clínica Las Nieves.

Vuelvo al instante del encuentro. Recuerdo su indumentaria de oficinista, unos lentes grandes y la sonrisa que no terminaba de cuajar.

Venía con Roberto Nordenflicht, que usaba Juan Carlos como chapa. Tomamos un café, me preguntó cómo estaba y comentó cosas relacionadas con mi trabajo en ese momento. Usó palabras precisas y me citó para el día siguiente.

A la hora establecida, comencé a caminar por una calle concurrida. Al verle, hice la señal de normalidad y él se acercó a saludarme. Me pidió que le acompañara y, después de un recorrido de control, abordamos su automóvil y nos dirigimos al oriente de la ciudad.

Conducía tranquilo, hablando de la actualidad, nuestra lucha y sus perspectivas. Siempre sobrio, contenido, en un tono de voz que requería máxima atención. Desprendía seguridad y timidez al mismo tiempo. La situación era extraña y probablemente inevitable. Clandestinidad entre conocidos.

Desde el primer momento quedó clara su autoridad. Actuaba con maneras suaves y contundentes; mando efectivo; sin cartón piedra y, a veces, con palabras que aludían a una Habana remota o algún lugar de Nicaragua. Lejos del calvinismo proletario, con una dosis espléndida del gran olvidado del movimiento comunista internacional: sentido del humor.

Recuerdo una letra pequeñísima. Y recuerdo la impresión que me causó el encargo que todos soñábamos. Estudiar la posibilidad de ejecutar a Pinochet. Sólo un jefe muy importante podía encomendar

algo así. Exaltación amorosa es lo único que acude en mi auxilio para explicar lo que sentí...

Era evidente que el palacio de La Moneda, el edificio Diego Portales y la Escuela Militar eran los puntos de partida del trabajo.

Inicié lo que denominábamos “estudio de la situación operativa”, que era un prolijo examen del terreno y el enemigo. Rodrigo consultaba detalles y sugería variantes de investigación. Miraba divertido los croquis en la pantalla de un computador Sinclair. Me lo había dado para trabajar junto al plano de Santiago.

Un atleta entrenaba incansable en el Stade Francais, esperando el paso de alguna comitiva para describirla y anotar la hora. Otros exploradores elaboraban minuciosos informes entre los que debía buscar la información útil. Ellos desconocían el objeto de su trabajo y describían todo, absolutamente todo. En medio de 30 páginas repletas de semáforos cronometrados, carabineros de ronda, vendedores ambulantes con lentes Ray Ban, aparecía mencionada una caravana de vehículos circulando veloz por Américo Vespucio. Rodrigo insistía en la compartimentación y el uso del ingenio para recabar información y para desalentar espontáneos. El Chile de los 80 estaba lleno de magnificadas potenciales.

Después de leer la prensa de la última década, buscando rutinas, encontré otras posibilidades. Cada año Pinochet inauguraba la FISA, visitaba Iquique, Chillán, presidía el desfile militar de septiembre en el Parque O’Higgins y se asomaba a su casa de calle Presidente Errázuriz para escuchar un orfeón de chupamedias marciales que maltrataban Lili Marlen, rancheras e himnos de guerra.

También la nonagenaria Avelina Ugarte propiciaría una visita al cementerio como la que había realizado a los entierros de Carevic, Roger Vergara y Carol Urzúa. Esperar o provocar su visita.

Rodrigo insistía en definir una dirección principal, pero escuchaba con atención todas las variantes e iba moldeando el proyecto para hacerlo digerible por el Partido Comunista.

No solo era necesario encontrar la solución del problema, sino conseguir respaldo y apoyo de la organización política que, en la práctica, deshojaba la margarita de la violencia sin mucho entusiasmo.

Después de 1986 el Partido Comunista de Chile se baja del barco que jamás abordó plenamente. Se podría decir que baja del pescante, desentendiéndose de su responsabilidad, siempre insistiendo en la

inocencia de sus mártires no mancillados por la lucha armada. A lo más que llegaba era a expresar su comprensión por el combate de quienes no reconocía como parte de sí mismo.

“Todas las formas de lucha” era la forma de jugar a caballo ganador. Si había que contar con una parte del ejército, como explicaban sus textos sagrados escritos en un contexto incomparable, se mencionaba las fuerzas que teníamos dentro del ejército.

Me estoy adelantando, pero la proclama de la Operación Siglo xx es un tributo a esta concepción. No puedo citar palabras de Rodrigo. Lo poco que escribió está condicionado por la errática política de los comunistas chilenos de los 80 y por la clandestinidad. En su último año de vida, cuando el Frente rompe amarras, pesa la búsqueda de un nuevo camino y el llamado a todos los militantes comunistas convencidos de la necesidad de enfrentar la dictadura.

Vuelvo a 1985 con los primeros planes de ajusticiamiento de Pinochet. Una larga lista. En plaza Egaña, la plaza Egaña de 1985, preparé una emboscada que llegó a la fase avanzada de planificación. Cerca del lugar, en una casa de La Reina, una maqueta del sector ocupaba la principal habitación. Minuciosa, a la escala que imponían los pequeños automóviles de juguete que representaban la comitiva presidencial. Rodrigo recorría la maqueta con un puntero e iba preguntando con sencillez sobre la idea operativa.

(**N. de la A.** Una arquitecta amiga que lo apoyaba en la infraestructura nos contó que Alejandro se detenía frente a su tablero de dibujo y le hacía preguntas precisas sobre los planos. Ella pensaba que él había sido arquitecto y por eso se interesaba tanto. Muchos años después se enteró de que desde niño Alejandro había tenido contacto a través de sus padres arquitectos con la arquitectura.)

En aquel año, Américo Vespucio a la altura de Irarrázaval tenía una especie de bandeja central donde estacionaban vehículos en venta. En la esquina nororiental, un edificio de poca altura ofrecía una vista de toda la zona. La idea era colocar autos con explosivos en esa bandeja central simulando estar en venta. Desde el edificio se accionaría el dispositivo y dos grupos de combatientes irrumpirían sobre los restos de la caravana para rematar a Pinochet. Los vehículos fueron comprados. Recuerdo un Peugeot 404 y un Oldsmobile de 1958.

Otros dos cacharros alcanzaron a ser preparados para colocarles cargas direccionales. De pronto, el desastre. Bulldozers, grúas,

excavadoras. Recuerdo el día que aparecieron las máquinas de demolición. Solo faltaba seleccionar combatientes, ultimar detalles y actuar.

Todo el escenario se modificó en un momento.

El edificio fue derribado, la calle Américo Vespucio comenzó a ampliarse, desapareciendo el lugar donde debíamos apostar los autos. La maqueta preparada con mimo por una estudiante de arte que desconocía la finalidad, pasó a no representar nada.

Rodrigo apareció en la casa, me miró a los ojos y dijo algo parecido a la pregunta, ¿todo controlado?

Sentí bochorno por tamaño imprevisto. Me miró con afecto y puso manos a la obra con lo urgente: destruir la maqueta, deshacerse de la casa, los vehículos y trabajar en el plan alternativo. Remató el encuentro con una broma sobre el correccaminos y el coyote que arrancó mi primera sonrisa de la jornada.

Existía más de un plan alternativo. Recuerdo al experto en aeromodelismo diseñando una especie de misil que se estrellaría con la tribuna de la Parada Militar. En los ensayos, un arco de fútbol representaba el blanco y el principal problema de dirigir el artilugio se resolvía con una pequeña cámara. Recuerdo la sustitución de objetos por cargas explosivas en inauguraciones o entierros y la insistencia de Rodrigo por evitar víctimas inocentes. Rodrigo supervisó en solitario las variantes. El Partido Comunista era un eco de objeciones que no colaboraba con el objetivo que decía perseguir.

Ni siquiera el tiranicidio movilizó a alguno de sus jefes a visitar el terreno. Nunca. La única reunión a la que asistí con miembros de la dirección clandestina del PC fue un monográfico surrealista sobre la *Perestroika* y la *Glasnost*. No podía creer que en pleno barrio alto esos jefes desarmados no tuvieran plan de evacuación en caso de llegada de la policía. Y era más increíble aun la técnica infalible que utilizaban para no comprender la actualidad política: mirar para otro lado.

Recuerdo cómo el año 1986 empezó con la explosión del trasbordador espacial. En abril, los soviéticos vencieron definitivamente en la emulación de desastres tecnológicos con Chernobyl.

Después de las grandes inundaciones de ese invierno, construimos un túnel justo frente a Las Vizcachas y por debajo de un puesto de empanadas.

Rodrigo supervisó cada detalle. La caída del material que se iba a emplear en este nuevo plan condicionó Siglo xx. Finalmente, emboscamos a Pinochet en la cuesta Achupallas el 7 de septiembre de 1986.

Rodrigo tomó las decisiones claves. Nombró como jefe de la emboscada a Ernesto (José Valenzuela Levy). Supervisó la selección de los combatientes y aprobó un plan de retirada sorprendente: abandonar la carretera G-25 por la propia carretera, pasando frente al retén de carabineros, simulando ser policías.

Factor sorpresa como protagonista de toda la acción. Si esta iniciativa hubiera fallado, los estrategas, analistas y expertos habrían triturado la impericia de combatientes inexpertos.

Cuando le volví a ver, una semana después, me felicitó. Debíamos realizar otras acciones para más adelante, retomar el plan de eliminar al dictador.

Ya había sido publicitado un parte de guerra que inventaba militares entre nosotros. Lo interpreté como un peaje a pagar para continuar golpeando al enemigo. Pinochet condecoró a sus escoltas con las máximas distinciones al valor. Es fácil comprender el curso acelerado de escepticismo histórico que recibí en unas horas.

Recuerdo a Rodrigo tomando otras decisiones que me sorprendieron. En ese año 86, de máxima actividad revolucionaria, se produjeron muchas acciones en poblaciones, tendidos eléctricos, puestos policiales en Santiago y provincias.

Para las operaciones urbanas, era imprescindible recuperar vehículos. Robarlos. Se usaban para casi todo y muchos combatientes se especializaban.

(N. de la A. Todos los testimonios coinciden en que la prioridad de las instrucciones de mi hijo remarcaban siempre que, por todos los medios, había que impedir la muerte de inocentes.)

Recuerdo el robo simultáneo de varios automóviles. Después de estudiar el objetivo, se acondicionaba un lugar donde meterlos para evitar ser detectados por los helicópteros de carabineros. La consigna era circular el menor tiempo posible por calles que rápidamente eran controladas por las fuerzas represivas. Asistí a la reunión en que Rodrigo recibía el informe del robo simultáneo de cuatro coches. Los jefes lucían satisfechos por el éxito y daban detalles. Rodrigo les escuchó con atención y preguntó por un quinto auto cuyo ladrón había caído detenido. Preguntó si el combatiente había resistido

la detención. Le respondieron que sí, a balazos. Cayó herido al batirse. Circuló demasiado tiempo por la ciudad, alegó su jefe. Falló la preparación de un escondite cercano, continuó argumentando. Rodrigo les felicitó por el éxito y les ordenó abandonar en la calle los 4 vehículos. Ante nuestra extrañeza, explicó que el combatiente preso había cumplido su parte del compromiso: resistir la detención. Pasaría por delincuente común y tendría un tratamiento más benigno por sus captores. Si, por el contrario, alguno de los autos sustraídos participaba en acciones de guerrilla urbana, le condenábamos a ser torturado y sometido a condiciones mucho más rigurosas de detención. Parecía evidente el razonamiento, pero no había pasado por mi mente, ni por la de los sorprendidos jefes que aceptaban la fuerza demoleadora de la ética rodriguista. La organización tenía un compromiso con su pueblo y con quienes entregaban su esfuerzo en la lucha. La fuerza estaba en el apoyo popular y este se cimentaba en un comportamiento irreprochable. También con el enemigo. No se puede citar un solo ejemplo de uso indiscriminado de la violencia bajo su jefatura.

Los recuerdos que atesoro de Rodrigo vuelven por ráfagas. Uno de los más conmovedores tiene relación con mi madre. A mediados de los 80 le diagnosticaron un cáncer. Las estrictas normas de clandestinidad impedían el contacto con familiares directos.

Una tarde, Tamara me explicó que la gravedad de la situación aconsejaba romper la regla, tomando medidas de seguridad. Rodrigo y Tamara eran pareja aunque no lo supe hasta después de su muerte.

Pasé parte de 1987 fuera de Chile y viví desde lejos la masacre que se denominó Operación Albania. Al regresar, mientras preparaba una operación sufrí un accidente y, en mayo de 1988, fui herido. En esos momentos viví la preocupación de Rodrigo por cada detalle de mi protección y atención médica. Finalmente viajé a la Argentina para ser tratado en mejores condiciones.

El día de la herida, apareció por la noche para ver cómo me encontraba. Bromeó con los años de gimnasia borrados de un plumazo y con el largo descanso que me esperaba. Tamara llegó después con ropa limpia, un hermoso sweater de cachemira y su sonrisa maravillosa.

En Buenos Aires, me hicieron una radiografía que mostró la gravedad de la lesión. Viajé poco después a La Habana para curarme

y hacer la rehabilitación. En la ciudad donde habíamos crecido le vi por última vez. Compartí la casa de protocolo donde se alojó durante unos pocos días y le acompañé a casi todas las entrevistas que sostuvo con autoridades cubanas.

Con algunas, mostró sintonía y con otras marcó una distancia que me sorprendió. Independencia feroz. Creo que el Ministerio del Interior le apoyaba incondicionalmente mientras el Departamento América apostaba por el Partido.

Fueron los días de mayor acercamiento. A pesar de que solo dos años nos separaban, sentí su enorme autoridad. La capacidad para buscar soluciones, organizar y sacar lo mejor de cada combatiente.

Por esos días, un médico argentino soñaba con incorporarse a la lucha revolucionaria chilena. No lograba superar la maraña burocrática que impedía su incorporación. Recuerdo que le pedí como favor que lo escuchara y aceptara en nuestras filas. Con sobriedad, Rodrigo le dio la bienvenida y agradeció su disposición de lucha. Necesitábamos prepararnos para la nueva etapa que se iniciaría en octubre de 1988.

Rodrigo estaba entusiasmado con participar en la irrupción de la Guerra Patriótica Nacional. Pensábamos que Pinochet solo convocaba el plebiscito para ganarlo, para legitimar el continuismo. Con la victoria del No, la organización quedó descolocada. Y con el brutal asesinato de Rodrigo se cerró la etapa decisiva de su historia.

Veinte años después de su muerte, le recuerdo emocionado. Por haber seguido el dictado de su conciencia; por su generosidad; por la integridad de su comportamiento ante la realidad que enfrentó con solo 30 años. No vivió la caída del muro de Berlín, los fusilamientos de La Habana, el final de los países socialistas, el naufragio lamentable de la revolución sandinista y muchos cambios que marcaron la última década del siglo xx. Sus compañeros se extraviaron y muchas veces invocaron su nombre en vano. Solo puedo hablar con respeto de una vida segada prematuramente. La vida de un hombre brillante que no aceptó el tiempo de terror que le tocó vivir. Una existencia consagrada a la lucha por la libertad. Una presencia que brota cuando el desaliento gana terreno. Como Manuel Rodríguez, el guerrillero”.

Miguel me escribió:

Es muy tarde y tengo que mandar estas notas. He reflexionado sobre los asuntos que expongo tratando de ser concreto y riguroso. Algunos ejemplos pueden parecer fuera de contexto. No he sido capaz de omitirlos.

El Frente Patriótico autónomo elaboró su política para enfrentar a la dictadura. En octubre del 88, un plebiscito establecido en la Constitución pinochetista debía dar continuidad al régimen instaurado en 1973. Como respuesta, se planteó la irrupción: “La Guerra Patriótica Nacional” (GPN) o “Enfrentamiento con la dictadura en todos los terrenos”.

Se planificaron varias operaciones de propaganda armada. Los Queñes, Pichipellahuén, La Mora y Aguas Grandes. No existía la pretensión de mantener fuerzas rurales permanentes. Tampoco la capacidad. No conozco las razones de la selección ni tengo suficiente información sobre los preparativos.

Debe haberse planteado misiones a grupos compartimentados que, con diferente pericia, llegaron a la fecha clave del 5 de octubre de 1988. El denominador común es que se acumularon los retrasos. Se hizo más necesaria aun la participación del jefe. Él lo había decidido antes, comprendiendo la necesidad de romper la dicotomía burocrática: dirección-acción.

Compartí en su momento la concepción de la GPN. Me parecía la vía que debía recorrer el pueblo para derrotar un enemigo poderoso. Combatir en todos los terrenos para vencer la perpetuación pinochetista. Los vietnamitas habían señalado el camino. Cuba organizaba la GTP (Guerra de Todo el Pueblo) ante las amenazas de la administración Reagan, que continuaba su cruzada centroamericana. En Chile teníamos un dictador que hoy sabemos intentó hasta el último momento desconocer la victoria del No en el plebiscito y continuó varios años más al mando del ejército hasta asumir como senador vitalicio.

La estrategia de la GPN fue elaborada en el momento en que se producían cambios trascendentales en Chile y el mundo. Significó el paso consecuente de una generación de luchadores que apareció tarde en la lucha contra la dictadura (10 años después de su

instauración a sangre y fuego) y se radicalizó mientras el Partido madre plegaba sus banderas y suspiraba mirando los aires que soplaban en Moscú.

Con los años, la lucidez retrospectiva ha inundado el espacio que deberían ocupar la reflexión y el debate. Nadie se hace cargo del diseño estratégico del Frente autónomo. Como si José Miguel fuera el único responsable de una concepción que murió con él. Una concepción que aparece como una errada apuesta ante una realidad incomprendida. La lucidez retrospectiva se llena de brillantes observaciones que explican que las cosas ocurrieron de la única manera en que podían ocurrir; que desconocen el valor del componente ético en la política; que miden con la vara pragmática del éxito y el fracaso.

Y necesito recurrir a los ejemplos con los que amenacé al comienzo de estas líneas.

El 7 de septiembre de 1986 emboscamos al tirano. El Frente asumió los riesgos inherentes a un gigantesco esfuerzo operativo. Si el numeroso grupo de combatientes hubiera sido detectado en el momento de ocupar posiciones por la seguridad adelantada de Pinochet y hubiera sido exterminado antes de disparar el primer tiro, los expertos en forma unánime, habrían señalado todas las imperfecciones de una conjura de principiantes. Habrían destacado la juventud, inexperiencia, ingenuidad e ineptitud del grupo; su falta de previsión e imperdonable subestimación de los guardianes del todopoderoso dictador. No faltaría la mención a la patética falta de recursos materiales que incluiría detalles contrastados sobre el hacinamiento en la casa de acuartelamiento, el alquiler, devolución y realquiler de automóviles.

En la Segunda Guerra Mundial, hay dos ejemplos clásicos de atentados contra jefes nazis. El único exitoso fue un cúmulo de despropósitos. Ocurrió en 1942. Un grupo de la resistencia checa con base en Inglaterra fue lanzado en paracaídas sobre la retaguardia del protectorado de Bohemia. El objetivo era Reinhard Heydrich. Este siniestro personaje se movía sin escolta por Praga en un Mercedes Benz 320 descubierto. Solo le acompañaba el conductor del automóvil.

El día del atentado, fue emboscado rumbo a su despacho. El sargento Gabcik le encañonó con un subfusil Stern que no funcionó. Heydrich sacó su pistola y enfrentó a los atacantes. Otro miembro del comando

lanzó una bomba de mano que sólo dio en el costado del vehículo. El conocido como verdugo de Hitler fue trasladado al hospital, donde se le diagnosticaron heridas menos graves. Finalmente, murió el 4 de junio, una semana después del ataque, a causa de una septicemia aguda. Es el único jerarca nazi ajusticiado durante la guerra. En represalia, Lídice y Lekazy fueron borrados del mapa. Los miembros de comando fueron exterminados.

El otro ejemplo, esta vez fallido, es el intento de asesinato de Hitler el 20 de julio de 1944. Un alto oficial con acceso al Cuartel General colocó una bomba y se retiró. Von Stauffenberg dio por cumplida la misión y se puso en marcha un plan que desenmascaró a los complotados y les costó la vida. El 60° aniversario de este episodio fue conmemorado con honores en Alemania, a pesar de que solo perseguía capitular en mejores condiciones con los aliados occidentales cuando la guerra estaba perdida.

Creo que, en el contexto histórico en que se elaboró, la GPN era una respuesta necesaria a la situación existente. Creo que era un deber del Frente autónomo levantar las banderas de combate ante una maniobra en la que unas fuerzas negociaban a espaldas del pueblo mientras otras esperaban para tomar un camino que en ese momento desconocían.

Hasta aquí, y a pesar de todos los cambios ocurridos, continuó compartiendo las motivaciones que generaron la GPN. Incluso ahora que la palabra patria me parece casi tan detestable como la palabra guerra.

No podría argumentar el porqué la irrupción se llevó a cabo a pesar del resultado del plebiscito. Quizá una negativa a aceptar que el proyecto que se echaba a andar con grandes dificultades probablemente quedaba muerto antes de cristalizar. Quizá esos retrasos e incumplimientos que he insinuado al principio de estas reflexiones. Solo puedo asegurar que yo habría irrumpido, habría intentado operar para ocupar mi lugar en un escenario nuevo y desconcertante. Eso lo comprendo. No entiendo, sin embargo, cómo se informó del éxito de la irrupción después de la muerte de Tamara y Rodrigo y me entristece lo que siguió. A José Miguel lo veo como a Espartaco. Como a Allende, Miguel Enríquez y Víctor Díaz. Derrotados victoriosos.

Ya de vuelta en Chile, fui caminando por un sendero que me llevaría a empuñar las armas en contra de la dictadura. A mediados del 83 conozco a alguna gente que formaba parte de un grupo especial, muy especial que tenía el PC, y me integro a ellos. Es así como en diciembre de ese año pasamos a formar parte del FPMR. El jefe de ese grupo era Ignacio Valenzuela –Javier–, quien fue asesinado el 16 de junio de 1987 en la Operación Albania). No fue fácil ser admitido, pero lo había logrado. Me sentía algo inquieto por no conocer más allá de lo que tenía que conocer, era obvio, pero, mi inquietud era válida, a pesar de que los hermanos con los cuales participaba me inspiraban absoluta confianza.

Javier no se cansaba de hablarnos del comandante; que el comandante vendría a visitarnos; que el comandante estaba muy preocupado por nuestro quehacer; que el comandante aquí y allá. Su admiración por aquel hombre era algo palpable y nos contagiaba. Por lo pronto, nuestro grupo estaba encargado de organizar la Primera Conferencia de Prensa que daría el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Era enero del 84. Se tomaron todas las medidas pertinentes. El lugar, a los pies del Cerro San Cristóbal, era perfecto con varias entradas de autos y un lugar cerrado para poner nuestras banderas.

Lamentablemente, los periodistas no llegaron a los puntos previstos. Pensaron que podía ser una trampa de la CNI. Con el sabor amargo de no haber podido cumplir el objetivo, ya de noche, Javier nos hizo formar y, muy solemnemente, nos dijo que el Comandante igual llegaría. Se reactivaron las medidas de protección y luego de chequear su llegada, volvimos a desplegarlos en la sala de la conferencia.

Todos formados en posición firme recibimos al Comandante, así a secas, sin nombre; solo el Comandante, que fue saludando uno a uno. Javier hacía las presentaciones.

–Comandante, este es Pepe, este es Cristián, este es Mario, este es Daniel. Estiré mi mano, apreté fuerte y me la apretaron igual. mi corazón latía a mil, pensaba a mil, pero no hubo nada que delatara mi alegría interior de saberme, al fin, en buenas manos. Javier nos había hablado de su seguridad, no había dado ni siquiera su chapa

y yo lo tenía enfrente, confundiéndose la mística con la adrenalina; mezcla de respeto y de ilusiones.

Me vino a la memoria su familia, su nombre, el todo y con eso la gran carga que tendría que llevar desde ese día en adelante.

Javier terminó las presentaciones y se apartó con el Comandante José Miguel y nosotros volvimos a lo nuestro para preparar su salida. De pronto, Javier me llama y me dice que el Comandante pidió hablar conmigo; que seguramente es por lo de la casa, ya que como era yo que la había conseguido...

Entré en otra de las piezas de la que en ese momento era mi casa y ahí estaba el Comandante, esperándome. Cuando entré, se acercó y sin mucho protocolo me soltó un: –Qué sorpresa, ¿cuándo entraste? Le conté muy rápido todo lo que me había costado llegar hasta ahí. Sonrió y entendió lo contado. Me dio un medio abrazo y dijo: –Creo que está de más decir que no nos hemos visto y menos que nos conocemos...

–Pierde cuidado, de esta boca... sólo que Javier va a preguntar...

–No te preocupes, él sabe que quería hablar con el dueño de casa y resultó que eras tú, dos pájaros de un tiro.

Salimos no sin antes desearnos lo mejor. Por mi parte continué con mi quehacer operativo y él con su labor de mando.

Tiempo después tuve otro jefe, Ramiro, el cual trabajaba estrechamente con Rodrigo. Por aquel sabía de su constante preocupación por nosotros. A fines de junio del 84, fui herido en un enfrentamiento y eso trajo algunas repercusiones internas que se hicieron sentir muy rápido. Mi nombre empezó a ser utilizado como un elemento de presión por parte del Partido hacia el Frente. Cuando Ramiro me dio el punto para encontrarme con Rodrigo supe que algo importante se venía encima. Era fines del 84 y el encuentro fue corto y preciso.

¿Como vamos? Sé que ya estás mejor de tu herida, Ramiro me tiene al tanto. La concreta es que tengo dos problemas que resolver y tú eres el más indicado. Te explico; los viejos no dejan de manifestar su preocupación por el hecho de que tú estés en primera línea. Tú sabes que yo eso lo entendí hace mucho y siempre he respetado tu decisión de estar ahí, pero ya se hace insostenible y, por otra parte, necesitamos a alguno de confianza y entrega para iniciar el trabajo de fronteras... y, bueno, otra vez dos pájaros de un tiro.

No me quedó más que sonreír. Caminamos una cuadra hasta que nos cruzamos con el Cabezón Ubilla, que sería quien me explicaría la misión. Al despedirnos, sólo le pedí que no se olvidara de mí.

—No te preocupes: cumple con lo tuyo y veremos.

Me palmoteó la espalda y nos despedimos dándonos la mano. Seguí junto al Cabezón, quien caminó, entregándome fríamente y distante los detalles de mi nueva misión. En un dos por tres había pasado de la sencillez a la arrogancia.

Sé que no me olvidó. Un año y medio después dio el visto bueno para mi reincorporación al interior. Y en primera línea, ya que fui incorporado a uno de los grupos que participarían en la Operación Siglo XX.

El año 87, estando preso en la Penitenciaría, recibí una carta de Rodrigo, en la cual nos manifestaba toda su confianza y la línea a seguir en la nueva prueba que enfrentábamos. La separación del PC no era algo fácil, pero lo asumiríamos, con toda la entrega y claridad con que siempre habíamos asumido nuestras misiones.

Esa fue nuestra respuesta. Siempre, en la práctica, habíamos sido autónomos en cuanto a nuestras decisiones y lo seguiríamos siendo. Creo que nunca vacilamos y tampoco nunca tuve vergüenza en decir que yo era rodriguista por Rodrigo, lo mismo que el Lobo, Ramiro, el pelao Dago y muchos otros que nos quedamos huérfanos un día de fines de octubre de 1988.

Carta de la Comandante nicaragüense Dora María Téllez:

EL Soldadito de Plomo

Managua el 27 de septiembre de 2006

Hace unos pocos años, Lucía Herrera, a quien yo conocía más bien como “Panchita”, llegó a buscarme a mi casa. Me dijo que necesitaba apoyo para enviar a su hija Carla a Chile, a casa de sus abuelos, para estudiar en la universidad, aprovechando las compensaciones que el Estado chileno estaba ofreciendo a los hijos de personas que habían sufrido daños, o habían muerto a causa de la dictadura de Pinochet.

Ella había criado y educado a su hija prácticamente sola, trabajando en lo que podía. Hacía años había salido del Ejército Popular

Sandinista y ahora no dependía de un salario, sino más bien de ingresos inestables.

Benjamín, me dijo, le había recomendado que si algún día necesitaba apoyo, me buscara. Él le había aseverado con total seguridad y ella lo habría recordado casi durante veinte años.

Al final de la conversación, Panchita ofreció enviarme un grupo de fotografías de planos operativos utilizados durante la insurrección en el departamento de León, lo que efectivamente hizo, ocasión que me sirvió para conocer a Carla.

Aquellas fotografías y ese episodio me devolvían de cuerpo entero a Raúl Pellegrin, en su faceta de combatiente revolucionario, de amigo y de padre.

Conocí a Benjamín pocos días después del triunfo revolucionario sandinista de julio de 1979. Yo había quedado como jefa militar de la región nor-occidental del país, luego de haber dirigido ese frente de guerra.

Eran días de optimismo, alegría y confusión. La guardia somocista, derrotada, se había desmoronado y había que construir urgentemente un nuevo ejército, un ejército regular, a partir de nuestras fuerzas guerrilleras.

Difícil tarea, pues hay una gran diferencia entre el combatiente insurreccional, de gran movilidad e iniciativa, con el soldado de una tropa regular, cuya estructura es rígida y vertical.

Además, no es lo mismo la vida en combate que la vida en una unidad militar. Así que necesitábamos apoyo y asistencia técnica para diseñar esas nuevas unidades, entrenar los mandos y a la tropa, precisar sus nuevos destinos y trazar los planes, ahora de defensa, de la región militar.

Un día en la puerta de mi oficina aparecieron dos oficiales chilenos que habían llegado al país como parte de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba. Eran miembros de un grupo de jóvenes socialistas chilenos entrenados en las mejores academias militares cubanas, con vista, seguramente, al enfrentamiento armado con la dictadura de Pinochet.

Uno de ellos era de piel clara, baja estatura, poco más joven que yo, que entonces contaba con veintitrés años. Estaba impecablemente uniformado, con porte decididamente militar aunque sin nada que identificara su rango y se tomaba su presentación y trabajo con una gran seriedad.

Desde que lo vi, lo asocié con el soldadito de plomo, un antiguo héroe de los cuentos de mi infancia. Y ese fue el sobrenombre que le puse: Soldadito de plomo. Luego, para abreviarlo, sería solamente El Soldadito. Así le llamaría todo el tiempo. Él soportó el apodo que sabía cariñoso y de respeto.

Cumpliendo con nuestro cometido, recorrimos los departamentos de León y Chinandega, reconociendo el terreno y visitando todas las unidades militares en sus ubicaciones temporales. Así, en esos caminos, fuimos forjando una estrecha y duradera amistad, nos fuimos hermanando.

Durante días conversamos sobre la revolución sandinista, las condiciones que se habían presentado en Nicaragua, las características del movimiento insurreccional, las diferencias con la revolución cubana, la situación de la izquierda latinoamericana, enfrentada entonces a las variadas y crueles dictaduras del continente.

Y también hablábamos de cada quién, de mis experiencias de combate, de su entrenamiento, de sus orígenes, sus padres, su familia, su Chile. Jóvenes, él y quienes formábamos aquel mando de la región, en su mayoría mujeres, también teníamos momentos de recreo y distracción, de compartir celebraciones y alegrías.

Concibió, entonces, un proyecto al que dio vida. Quería entrevistar a quienes habíamos estado al frente de la ofensiva final contra la dictadura en nuestra región.

Durante horas hablamos con él, frente a una grabadora, respondiendo cada pregunta sobre cada detalle de lo que habíamos vivido, desde la vida clandestina, la planeación de la insurrección, los principales combates y los días del triunfo revolucionario. Fue cuando fotografió un juego de planos y mapas, algunos de gran precisión, otros eran simplemente dibujos hechos por los combatientes. Todos habían sido utilizados para la planeación de los combates contra las posiciones del ejército somocista. Estaba convencido de que las lecciones que se podían extraer de toda aquella historia debían contribuir a cambiar el rumbo de la lucha del pueblo chileno, con el que no se mostraba satisfecho, pues parecía que la mera oposición política nacional e internacional contra la dictadura de Pinochet no era suficiente para lograr derrocarla.

Creía que el recurso de la lucha armada se estaba haciendo indispensable para lograr un cambio en la situación de Chile. Quería

documentar todo lo que veía y oía, para discutir con la dirección de su partido.

Un día fue redestinado a la capital y poco tiempo después vino la despedida. Se iba del país. Más adelante recibí noticias suyas.

Había madurado sus ideas, dado la batalla dentro del partido, y finalmente sus convicciones lo habían llevado a trabajar, en conjunto con otros jóvenes como él, en la creación de una opción político-militar frente a la dictadura, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, con el que se comprometería profundamente como líder y combatiente, como solía hacerlo en todos los aspectos de su vida.

Un día supe que había pasado por Nicaragua en tránsito hacia Chile. Me había buscado para conversar y yo estaba fuera de la capital.

No pude verlo, pero más tarde seguí recibiendo sus cartas, escritas en una letra menuda o a máquina, llenas de la pasión que solamente genera la entrega completa a un ideal de libertad, democracia y justicia social.

Benjamín, como el soldadito de plomo de Hans Christian Andersen, estaba ya viviendo todo tipo de azares y borrascas, enfrentando adversidades con esperanza y decisión, para llegar, finalmente, a fundirse en un indisoluble abrazo con su Chile.

Dora María Téllez, Managua, 2006

Del “Colectivo Audiovisual Rodriguista”

“Rodrigo Caro”, otro joven que conoció a mi hijo a principios de 1984, era el encargado del “Colectivo Audiovisual Rodriguista”. Realizó videos y produjo otros materiales de difusión. Me contó que se lo presentaron como el mando superior que estaba estructurando equipos de trabajo y que le interesaba organizar un grupo de propaganda.

Se encontraron en El Faro, un local comercial de Providencia. Alejandro andaba con una bolsa plástica de compras, con cajas de detergente y de puré de papas.

Le pidió que se consiguiera un lugar seguro y a la semana siguiente se encontraron en casa de “la Rucia”.

“Hay que estar siempre dispuestos a que no nos detengan”, le dijo, “por eso hay que andar armado”.

Por eso, me contó su compañero, andaban con pistolas embutidas en cajas, dentro de esas bolsas plásticas. Que Alejandro siempre estaba preocupado de los detalles de seguridad, tanto de la apariencia física como de que no los fueran a aprehender.

Se encontraban a dos o tres cuadras de la casa y entraban juntos. Como al mes le dijo que llegaran separados. Se dio cuenta de que ya se había hecho amigo de la familia y que se presentaba solo. Como a los tres meses, su amiga “la Rucia” le contó que estaba saliendo con Alejandro, que iban a arrendar una casa juntos y que él no debía contárselo a nadie.

Yo –dice Rodrigo Caro–, entre feliz y que me sentía culpable porque le había presentado a esta mujer y se había enamorado.

Me cuenta que dejaron de juntarse en ese lugar, que pasó a ser parte de la vida privada de mi hijo. Se siguieron viendo pero menos, y para su cumpleaños se juntaban los tres. Si él no podía ir, le mandaba una botella de vino.

Conocí a esta joven. Una historiadora muy inteligente y bonita. Me contó que vivieron un año juntos y que problemas de seguridad los obligaron a separarse.

Cada uno estaba con sus respectivas estructuras, con sus tareas. Cuando tenía una de esas tareas especiales, delicadas, llamaba a Rodrigo Caro y a Ignacio Valenzuela. Se sentían muy orgullosos de ser de su grupo de confianza desde que llegó a Chile. En cierta forma armaron el equipo local, eran el equipo “chileno” antes que llegaran los oficiales desde Cuba.

Muchas veces se juntaron en heladerías o pastelerías. “Comíamos muchos helados. A mí me gustan también. Otras veces nos juntábamos en mi casa y pedíamos dos pizzas gigantes”, señaló.

Existió una relación de amistad entre ellos. Le contaba del difícil trabajo, de las dificultades con el Partido, las diferencias con la gente. Todo lo cuesta arriba que significaba la enorme estructura que llegó a ser el Frente. Siempre se siguieron viendo. Estaban muy preocupados de las comunicaciones, de usar la tecnología, los medio audiovisuales. Desde el primer momento Alejandro quiso hacer filmaciones para dar a conocer las propuestas del Frente.

Hicieron videos de los primeros apagones. Fueron a dejarlos a las agencias noticiosas, a France Press, a EFE a Interpress y a ANSA.

A la primera conferencia de prensa que organizaron no llegó ningún periodista. Se asustaron creyendo que era una trampa de la dictadura.

122 Fueron con Ignacio Valenzuela a la casa de un periodista italiano. Pensaba que eran de la DINA (aparato represivo del régimen militar), por lo que les costó mucho convencerlo. Él no les creía.

En ese tiempo, para las conferencias de prensa no tenían nada. Ni bandera, ni himno, ni chofer, ni lugar, ni escenario. Tenían que hacer de todo con un equipo muy chiquito. Entre ellos estaba “la Negra”, que les ayudaba mucho.

Alejandro estaba involucrado directamente. Lo mismo colgaba cortinas que preparaba sándwiches, y se preocupaba de los invitados.

Sobre la primera conferencia de prensa hicieron el primer video. Luego filmaron muchos. Los veían y Alejandro, muy meticuloso, se preocupaba en especial del mensaje que quería enviar, de la imagen y decía cuál música le pusieran. A veces los Inti Illimani, los Quilapayún²⁵. Estuvieron noches enteras editando videos. Además conseguían casas editoras que colaboraban con ellos.

En sus primeras conferencias de prensa, un periodista, asombrado de la blancura de sus manos, le preguntó: “¿Cómo puede ser que su piel no demuestre trabajo, esté intacta, ... de qué estrato social es usted que tiene los ojos azules?”. De ahí en adelante, en esas ocasiones, se preocupó de usar anteojos y guantes o cruzar los brazos y colocar sus manos debajo.

Rodrigo Caro recuerda la primera acción en la línea férrea cerca de Curico, que dirigió Cecilia Magni. La entrevistaron y con ese material armaron un video.

En 1984, Alejandro llamó a Rodrigo diciendo que le tenía una tarea. Se juntaron en una heladería. Allí le pidió que organizara el trabajo exterior del Frente a nivel internacional. Me cuenta que estuvo un año en Europa en contacto con los partidos de la izquierda europea y organizaciones de todo tipo.

Dijo:

A muchos chilenos les daba pánico lo que se estaba haciendo en Chile. No entendían otras formas de lucha ni que estábamos enfrentando directamente a los aparatos represivos de la dictadura.

Rodrigo Caro y mi hijo dejaron de verse hasta 1987, fecha en que ya percibían la ruptura con el PC. Él e Ignacio Valenzuela reaccionaron nucleándose en torno a la figura del jefe, renunciaron al Partido

²⁵ Destacados conjuntos musicales chilenos de canciones de contenido social que respaldaban el gobierno de la Unidad Popular.

Comunista, planteando que la línea del Frente no era sólo una tarea, sino era la línea correcta.

La Dirección del Frente Patriótico Manuel Rodríguez siguió en forma autónoma y volvieron a encontrarse. Hicieron unos videos para la televisión extranjera y grabaron material audiovisual.

Rodrigo Caro volvió a retomar el trabajo exterior en 1987. Esta vez fue clandestinamente a Argentina y luego a Cuba. Se encontró con Alejandro en La Habana, donde ambos estuvieron felices de compartir y conversar. Recuerda que siempre le preguntaba: “¿Qué te parece este país? ¿Qué te parece la experiencia cubana?”

Fue en esa época que se hizo una reunión, en una casa en Miramar, con todos los oficiales, y él planteó la política del rediseño. Consistía en que cada uno debía replantearse como ser humano, superarse y sacar lo mejor de cada uno, política, ideológica y humanamente. Iniciaban una etapa de superación personal. Fueron bastante sorprendidas las propuestas, ya que descartaban muchos dogmas clásicos desde los cuales habían sido formados. Debían ser de una moral intachable y ejemplo en todas partes.

La última vez que se vieron, en enero de 1988, conversaron en confianza. Muy emotivamente hicieron un balance de la situación. Y Alejandro le propuso que volviera a Chile.

Lo último que conversaron fue: “¿Cuándo vamos a hacer la película sobre el Frente?”.

Amores que le conocí

Cuando Raúl tenía como seis años, su edad ósea no coincidía con la edad cronológica. Le recetaron hormonas. Nosotros, padres aprensivos, asociábamos a eso el hecho de que hasta los veinte años no le conocimos pololas ni sabíamos si le gustaba alguna niña.

Cuando regresamos a Chile, supimos que ya a los 12 años tuvo su primer amor. La visitó en forma clandestina el año 1987.

Ella nos cuenta:

Me dijo que esa visita era para mí, que no le dijera a nadie que lo había visto, tampoco a Luis mi primo, su mejor amigo en el pasado y nuestro mensajero de los papelitos que nos intercambiábamos en la niñez. El primero de estos fue el que escribimos una tarde en

el colegio cuando faltó la profesora y quedamos solos y aburridos. Como estábamos los compañeros de curso, alguien propuso que cada uno de nosotros pusiera por escrito en un papel el nombre de quien le gustaba. Él puso el mío y yo puse Raúl, porque ese era su nombre, ni Alejandro, ni Rodrigo, ni José Miguel, como lo llamarían después.

Ese nombre decoró por años mi casa y la muralla que daba al jardín.

Dibujaba corazones que decían Paul, por Paul Mc Cartney, pero a partir de entonces inventé ponerle un palito a la P con lo cual Paul pasó a ser Raúl. Después del primer mensaje nos vimos forzados a inventar un código especial, con letras cambiadas, ya que un profesor había descubierto nuestros mensajes plenos de confidencias y coqueteo infantil.

En el exilio, en Frankfurt y en Cuba, Alejandro tenía muchas amigas. Salían de viaje en un bus a actuar en distintas ciudades alemanas con el Conjunto Víctor Jara. Lo veíamos sonriente y coqueto con la niña que era su pareja de baile. Pero nunca supimos si pololearon.

En cambio, cuando llevábamos unos pocos meses en La Habana, subió hasta nuestra casa una joven que se nos presentó:

“Soy Ema, la polola de Alejandro”.

“Gran impacto Gran” para sus padres aprensivos. Nos tranquilizó y alegró mucho saberlo.

Después tuvo un romance con una vecina mayor que él.

Bermer era una preciosa mulata casada y con hijos que vivía dos pisos más abajo que nosotros.

Era dentista. Creo que todo comenzó hablando sobre sus profesiones. Alejandro le pidió que le tratara unas muelas que le dolían.

Ella le respondió:

“Ve al consultorio y te las saco de una sola vez”.

“¿Por qué haces eso si las muelas se pueden arreglar?”.

Y Alejandro explicó:

“Cuando hay una instalación, camino o puente con problemas, yo uso mis conocimientos en arreglarlos. ¿Por qué tú no puedes hacer lo mismo con mis muelas?”

“¡Ah, no! –contestó Bermar– “yo solo soy especialista en sacar muelas”...

Así empezó esa amistad que fue profundizándose. Sobre todo cuando al marido, que era un negro de más de dos metros, le ordenaron ir a pelear a Angola.

En esos meses me extrañaba mucho ver a mi hijo desde que se bajaba de la guagua (microbús) a las seis de la tarde y llegaba al acceso del edificio donde vivíamos y en vez de subir a nuestro departamento en el 5º piso, se quedaba en el 3º, donde vivía ella. A nuestra casa entraba como a las tres de la mañana.

Yo no terminaba de convencerme de lo evidente. Durante unos meses siguieron los aterrizajes en el piso tres. Fue hasta un día, en que volvía de la beca, que se escuchó la voz de Bermar que le gritaba desde el balcón:

“¡Alejandro, Alejandro, mira qué bueno!: Llegó Pipo! ¡Llegó Pipo!”.

Fue el broche final de una “pasión internacionalista”.

En 1988 nos enteramos, cuando ya habían muerto, que Raúl y Cecilia Magni fueron pareja. Entre las cosas que nos entregaron venían cartas de él a Cecilia. Uno de sus compañeros, Enrique Villanueva, me pidió verlas y se las entregué. Hacía tan pocos días que había muerto que yo no me atrevía a leerlas. Era como violar su secreto de amor”.

Cuando se las pedí de vuelta me dijo que las había quemado para cuidar su intimidad. Un acto que aún no entiendo.

Jussi, uno de sus amigos, recuerda sus experiencias del año 1986:

Había transcurrido una década desde que dejé de ver a Raúl. Mientras él viajaba a occidente, yo viajaba al oriente de Europa, ignorando que nos unía una misma actividad. Fueron diez años, que a pesar de que nuestra relación de amistad fue muy estrecha, nunca en todo ese tiempo supe nada de él o de su familia.

Después de varios años esperando mi autorización para ingresar a Chile, viajé en los primeros días de 1986. El famoso y recordado “año decisivo” por los comunistas. El día que arribé, me visitó un par de compañeros del Partido Comunista a los que les manifesté mi disposición para trabajar en las actividades contra la dictadura.

Pocos días después, esperando un encuentro callejero con la intención de amarrar mi militancia a una célula del regional clandestino Cordillera, aparecieron algunos, entre los cuales estaba mi gran amigo Valenzuela Levy... Tiempo después dirigió la emboscada al tirano. Fue asesinado en la Operación Albania, junto a varios de mis conocidos y compañeros de trabajo militante.

Fue así, como desde ese encuentro, comencé a engrosar las filas del FPMR.

Se me entregó una tarea concreta y decidí terminarla a través de un desarrollo sin cometer errores y durante muchos meses funcionó a la perfección. En ese tiempo se acercaba una de las principales jornadas nacionales de protesta y se dio la orden de colaborar con toda la dirección metropolitana, para preparar y organizar, de la mejor manera, lo que el Frente debía hacer.

Fue así como se desarrolló un encuentro clandestino. En un lugar dentro de la capital, al que todos los participantes llegaron encapuchados y tapados por frazadas, en el interior de un vehículo utilitario, que dio muchas vueltas antes de dejarnos en el lugar. Así y todo, mis sensaciones me permitieron identificar o imaginar aproximadamente dónde nos encontrábamos.

Fueron tres días a puertas cerradas, en que no se podía realizar ninguna actividad recreativa, sino solamente la preparación de tareas y recursos del Frente y sus milicias, para apoyar la jornada de protesta del pueblo, en nuestras mejores condiciones de trabajo y lucha.

En ese lugar no conocía a nadie, fuera de Valenzuela Levy, que estaba a cargo. El armamento personal quedó en un sitio de fácil de acceso.

El destacamento se preocupó de nuestra sobrevivencia en el lugar y solo un par de ellos tuvo contacto personal con nosotros. Se había habilitado una habitación de trabajo con pizarra y planos y dos habitaciones para dormir. Nunca había visto camarotes de seis pisos y que debían soportar a varias personas, lo cual fue motivo de muchas risas.

Me di cuenta de inmediato que muchos tenían preparación militar y varios de ellos habían participado en las batallas sandinistas. Así comencé a crear nuevas amistades bajo un calor humano, de gente que estaba dispuesta, al igual que yo, a dar su vida por la libertad de su pueblo.

Ese grupo, cercano a 25 combatientes, jefes de destacamentos de las principales comunas, trabajaban con mucho ahínco e intentaban no dejar nada al azar.

Dormíamos desde la medianoche hasta las 6 de la madrugada y solo permanecían despiertos aquellos a lo que les tacaba guardia. Nadie rompió las reglas y todos intentaron entregar el máximo de habilidades, conocimientos y nuevas experiencias al resto del grupo.

Por su organización, por su forma de actuar, yo me sentía calmado y además seguro de que todas las medidas para nuestra protección estaban tomadas.

Para el último día estaba prevista la participación del comandante José Miguel, encargado nacional de la Dirección del Frente, al cual todos los que allí se encontraban le tenían admiración y respeto. Por mi lado, aunque sabía de su existencia, no tenía asimilado el respeto que los combatientes tenían ante él y la organización.

Después de ser avisado de la visita, comencé a pensar en la organización del Frente, calculando la cantidad de combatientes que debía existir detrás de cada uno de los que me rodeaba y que nosotros solo éramos el aparato dedicado a las operaciones militares.

También estaban todos los que trabajaban en retaguardia, médicos, paramédicos, choferes, enfermeras, gente que prestaba vehículos, casas o departamentos, combatientes que se encargaban de juntar información u otros que hacían de buzones, amigos que te entregaban raciones de comida y tantas cosas más. Y todo lo que me imaginaba era solo en Santiago. Así entendí el respeto existente por quien debía cargar la responsabilidad de toda una organización a nivel nacional, que en esos años preparó el ajusticiamiento del tirano y además distribuía los primeros embarques de la operación de internación de armas en Carrizal.

Durante la reunión sentí un orgullo tremendo, por él y por sus padres, por la lucha que dieron por los derechos que tenemos todos los chilenos. Jamás pensé que detrás de esa personalidad de un jefe de una inmensa organización clandestina y paramilitar, estuviera un viejo amigo y compañero de chiquilladas.



Cecilia Magni.

Sobre la comandante Tamara

José Miguel Varas recuerda en el décimo quinto aniversario de su muerte:

...en Chile, una joven estudiante del colegio Grange, Cecilia Magni, vivía como miles de chilenos y chilenas el proceso de descubrir los horrores de la represión, la tortura y la muerte, ignorados por los sectores acomodados de los que ella formaba parte.

Al ingresar a la Universidad de Chile, en la Escuela de Sociología, tomó conciencia, además, de lo que significaba el nuevo régimen para los estudiantes: trabajo en las horas de descanso y a veces en las de estudio para cubrir los costos de la educación.

En 1976 ingresó a las Juventudes Comunistas y desarrolló, a partir de entonces, una actividad incesante y eficaz contra la dictadura. En su casa se escribió e imprimió “Alondra”, se reprodujo la revista “Araucaria”, se imprimió “El Siglo” clandestino. Días y noches enteros de trabajo.

En 1983 Cecilia ingresó al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, primero como ayudista, luego como combatiente.

Alejandro Pellegrin regresó a Chile aquel mismo año. Participó en la formación del FPMR. Disfrazado, con el pelo teñido negro, permanente y otros cambios en su apariencia, cumplió muchas tareas en el trabajo clandestino y luego en acciones militares y de sabotaje contra el régimen terrorista. Tuvo los nombres de guerra de Rodrigo y José Miguel.

Fue el comandante José Miguel. En algún momento se encontró con Cecilia, luego comandante Tamara. Compartieron sueños y esperanzas, tareas, responsabilidades, sobresaltos, éxitos y reveses. Y amor.

En las alturas de Los Queñes, al interior de San Fernando, los esperaba la muerte violenta. Sus cuerpos fueron encontrados en el río Tinguiririca. La versión oficial, como siempre, ocultó la verdad. Fue un homicidio doble cometido por “desconocidos”.

Los dos jóvenes fueron calificados de “terroristas”. No hubo mayor investigación.

Se trata de evocar a dos jóvenes generosos, cuyas vidas ardieron por la realización de un sueño, que era también el nuestro, el de sus mayores, aunque ellos lo llevaron más lejos y tal vez lo sintieron con mayor urgencia: querían verlo realizado en el curso de su existencia.

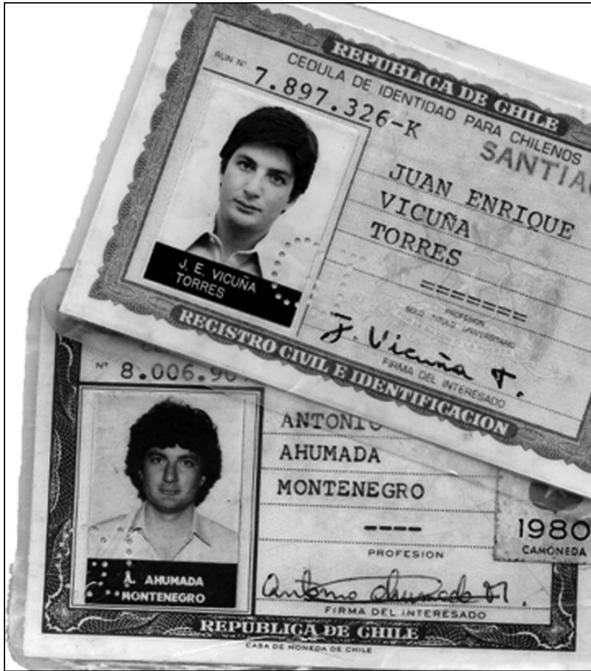
Nikos Kazantzakis, el poeta, escribió: “¿Cuál es mi camino? La subida más ardua e interminable. ¿Yo solo he de salvar la tierra entera? ¿Adónde vamos? ¿Alguna vez venceremos? No preguntes: ¡COMBATE!”.

Siento que ese podría ser el lema de Alejandro y de los jóvenes que compartieron su sueño y su ardor.

Después del golpe militar, la familia se asiló en la Embajada de Alemania Federal. Allí nos encontramos. Alejandro debe haber tenido en aquel tiempo unos 14 años. Después de meses en la Embajada, la familia Pellegrin viajó a Alemania. En Frankfurt, Alejandro se dedicó a aprender el idioma. Su aprendizaje fue tan rápido que al mes fue entrevistado, en alemán, en la televisión local. Participó intensamente en las actividades del exilio como integrante del conjunto “Víctor Jara”, bailando cuecas, sirillas y otros bailes autóctonos en actos de solidaridad en las universidades de Heidelberg, Marburg y otras.

En 1976 la familia Pellegrin se trasladó a Cuba. Alejandro tomó, al igual que otros jóvenes chilenos, una decisión trascendental, fruto de su militancia, de su reflexión y sus lecturas.

Estaba convencido, como sus compañeros, de que en Chile como en otros países del continente y del mundo, la pugna por terminar con los regímenes represivos y llevar adelante transformaciones sociales revolucionarias sería una confrontación armada. Asumió entonces el camino que se le ofrecía: seguir la carrera militar y transformarse en un militar profesional al servicio de la revolución.



Esos últimos meses

Simón escribe:

Querida Tita:

Era el verano de 1988. Había recibido la orden de preparar el paso del comandante Rodrigo, tu hijo (para mí, Ricardo). La tarea era garantizar su permanencia en Buenos Aires con seguridad. Muchos

eran los detalles que había que cubrir. Desde tener las condiciones de trabajo con los peluqueros y maquilladores. Esta era una pareja especial. Ambos, grandes compañeros ya fogueados en actividades de correo hacia el interior del país. Muy comprometidos, sensibles. Cuidaron con mucho cariño a Ricardo. Nunca supieron a quien peinaron y trataron, pero le brindaron el mismo cálido recibimiento que a todos los demás compañeros.

Los consejos de “El Abuelo”²⁶ también me fueron muy útiles: Es un hombre detallista, héroe anónimo, como tantos. Sin ellos, sin estos aportes, creo que no hubiéramos realizado tanto con tan poco. Incluso hubo militantes del Partido que por disciplina no lo abandonaron, pero nunca dejaron de apoyar nuestro proceso.

El pequeño departamento de un ambiente (*apart hotel*) era amoblado. Se pagaba por temporada, no tenía recepción y estaba en un edificio céntrico. Tenía una cocinilla empotrada en un armario donde solo se podía hacer café, calentar comida, hacer sopa. Había una sola cama, donde dormía Rodrigo y yo en otra más chica que sacaba de debajo de la de él.

Era verano y hacía mucho calor, así que usábamos un ventilador y conversábamos hasta tarde: El debate era sobre el rediseño, sobre marxismo, o nuestra preparación política. En el fondo, que debíamos ser Partido, pero de nuevo tipo, una organización integral y no solo un “aparato”. Transformar a los jefes en dirigentes, a los combatientes en militantes revolucionarios integrales.

Yo venía de las estructuras del Partido que se pasaron a la organización. Mi visión era distinta, muy crítica.

Él escuchaba con paciencia. A pesar de ser menor que yo, casi 5 años, actuaba como un hermano mayor.

Una de mis tareas estaba en acompañarlo en cada salida. Previamente había estudiado las cafeterías, pizzerías, restaurantes, negocios de distinto tipo, pero principalmente librerías. Aprovechamos de comprar libros y leerlos, luego había que dejarlos allá. Ricardo compró algunos que se llevó.

También mi tarea era asegurar el jabón, toallas limpias, los cambios de ropa, la lavandería, como dueño de casa. Se reía mucho porque yo le decía que estábamos pasando por pareja. Le causaba risa,

más un montón de chistes que le contaba, le hacían gracia, se reía mucho, y contar chistes no me es muy difícil.

Coordiné reuniones con compañeros, comimos bifes de chorizo, pastas, esas cosas ricas que se pueden comer en Buenos Aires. Claro, hubo trabajos más complejos, como la documentación, la salida al aeropuerto y el regreso en dirección al interior. Fue una gran prueba de confianza y eso me llena de orgullo. Eran tiempos difíciles y no era fácil confiar, tenía que ser a toda prueba, y logré cumplir esa tarea. Para mí es equivalente a las más grandes operaciones, pues tenía que responder por la vida de Ricardo, que además era la propia existencia de la organización.

Debo confesarle a usted, por ser su madre, que era un hombre humilde, cariñoso, respetuoso, solo un día lo vi enojado. Es un episodio que se lo contaré en otro momento, no quiero manchar este recuerdo con algo que quizás fue premonitorio, y quizás por responsabilidad mía.

Yo desconfiaba de los aduladores, se lo hice saber y lamentablemente la vida nos dio la razón. Pero la estrechez de corazón y de pensamiento no es algo que caracterizara a Ricardo. Le dolió más a él que al reprendido. Ricardo era enérgico pero no era un jefe autoritario.

Fue mucho más adelante que aprendí la diferencia entre un jefe y un líder, el primero es autoritario, el segundo es un maestro, que enseña, dirige y basa su autoridad en su ejemplo, en la palabra con justicia, en el respeto al compañero y la confianza que en él deposita.

Si de mí dependiera, me gustaría que se recuerde a Ricardo con estas características esenciales en tanto líder, dirigente. Su preocupación por el estudio, su respeto a la teoría, su respeto al trabajo. Su esencia como persona y como comunista.

Como él señalaba, el rodriguismo debía de ser el marxismo aplicado a las condiciones de Chile. Creo que su preocupación por el rediseño político interno estaba en esa línea. Un proceso que quedó inconcluso, y es posiblemente una de las causas fundamentales de los sucesos posteriores.

Con amor. Simón.

Raúl, su papá, dijo en una entrevista

Mi hijo fue brillante en la escuela y desde muy temprana edad manifestó capacidad de liderazgo.

En una oportunidad, en una conversación que tuvimos en Alemania, le sugerí que estudiara ingeniería. “Tú tienes una mente matemática extraordinaria, te sacas notas increíbles con este idioma endemoniado. ¿Por qué no estudias ingeniería?”. Me quedé mirando y respondió algo que nunca he olvidado. “¿Sabes?”, me dijo. “Siento una necesidad interior muy fuerte de trabajar y ayudar a mucha gente y creo que eso habría que hacerlo con mucha seriedad”. Luego de un silencio, dijo que le gustaría ser “ingeniero en almas”.

Después del Golpe debimos salir al exilio y una vez en Alemania Raúl organizó junto a otros jóvenes un grupo folclórico, “Víctor Jara”. No tenía ninguna condición para la música ni el baile, pero sintió que algo tenía que hacer... y se las arreglaba para salir al escenario, a pie descalzo, bailando cuecas y refalosas. Por esa época nos trasladamos a Cuba. Desde mucho antes, durante la época de la Unidad Popular, Raúl formaba parte de las Juventudes Comunistas. Estudió ingeniería en Cuba, especializándose en temas militares. Cuando se sintió preparado y habiéndose dado la posibilidad, se fue a combatir junto al pueblo nicaragüense. Como familia perdimos contacto con él; no supimos nada de su vida hasta mucho tiempo después.

Regresamos a Chile en 1983. Llegamos sabiendo que Raúl Alejandro estaba acá y que formaba parte del destacamento de combatientes nombrados para formar el Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Yo tuve oportunidad de conversar con mi hijo durante algunos minutos, en un encuentro casual, pocos días antes de su muerte. Me lo topé en la calle, nos vimos, nos abrazamos y me dijo que tenía dos minutos para conversar, porque debía estar en un lugar a una hora precisa. Esos dos minutos se nos hicieron cortos. Nunca más volví a verlo con vida.

Gracias al ejemplo de mi hijo, he llegado a la conclusión de que uno de los grandes problemas históricos es la conducta humana.

Cuando Raúl planteó el “rediseño” del accionar de la izquierda chilena, enfrentando al entreguismo que se veía venir, propuso

trabajar en lo político y en lo social con espíritu de entrega, transparencia y pureza. Decía que existía una contradicción entre los sueños de la humanidad y sus ejecutores; una contradicción entre la pureza de las ideas y las formas de llevarlas adelante.

Es un problema de la conducta humana, el primer problema que hay que resolver si se quiere cambiar el mundo.

Raúl siempre decía que, como jefe, nunca se debía pedir a los otros hacer lo que uno mismo no estaba dispuesto a hacer... Solo así se puede depurar la conducta humana.

Desde que la vida emergió como un embrión primigenio desde el fondo de los océanos, su evolución se ha dado mediante el mecanismo del ensayo y error. No hay avance sin ensayo...

No hay cambio sin error. En este continuo ensayo, aparecen de vez en cuando hombres como lo fue Bolívar, como lo fue el Che... Y algunos tienen éxito y otros no, pero eso no quita que cada uno deba actuar de acuerdo a su propia responsabilidad.

Cuando tuve oportunidad de ver a mi hijo por dos minutos le pregunté si era feliz. Él me contestó: "Sí, soy feliz, soy un hombre feliz porque estoy haciendo lo que mi conciencia me dice que debo hacer".

En el documental que filmó Miguel Littin en su visita clandestina, Alejandro respondió lo mismo que cuenta su padre. Fue una entrevista en 1985. En la penumbra se adivina su pelo tieso y sobrecoge escuchar sus palabras precisas y tranquilas.

2007: Aniversario de la emboscada

Después de haber conocido una investigación sobre su muerte y de un encuentro con algunos de sus compañeros en el Cajón del Maipo, soñé con él.

En este encuentro se recordó el atentado que hizo el FPMR a Pinochet veinte años antes. Esa noche lo vi tendido en la urna. Esa que no me pareció real el día de su velorio. Esa noche soñé que era cierto.

Varios compañeros de mi hijo, algunos combatientes, actores de esa acción, y mi familia, quisimos recordar el intento de ajusticiamiento del dictador. Nos propusimos estar en el mismo lugar y a la misma hora en que se realizó.

Por eso y evitando inconvenientes en el Camino al Volcán, ese jueves 7 de septiembre de 2006 nos fuimos desde la mañana rumbo a una casita en El Canelo.

Ella, en su auto, con algunos amigos, y nosotros en otro. Partimos al mismo tiempo para juntarnos en cuarenta y cinco minutos.

Tomamos un camino equivocado, nos enredamos por la comuna de Macul y quién sabe cuáles más, demorando en casi dos horas nuestra llegada.

Fuimos recibidos con burlas y risas, necesarias para alivianar la falta. Después, compartimos un almuerzo bullicioso lleno de cariño y alegría por el reencuentro.

Yo, la madre y abuela de todos esos compañeros de mi hijo, esforzándome por regalarlos. Era feliz de estar entre ellos recordando esa fecha.

Rodeados por la cordillera, con pinceladas de gris y verde, y el aroma de los espinos y eucaliptos, disfrutamos la tarde. Después de varias horas entre almuerzo, cafecitos y conversación, pero con el tiempo preciso, partimos al lugar en que se emboscó al dictador.

Al llegar, lloviznaba y hacía frío. Me sorprendió que en el sitio casi no hubiera gente. Unos pocos periodistas con sus cámaras y equipos.

Tres personas, entre ellos Fabiola, que participó en el atentado, estaban preparando el escenario.

Un telón con la bandera del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y un micrófono.

De los combatientes de esa acción, solo estaban presentes cuatro. Extrañé a muchos ausentes. Algunos continuaban desterrados o vivían clandestinamente. Los participantes en esa operación estaban impedidos de vivir en Chile veinte años después.

Habían llegado nuestros amigos, el matrimonio Vergara Toledo. Los conocíamos desde que iniciaron la lucha por hacer justicia a sus tres hijos asesinados: Pablo, Rafael y Eduardo. No han dejado un día de luchar.

Aparte de ellos, estaban algunos amigos y familiares. Un radiopatrullas estacionado en una calle lateral.

¿Por qué tan poca gente? ¿Habrán olvidado la fecha?

Para mí era inconcebible y por eso pensé que vendrían atrasados. No es tan fácil llegar a la Cuesta de Achupallas a la hora de salida del trabajo.

Pensaba: “¿llegarán más tarde o será que no valoran la acción?”

Busqué con la mirada, segura de encontrarlos, y no había ningún comunista. Pensé que era extraño. Si en la fecha del atentado, 1986,

136 eran una sola organización, Partido Comunista y Frente, ellos también querrían estar en ese homenaje.

Tampoco asistió Guillermo Teillier, que durante todos esos años fue máximo jefe de la Comisión Militar del PC.

El acto empezó a las 18:35, la misma hora en que se dio la partida veinte años atrás.

Primero habló Manuel, padre de los hermanos Vergara Toledo, dos de ellos acribillados en la Villa Francia. Con fuerza leyó un texto en que rememoraba la valiente acción. Rindió homenaje a los combatientes y recordó a los que ya no están: Cecilia Magni, Raúl Pellegrin, José Valenzuela Levy, Mauricio Arenas Vejas, Julio Guerra Olivares, Juan Órdenes Narváz.

Luego habló Luisa Toledo. Con su energía de siempre y envuelta en una pañoleta negra que la protegía, me recordaba la obra de Madre Coraje de Brecht. Repudió el dolor que la dictadura infirió a tantos y que marcó para siempre nuestras vidas.

Asesinó a sus tres hijos, al mío y dañó a miles.

Me emocionaron sus palabras. Me alegré de que fuera ella quien las dijera y reviví esos días en que nos abrumaba la preocupación por nuestros hijos.

Mi mente se llenó de recuerdos de la época en que se fundó el MIR²⁷. Primos míos participaron. No entendí cómo acaté entonces, disciplinadamente, la exigencia a los militantes del Partido Comunista de mantener distancia con ellos. Toda la desconfianza del mundo en la dirección equivocada. Teníamos un ejército en el que se podía confiar y un grupo ultra que era el caballo de Troya del imperialismo, como sostenían los dirigentes en esa época. ¿Qué había cambiado para que Manuel y Luisa, padres de tres hijos asesinados, símbolos del MIR fueran invitados a rendir homenaje a los combatientes?

Casi al final llegó mi nieto, que venía de clases en la universidad. Me alegró verlo y que se interesara. Pero se me estrechó el corazón imaginarlo participando en forma activa. Inundó mi mente el verso de Gabriela Mistral: “Yo no quiero que a mi niña me la vayan a hacer reina”.

²⁷ Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Unos meses después de este acto casi familiar, conversé con Guillermo Teillier, secretario general del Partido Comunista y único jefe de mi hijo el Comandante José Miguel.

Me recibió muy afable en el local del Comité Central del Partido Comunista, en Vicuña Mackenna casi al llegar a Plaza Italia. Una hermosa casa de tres pisos, muy pulcra y ordenada en que todos me acogieron con cariño.

Entre la calle y el salón, un amplio zaguán como en las antiguas casonas del barrio. En la sala de acceso, acristalada hacia la calle, cubierta casi por entero con carteles en recuerdo de Gladys Marín, me atendió una recepcionista. Consultó por teléfono mi cita con el presidente del Partido Comunista y me pidió que me sentara. Debía esperar, porque estaba con otros compañeros.

Aproveché de pasar a la pieza del lado, la biblioteca, una estantería sin demasiados libros; otros en unas cajas, abiertas para desempacar, en el suelo. Un mesón y una vitrina con poleras, muchos tazones, lápices, insignias y ceniceros. Todos con el logo del PC. Allí vi el libro *Carrizal*²⁸ escrito por Teillier, y otros que no sabía que habían sido escritos. Me interesaban para conocer lo que pasó en los años en que Frente y Partido eran la misma cosa.

Después de esperar unos minutos, me hicieron ir al tercer piso. Subí por una escala de peldaños de madera clara, muy limpia, con descansos en abanico entre piso y piso. Me cruzaba con personas que me reconocían y saludaban cariñosamente. Una de ellas recordó que a mi hijo le gustaban las nueces que ella le servía en su casa. Conversamos un momento sobre Rodrigo, como lo nombró, y entré a la sala de espera del tercer piso. La luz del sol de mediodía iluminaba paredes y muebles. Parecían nuevos una mesa de centro, un sofá y dos sillones. Alcancé a sentarme solo un momento. De la oficina salió una pareja de compañeros que yo conocía desde nuestra estadía en La Habana. Nos saludamos y se fueron.

Guillermo Teillier me recibió amablemente. Me dijo que en cualquier parte que nos encontráramos habría sabido que yo era mamá de Raúl Pellegrin.

Con pocas interrupciones, conversamos más de media hora.

28

Referido al desembarco de armamento en la caleta nortina.

138 Pregunté por su relación personal con mi hijo y acerca de la separación del Partido y el Frente.

Dijo que se entendían bastante bien.

Existía una estrecha relación con contactos casi diarios. Las propuestas de acciones venían de todas partes: del Frente, del trabajo militar de masas y de equipos creativos dentro del trabajo militar del partido. Andaban pensando en acciones novedosas que sirvieran de propaganda contra la dictadura.

De la masa sacábamos la experiencia de lucha. Incluso las protestas las concebimos de una experiencia que se produjo al final de un partido de fútbol Uruguay-Chile. Ganó Chile y la gente salió a las calles masivamente. Veníamos con Gladys entrando a Santiago en plena dictadura y nos encontramos con eso. Vimos cómo el pueblo encendía fogatas en las calles, cantaban, gritaban, detenían autos, los hacían tocar las bocinas, les cobraban peaje o los retenían. Así queríamos nosotros que se hicieran las protestas y con ese modelo las organizamos.

Nos despedimos amistosamente, bajé y al pasar por la librería en el primer piso, esperanzada de entender mejor lo que habíamos conversado, compré los dos libros.

Salí a la calle y fui pensando que no debería sorprenderme que nuestra visión de los hechos fuera diferente. Recordé que el año 1987, militando en una célula del PC en Ñuñoa, había recibido un informe político increíble: un representante de la Dirección explicaba: "...los que dirigen el Frente Patriótico Manuel Rodríguez son unos borrachines y mujeriegos".

¿Hablaban de mi hijo? ¿Que esa era la causa de los errores que se cometían?

Llegando a casa, conté a mi familia lo que nos habían informado. Cada uno expresó que, aunque no lo había transmitido, hacía un tiempo que sentía mucha molestia por informes similares... En ese momento decidimos retirarnos del PC.

Quise relajarme antes de partir y me senté en el Parque Bustamante a reflexionar. Hojeé los libros que había comprado y alcancé a leer la descripción de cómo Raúl Pellegrin, el comandante Rodrigo, había sido seleccionado como jefe. Yo tenía otra versión, y sin mirarlos más, mi mente se llenó de imágenes. De esas que había borrado durante tantos años.

La primera vez que me llevaron a la Morgue, yo insistía que mi hijo estaba fuera de Chile. Era imposible que fuera él quien se había ahogado en el Río Tinguiririca. Aprendió a nadar desde muy niño y fue campeón de natación infantil en el Estadio Italiano. No iba a cometer la locura de lanzarse a un río torrencioso.

No nos dejaron verlo. Solo nos mostraron una foto, porque, dijeron, aún no podían tomarle las huellas dactilares. Sus manos habían pasado muchas horas sumergidas en el agua.

Yo insistí que no era él, aunque Raúl, su papá, decía lo contrario y la doctora Paz Rojas no lo recordaba. Ella fue la única profesional que quiso acompañarnos. Otros médicos a los que les habíamos pedido su apoyo se negaron, invocando uno y otro impedimento.

Nos dijeron que volviéramos al día siguiente. Ahí fuimos los dos solos y a través de una ventana pude verlo.

Raúl me dijo que pidiera que le descubrieran las manos. Lo hice y por un momento se las destaparon. Tenía heridas las muñecas. No pude soportar ver su sangre, pero no sé cómo no grité.

Con Raulito nos comunicábamos el cariño a través de las manos. Desde que era chico siempre me acarició la cabeza. No pasó por mi mente la idea de que nunca más podría sentirlo.

Ese cadáver, cubierto por una sábana y un vidrio, no era mi Rauli. Él estaba en alguna parte como siempre y no podía ser que estuviera tendido ahí.

Recordé que me molestaba el ruido de los gritos de Raúl que vociferaba: “¡ASESINOS!” a los guardias. Yo lo hacía callar diciéndole: “¿Quieres que te dejen adentro a ti también?”, como si nuestro hijo estuviera ahí momentáneamente. En realidad, no entendía nada. Me vi saliendo del Instituto Médico Legal sin haber derramado una sola lágrima.

Afuera muchos me abrazaron. A algunos familiares no los veíamos desde antes del Golpe. Haber vivido en Cuba durante ocho de los diez años de exilio nos había aislado y varios dejaron de visitarnos. Estaban los amigos y conocidos con los que nos encontrábamos en la Vicaría de la Solidaridad, visita habitual en esos años en que tuvimos que consultar por amigos en riesgo. Muchos rostros jóvenes me eran familiares. Escuché algunas sugerencias que le hacían a Raúl de velar a su hijo en la capilla del

140 Cementerio, ahí cerca. Julieta Campusano, en un tono autoritario dijo: “Lo llevamos a la Confederación de Trabajadores de la Construcción, que es donde corresponde”.

Yo permanecía sin entender, distante, observando esta gran cantidad de gente que se movía alrededor nuestro.

No veía ni pensaba en mi hija Andrea, a la que hacía pocos días le había nacido Martina. Ni en Carla, que en esos momentos, en Montevideo, trataba de convalidar su título cubano de medicina.

Alguien me mandó a descansar a casa acompañada con algunas amigas de la Agrupación de Mujeres Democráticas (AMD). Trabajaba con ellas desde que regresamos de Cuba en 1983. El Partido Comunista de Chile, sin explicación, no había autorizado mi reincorporación después del retorno, y la incansable tía Dorita Volosky había logrado que me aceptaran en la AMD.

Esta Agrupación de Mujeres fue la primera organización femenina que se formó. Fue en septiembre de 1973, en las colas frente al Estadio Nacional mientras esperaban entregar ropa, comida o saber algo de sus familiares encarcelados. Allí iniciaron su trabajo solidario algunas grandes mujeres como Lucía Chacón, Alicia Bachelet, Elba Blanco y muchas otras. En el año 1983, me incorporé y semanalmente íbamos a la Cárcel Pública, a la Penitenciaría y a la calle Santo Domingo. En esa cárcel de mujeres conocí a Karin Eitel, a sus incansables cuñadas Gloria y Rosita Ubilla, hermanas de Manuel, y a Kelly con Bastián creciendo en su guatita. Las apoyábamos en todo.

Me sorprendió que hubiera llegado tanta gente a casa. Algunas amigas, otras desconocidas, silenciosas, pensando, y una que otra rezando sentadas en el sofá del living. No entendía la discusión entre mis amigas Carmen Fierro y Carla Braga para planchar la sábana donde envolverían a Raulito. Raúl había llamado desde la Morgue pidiendo que le llevaran una.

Pasó un tiempo y partimos. Esta vez a la calle Serrano, a la Confederación de Trabajadores de la Construcción. Allí mucha gente esperaba fuera. Me abrazaban una y otra vez y yo, sin entender, me abrí paso hasta un ataúd de roble, rodeado de coronas de flores, banderas chilenas, del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, del MIR y del Partido Socialista. Era un local sin ventanas, iluminado por uno de sus costados que era totalmente abierto al patio encementado.

Muchos jóvenes, algunos de los cuales no había visto nunca, se iban rotando en las guardias.

También nuestros amigos se acercaban y de seis en seis, tres por cada lado del ataúd, se mantenían en posición firme durante un tiempo. Me parecía hermoso que le rindieran homenaje en esa forma a mi hijo.

Sentada en una banqueta al otro lado del cajón vi a mi Andrea llorando. Marcos la abrazaba. Sentirla protegida me aliviaba.

Ya estaba Carla. La habían recogido en el aeropuerto a su llegada de Montevideo. Ella de pie, haciendo guardia, cantaba con voz firme una canción. A ratos me acercaba a ellas o a Raúl papá y nos abrazábamos llorando. Y a los amigos queridos con quienes habíamos vivido el exilio en Frankfurt y en Cuba. Recibir el cariño de siempre de la Yeya y Pedro Chaskel me produjo más pena aún, porque ellos querían a mis hijos desde muy chicos.

También llegaron profesionales con los que habíamos obtenido nuestro primer trabajo desde que retornamos del exilio. Habíamos empezado recién. Era el inicio del Condominio Rayitai, en la calle José Zapiola, comuna de La Reina. En él quedarían dos casas para la familia proyectadas por nosotros, sus padres.

Para los dueños de la Constructora era una sorpresa saber que nuestro hijo dirigía el FPMR.

Lo mismo sucedió con colegas y con el presidente del Colegio de Arquitectos que nos habían ayudado a que el Ministerio del Interior nos borrara de la lista de los indeseables. En nuestros pasaportes, como en el de muchos chilenos, aparecía una letra L. Significaba que estábamos en las listas de los que tenían la prohibición de entrar a nuestra tierra.

Había olvidado al representante de los trabajadores, que agradecía el honor de que el homenaje a un héroe como Raúl Pellegrin se realizara en la sede de la Confederación de Trabajadores de la Construcción.

Tampoco recordaba al cura Eugenio Pizarro, que leyó párrafos del Evangelio según San Mateo.

Carteles exigían “Libertad para los presos políticos”, “Basta de crímenes” y “Unidad Sindical”.

En otro momento también hice guardia y hablé pidiendo que se volviera a unir el Partido al Frente. Sé que después lo repetí en muchas ocasiones, alertando que nos iban a seguir matando jóvenes como el mío.

Así fue como, antes de un año, en agosto de 1989, volvimos al Cementerio a enterrar a otro joven, Roberto Nordenflicht, hijastro de Volodia Teitelboim. Junto a mí estaba la periodista Marcela Otero y solo tres o cuatro personas más. Marcela me instó a hablar diciendo: “Eres

142 la única que puede hacerlo; ya te mataron al tuyo”. En mi pequeño homenaje a Roberto, reiteré mi ruego: “Unámonos. Si el Partido Comunista abandona a su ‘brazo armado’ no dejarán vivo a ninguno de nuestros hijos”.

Recién ahora me doy cuenta que en el velorio de Raúl Pellegrin, Comandante José Miguel, había solo dos dirigentes del Partido Comunista presentes: Julieta Campusano y Rodrigo Rojas. Me acerqué a ellos. Le recordé a él, que era encargado del Partido en Cuba, que nueve años antes, en el Hotel Habana Libre, nos comunicó a Raúl y a mí que nuestro hijo se incorporaría a la tarea militar. Sin pensar, en este momento, le dije: “Mira cómo me lo devuelves”. Me abrazó llorando.

Lo que no me causó extrañeza fue la ausencia de algunos miembros de la familia y amigos que frecuentaban a la familia sin saber que nuestro hijo pertenecía al Frente.

En otro lugar del local escuché a unos jóvenes murmurando: “Es el Uno; es el comandante José Miguel quien ha muerto”.

La verdad es que yo no sabía que lo llamaban José Miguel y tampoco que era el jefe. Les dije: “Si es el Uno, no lo digan, porque es muy grave para una organización que le maten al jefe”.

Recién me han contado que muy pocos de los frentistas mantuvieron una compartimentación tan cerrada como la de mi hijo.

Nunca escuché hablar de José Miguel y menos que era el jefe. Siempre había pensado que el Uno era Salvador. Lo conocí superficialmente en La Habana.

Me acerqué a un Diario Mural en que estaban las fotos de mi Rauli y la Comandante Tamara. Nunca había escuchado sobre ella y ahí me contaron que formaban una pareja que se amaba y que habían aparecido muertos a poca distancia uno del otro en el río Tinguiririca. Me alcanzaron a dar los típicos celos de mamá, pero me repuse, porque la encontré dulce y muy bonita. Luego me fueron contando de su gran valentía y calidez humana.

Como al mediodía comenzó a formarse una caravana de autos y dos o tres micros que llevaban a los amigos, compañeros y familiares hacia el Cementerio.

Nosotros, la familia, íbamos juntos en el primer vehículo detrás del que llevaba la urna.

Carabineros iba abriendo paso a la caravana. En algunas esquinas había gente reunida que aplaudía. Otros gritaban consignas como:

¡RAÚL PELLEGRIN! ¡PRESENTE, AHORA Y SIEMPRE! ¡COMANDANTE JOSÉ MIGUEL!
¡PRESENTE, AHORA Y SIEMPRE!

Y así hasta que nos desviaron por una calle paralela a Avenida la Paz, que no enfrentaba el acceso al Cementerio. Raúl detuvo el auto y a toda la caravana. Se bajó, acercándose al carabinero y con su serenidad acostumbrada explicó que era el sepelio de nuestro hijo, Comandante José Miguel, jefe del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Que íbamos a despedirlo. Inmediatamente el uniformado aceptó y rectificó sus órdenes. La caravana pudo seguir por la simbólica Avenida La Paz. Se detuvo en el acceso principal del Cementerio General.

En ese momento pasó frente a mí la imagen de los sepelios de autoridades que me había tocado presenciar en La Habana. Sentí una gran emoción y orgullo porque a mi hijo lo honraran de esa misma forma.

Cruzando bajo la cúpula de piedra que cubre el acceso, en los jardines del cementerio, una multitud se organizó copando de lado a lado calles y veredas entre mausoleos y tumbas. El sacerdote Eugenio Pizarro, con su hábito negro, encabezaba la marcha. Gritos y cantos resonaban entre las serpenteantes callejuelas cuando, desde un costado de la arboleda, surgió una joven. Un pañuelo de colores suaves ocultaba su rostro. Se acercó al grupo y besando un ramo de flores lo depositó sobre el féretro volviendo a perderse entre las tumbas.

Estrepitosas salvas retumbaron por todo el Cementerio cuando llegamos al lugar donde despediríamos a nuestro hijo. Grandes lienzos con saludos a los comandantes Rodrigo y Tamara colgaban en lo más alto, de árbol a árbol.

El cura Pizarro ofreció la palabra. Recuerdo a Anita María Barrenechea, representando a los arquitectos comunistas. Admiré su ímpetu y valentía, igual que la de todos los demás que hablaron.

Luego de algunas intervenciones de jóvenes y representantes gremiales de los colegios de periodistas, arquitectos, médicos y algunos amigos que compartieron el exilio con nosotros, habló Galvarino Melo, por el Partido Comunista. Hace unos días me mostraron el video donde grabaron su despedida. Creí que no me perturbaría después de tantos años. Hice intentos de no pensar. De todos modos varias escenas aparecieron hiriéndome.

Tanta gente, entre los árboles y mausoleos, llenando todos los rincones del Cementerio. Recordé que me emocionaron los aplausos con que se despide las vidas consecuentes.

Nuestra esperanza era que lograrían lo que se habían propuesto. Sentí mucha tristeza al constatar que de los muchos que le rindieron homenaje, con la firme decisión de continuar la tarea que con la muerte de mi hijo quedó inconclusa, ninguno siguió su ejemplo. Las imágenes del video me sorprendieron.

No sé cómo pude olvidar el rostro joven de Raúl, mi marido, que al mes del asesinato fue invadido por un maldito cáncer. No pudo resistir la desesperación de la muerte del hijo.

Y yo solo recordaba su rostro avejentado por el dolor. Había olvidado su aspecto hermoso. Había borrado cuarenta y cinco años de nuestra vida en común. Su optimismo a prueba de bombas. Incluso cuando nos abrumó el golpe de Estado y tuvimos que ir al exilio, Raúl insistía que igual que a todas las generaciones, a la nuestra le tocaba esta parte de sufrimiento. Recordé a muchos de los que aparecen en el video del funeral de mi hijo: Al tío Carlos Pellegrin, hermano de Raúl, siempre solidario. Ahí estaba cargando el ataúd de su sobrino. Ese ataúd cubierto por la bandera chilena y la del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. A la querida tía Evita Friedmann, que sufrió su propia pena y la de todos nosotros. A los asombrados compañeros de colegio que no imaginaron nunca la tarea que se había propuesto su amigo Raúl.

Abrazando a Carla y con gran tristeza vi a Carmen Fierro, compañera del colegio al que iban mis hijos. Siempre fuerte, apoyó con mucho cariño a mi marido durante su enfermedad. Le hacía reiki cada día. Incluso donó sangre a pocos días de nacer su guagua.

Me conmovía ver a tantos jóvenes con sus rostros cubiertos con pañoletas del Frente. Otros luciendo camisas amaranto de las Juventudes Comunistas. Por sus coronas de flores y banderas, recordé que habían participado integrantes de la Agrupación de Ejecutados Políticos, Arquitectos Comunistas, militantes de la Izquierda Unida y del MIR.

Ya quería olvidar las vivencias que me invadieron el corazón esos días recordando el funeral de mi Raúl. Pero entre los niños sentados en la banqueta, uno me hizo recordarlo especialmente. Lo inquieto que era.

Anoche soñé con él cuando tenía cinco años. Se me confundió con mi nieto Ángel. En ese video aparece sentado, y sin dejar de balancear los pies, sigue atentamente la ceremonia.

Y recordé las palabras que repetía Julieta Campusano: “Nuestros hijos no impidieron a las mujeres chilenas participar en la lucha. Los llevamos siempre con nosotras”.

Mis nietos cuentan que durante la dictadura me acompañaban a las reuniones de la Agrupación de Mujeres Democráticas en la Iglesia del Aguilucho.

Liturgia

La mañana del 16 de diciembre de 1988 tuvimos un nuevo allanamiento. El primero después de la muerte de mi hijo. Tres agentes de la CNI²⁹ volvieron a revisar la casa, esta vez sin un propósito claro. Intentaban ser amables. Carla y yo les recriminamos el asesinato de Raulito solo un mes y medio antes.

A diferencia de los allanamientos anteriores, en que encontraron la casa sin habitantes, esta vez no desordenaron ni se llevaron nada. Solo querían saber cuál era el dormitorio y el baño de Raúl Pellegrin Friedmann. Cumplían órdenes, decían, sin importarles que él no hubiera vuelto a casa desde hacía quince años.

El día anterior alguien me había traído lo que recuperaron del último lugar en que vivían Raúl y Cecilia. Unas cuántas fotos, una pipa y un equipo de TV chiquito, desconocido para mí. Por el miedo a perderlos yo trajinaba con todo colgando dentro de una cartera blanca, regalo de mi hermana Ety.

Se marcharon los de la CNI y nos preparamos para ir a la liturgia que se haría en la Iglesia Santa Filomena en el barrio Bellavista.

No habíamos conseguido otro local, arrendado ni prestado, en que pudiéramos reunirnos con esa cantidad de gente. Rosita y Gloria Ubilla me llevaron a Santa Filomena y logramos que el sacerdote Eugenio Pizarro nos permitiera realizar en su Iglesia la despedida.

El día de la liturgia atravesé Recoleta con la cartera bien apretada. Era mi única preocupación. Llevaba sus recuerdos que me habían traído recién. Y pensaba: tanta gente en las calles. Tanto entrar y salir de las tiendas. Comprando. ¿Todo necesario? La miseria mezclada con la necesidad. Ropa afuera, adentro y en el suelo. Patos malos mezclados con gente buena. No veía nada, aferrada a mis objetos en esa cartera blanca. Temía que me quitaran sus cosas. No la pude cerrar de tan llena que la llevaba.

No recuerdo cómo llegamos a la Iglesia. Con el religioso Pizarro conversamos a solas en una salita. Me pidió que no se colgaran lienzos

²⁹ Central Nacional de Inteligencia, policía secreta. Organismo de vigilancia y represión de la dictadura.

146 ni carteles en la nave de la Iglesia y menos que se repartieran panfletos o gritaran consignas. Dijo que él sólo acompañaría la misa. Que la haría Carlos Pellegrin Barrera, sobrino de Raúl, primo hermano de nuestros hijos. Actualmente obispo de Chillán.

La Iglesia estaba llena de amigos y familiares. Lienzos y carteles del Frente Patriótico Manuel Rodríguez colgaban de columnas y paredes.

Alicia Bachelet, Marta y Lucía Chacón, de la Agrupación de Mujeres Democráticas, repartían claveles rojos en la puerta.

Durante la liturgia entregué la cartera a una y otra amiga para tener las manos libres y repartir claveles para que nadie se quedara sin flores. Para acariciar la cabeza de mi Andrea, desconsolada por la muerte de su hermano. Para abrazar a mis nietos, que querían entender quién era su tío y escuchaban en silencio las canciones. Todos cantando. Carla forzando su voz linda y clara en su infinita pena.

Tantos que lo querían.

Muchos lloraban y yo mirando distante, sin aceptarlo: ¿Mi niño muerto?

Inició la ceremonia el sacerdote Eugenio Pizarro. Me regaló su Biblia. Lo había acompañado durante 20 años, y dijo:

Así como a la Virgen María sólo le abrieron las puertas de un establo para que recibiera a su hijo ahí, hoy yo abro las puertas de mi iglesia para que podamos despedir a nuestro hermano que murió como un héroe, luchando por su pueblo.

Quisiera decir una palabra, y lo hago con mucho cariño. Yo realmente quisiera, en este momento, tener la capacidad para poder llegar profundamente, especialmente, al corazón de la familia de Raúl. Pero en vista de que nuestra condición humana es tan limitada, y a veces el dolor que nos embarga nos dificulta el poder expresar lo que hay dentro de nosotros, yo quisiera pedirles a ustedes, con toda humildad y respeto, en vez de hablar yo, que hable el mismo Jesús.

Del Evangelio según San Marcos. “En aquel tiempo se acercaron a Jesús los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: ‘Maestro, queremos que haga lo que le vamos a pedir’. Les preguntó: ‘¿Qué queréis que haga por ustedes?’. Contestaron: ‘Concedéndonos sentarnos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda’. Jesús replicó: ‘No saben lo que piden. ¿Son capaces ustedes, de beber el cáliz que yo he de beber?, ¿O de bautizarse con el bautismo, con que

yo me voy a bautizar?’. Contestaron: ‘Lo somos de verdad’. Y Jesús les dijo: ‘A la verdad, de la copa que yo bebo, beberéis; y del bautismo con que soy bautizado, seréis bautizados. Pero sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a quienes está reservado’. Los otros diez discípulos, al oír aquello, se enojaron contra Santiago y Juan, y Jesús los reunió y les dijo: ‘¿Saben que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen? Ustedes nada de eso, el que quiera ser grande, sea el servidor, y el que quiera ser el primero, que se haga el servidor de todos’”.

Raúl ha sido capaz de beber el cáliz y de bautizarse con el bautismo de Cristo el Señor. Allí, nosotros ya estamos acostumbrados a estas cosas tan misteriosas y siniestras que suceden en nuestra patria, allí él vivió su bautismo. En las aguas de un río. Y bebió el cáliz del Señor en rescate por todos. Entonces él no es como los tiranos, que se sienten dueños de los pueblos, y que se comparan a Cristo incluso. Y Cristo dice que él ha venido a servir y no a ser servido. Entonces qué autoridad tienen los jefes de los pueblos de hoy día, de decir que son los jefes si tiranizan y oprimen al pueblo. Esos no son jefes, porque no son servidores. Raúl ha sido un servidor de nosotros, y por eso lo consideramos un jefe nuestro. Y si hay un tipo que ha declarado la guerra, para nosotros Raúl, en ese contexto, es un héroe. Padre nuestro...

Su compañero de colegio, Emilio Lamarca, vestido con su traje de Protocolo de La Moneda, contó:

Raúl fue mi compañero de curso en el Colegio durante un período corto de mi vida, más que suficiente para ser compañero de sonrisas, cómplices de catorce años y finalmente compañero de incertidumbres en Isla de Pascua. El 11 de un año triste murió una parte de Raúl y nació otra. Murió una que habíamos compartido y nació otra que sin conocer intuía.

Él era muchas cosas, de las buenas y de las malas pero, sin duda, todas excepcionales. Muy inteligente con una sensibilidad camuflada que brotaba ante la adversidad, tímido y en exceso perseverante. Tengo mucha pena y me embarga la impotencia. Raúl fue un amigo que quise mucho y al que sólo Dios dará justicia porque murió, no en vano, sin ella.

Escuché a Ana María Miranda que cantó con su guitarra una linda canción dedicada a Tamara y José Miguel. Les pedía que la llevaran con ellos.

Algunos cantaron y hablaron despidiéndose del amigo. Raúl padre recordó a su hijo con la chaqueta azul de uniforme del colegio, sin solapas y la camisa afuera.

La misa la celebró el primo sacerdote. Para mí fue una sorpresa. Él estuvo muchos años de misionero en Angola.

No recuerdo otros participantes, pero sí muchos cantos y gritos.

Yo, en las nubes, salí última, sin soltar mi cartera con los tesoros apretados bajo el brazo.

Al ver el patio sin gente, con el embaldosado cubierto de volantes que el cura había insistido no podían quedar ahí, hice un gesto a mi familia para que me esperara y dejando la cartera sobre el pasto, entre unas plantas, me dispuse a recogerlos. Quería cumplir la palabra prometida al cura. Levanté hasta el último papel. Cuando los tuve, caminé buscando un basurero. Lo encontré cerca de Recoleta. Tiré los panfletos, me acordé de la cartera donde estaban los recuerdos de mi hijo y corrí hacia el patio de la iglesia. Busqué mi cartera blanca para mi luto blanco con sus fotos y recuerdos. No estaba. La había perdido.

Su hija Carla Iskra, escribe

Duerme, duerme negrito

Tormento

Nunca es demasiado tarde para olvidar

se puede amar, todo se acaba, nada es imperecedero

somos aves que en este vuelo buscamos playas

para sentirnos sinceros

yo sé que tú te encuentras en este largo camino

seremos libres sin ataduras ni desvelos,

solo tengo que hablarte para que estés conmigo...

Cristian Dupre

Mientras camino por la orilla del río y el agua me congela los pies, observo cómo el Oso (mi perro) corre feliz tratando de atrapar las piedras arrastradas por la corriente; no le importa qué tan helado está, solo disfruta del aire limpio y de la belleza del paisaje.

Tengo el corazón roto, literalmente, siento cómo la pena me invade y sube por el pecho, y me pregunto si esto es efectivamente amor, pasión o simplemente parte de una obsesión loca de lo que era antes mi vida; o quizás es solo un amor no correspondido como tantos a lo largo de la historia... él me rompió el corazón... Mientras lloro, pienso en él, en ese otro, en mi padre y su papel en mi vida; las fotos (amarillentas con el pasar de los años) tomadas en Cuba muestran amor, cariño, afecto, incondicionalidad.

Es ahora, en este preciso momento de dolor que me cuestiono sobre qué habría hecho el Alejo (mi padre), ¿me abrazaría y repetiría sus famosas palabras: “son ocho letras, nada más TODO PASA?”.

¿Realmente la causa revolucionaria era más importante que yo, su hija? En este momento solo quiero compañía, afecto, no de fotos, y lo único en que pienso es que mi acompañante es el Oso, mi herencia una familia maravillosa que esta ahí... pendiente; sin embargo falta esa pieza... ÉL, el Alejo, esos ojos azules pa' llorar conmigo.

Lo peor de sentir esta necesidad, es tal vez la incapacidad de reconocer si es mi padre, mi papi, lo que falta o cualquiera podría llenar su espacio. Se deberá quizás a la simple razón de que nunca estuvo realmente conmigo, no se extraña lo que nunca se ha tenido, de la misma forma que la iglesia no puede expulsar de sus filas a alguien que ni siquiera ha sido bautizado.

¿Qué haría él en mi situación?, ¿que me aconsejaría?... ¿iría a pegarle?... Duele, y mucho. Deseo protección, volver a esas fotos en Cuba, esos días en que todo era diferente... ¿Su causa?, Perdónenme pero no vale nada para mí... me quitó, además de un padre, un amigo... El mundo sigue girando y los que se fueron dejaron este vacío de preguntas y afectos sueltos.

Hace unos días mi tía (Carla, por quien llevo el nombre que tengo), al terminar su clase de yoga me contó que mientras meditaba había visto al Alejo detrás de unos árboles como queriendo decir algo, pero que finalmente no pudieron comunicarse. No pregunté más, no quise saber más...

Varios días después me dijo que había soñado con él, en la misma actitud, “como queriendo decir algo”, muy impresionada por la necesidad que parece tener de comunicarse con ella...Trató de especular y me dijo: “Creo que quiere hablarme de ti, en una de esas un reto o algo más simple...”.

Mi respuesta ahora y siempre es para aquel que no está presente en carne y hueso cuando es el momento de opinar ante decisiones importantes de vida, por lo menos en mi vida. No tiene ni tendrá ningún derecho a meterse ni siquiera desde el más allá, ni menos aun a pretender discutir qué está bien o mal. Tu causa frente al vacío que se genera en mi vida por no tenerte no vale nada, no estás para protegerme, no te doy permiso ni las atribuciones para opinar, ni siquiera a través de tu hermana.

La vida, mi vida, fluye de una forma extraña, Te fuiste a buscar yo no sé qué a no sé qué parte, pero yo estaba ahí esperándote...

La pregunta del millón es entonces: ¿mi dolor, este dolor de amor por el que sufro, sería mas suave o simplemente diferente si estuvieras aquí?... la verdad no lo sé; creo que el negrito de la canción se cansó de dormir esperando a su padre y no importa si trae codornices o no... basta con que vuelva...

ISKRA.

Testimonio del obispo emérito de Linares, monseñor Carlos Camus

La madre de Raúl Pellegrin me llamó por teléfono para pedirme este prólogo. Yo no la conocía; tampoco a su hijo. Solo recordaba haber leído en una crónica que había sido encontrado muerto junto a Cecilia Magni en el río Tinguiririca.

No podía negarme a la justa petición de una madre que adoraba a su hijo y quería rendirle un último homenaje. Todo el misterio de la muerte de su hijo también me interesaba, como a todos los chilenos, muy poco informados por una prensa comprometida con la dictadura.

Me envió por correo el texto que había escrito y me puse a leerlo con interés creciente. Admiré de inmediato el amor y la ternura con que esta mamá contaba la infancia de su hijo con detalles casi domésticos que revelaban su dolor y su drama. Me mostró también la extraordinaria personalidad de este líder que se destacaba entre sus compañeros por su inteligencia e iniciativa.

Pudo haber sido un dirigente político de excepción, pero prefirió entregar su vida a su causa revolucionaria.

Todos los que son consecuentes con sus ideales y mueren por ellos merecen respeto y admiración. Junto a ellos da pena ver a tantos jóvenes que languidecen en una vida sin grandeza, consumidos por las drogas o la molicie.

Los ideales pueden ser diferentes, pero lo que nos hermana es la lealtad con que los vivimos.

CARLOS CAMUS LARENAS
Obispo emérito de Linares

Despedida en La Rufina

Seleccioné estos textos que escribí hace muchos años, cuando necesitaba teñir de poesía el momento más terrible de mi vida:

Fuimos Carla y yo hasta La Rufina para conocer el lugar donde Alejandro y Cecilia pasaron sus últimas horas de vida.

Nos invadió el aroma de las ñipas, los arrayanes y los peumos. Impregnaba la corteza de árboles milenarios, erguidos como la dignidad de los que íbamos a recordar ese 28 de octubre. Ese aire perfumado nos transportó en forma brusca al paisaje que ellos habían gozado en su despedida. Ese paisaje había penetrado sus ojos claros.

Era el río, abrazado por montañas verdes y arbustos añosos. Algunos inclinados por las lluvias interminables que arrastraron la tierra que sustenta sus raíces.

Allí estaban los agresivos cactus con mil ramificaciones coronadas en una sola flor. Cientos de espinos con sus redondeces, que por esos días rebasan polen amarillo anaranjado.

Todo nos transmitía su presencia y el cabrero con sus quesos frescos nos contaba cómo vio la despedida de la pareja de enamorados:

Bajo estos árboles pasaban el atardecer. Ella lavaba, cocinaba, se sentaba a tomar el sol en aquella piedra. Era muy linda. A veces no aparecía en horas. Descansarían juntos, lo acompañaría, tal vez.

Él cojeaba. Parece que caminaron desde muy lejos. Ella le iba curando las heridas de los pies.

También su señora, con el paño de cocina blanco amarrado a la cintura, nos dijo:

La señorita me encargó el pan. Que les hiciera mucho pan. Ya no recuerdo cuánto fue, pero pasé horas amasando y horneando. Sí sé que me pagó bien. Más de lo que era... Ojalá les haya gustado. Tal vez ni era para ellos solos, porque era re' mucho. Si se lo quitaron los pacos habrán tenido pa' rato comiendo. Ojalá que no, pobrecitos. Que se haya perdido mejor el pan antes que se lo aprovechen los malos que los mataron. Y que no les bastó con matarlos y los tiraron al río”.



Cabaña de Comunidad Hueñi, La Rufina.

Los últimos días de Benjamín, Ricardo, José Miguel, Rodrigo, o simplemente nuestro Alejo

Relata Carla, su hermana:

Hace unos 5 años decidí mirar el dolor de frente. Buscar respuesta a tantas interrogantes. Para reivindicar la vida de mi hermano y poder buscar justicia, debía investigar por mi cuenta. Solo tenía en mi cabeza leyendas, supuestos, juicios con carácter de verdad. Conseguí el proceso, 5 kilos de papeles desordenados, que ordené, clasifiqué y leí con dedicación. Contacté y entrevisté a sobrevivientes. Conseguí el mapa de la zona en el Instituto Geográfico Militar. Fui a Los Queñes, a Las Peñas y a La Rufina

varias veces. Me desesperé una y otra vez al encontrar en el proceso un gran pacto de silencio.

Fue así como reconstruí la última semana de vida del Alejo. Las fantasías se convirtieron en certezas.

Trabajé con “Miguel” que, a la distancia y con su incondicionalidad permanente, leyó y releó el expediente buscando respuestas

Los Queñes es un pueblito que queda entre San Fernando y Curicó, hacia el oriente de la carretera norte-sur unos 40 km. El camino bordea el río Teno. Unos kilómetros antes de llegar al pueblo hay una gran roca con una virgencita a la que le dicen “La Gruta”. Este fue el punto de encuentro del grupo de 14 combatientes que realizaron la acción (Era de propaganda armada, y se enmarcaba dentro de la política de Guerra Patriótica Nacional del Frente).

Los hechos sucedieron de la siguiente manera:

Jueves, 20 de octubre de 1988

A La Gruta fueron llegando de a uno. Los esperaba un compañero que los llevaría hasta el campamento base. Lo instalaron en una quebrada del cerro El Peral, a unos 3 kilómetros de Los Queñes.

Durante el día, se organizaron en grupos, revisaron el armamento, hicieron minas y bombas simuladas. Se prepararon para que no faltara nada.

Viernes, 21 de octubre de 1988

A las 2 de la madrugada dos combatientes se devolvieron por el único camino de acceso a Los Queñes. La misión era minar el camino y aislar al pueblo de la llegada de refuerzos.

En una maqueta improvisada en el suelo con palos, piedras, hojas, cordeles, Alejo les explicó a los jefes de grupos las misiones:

1^{er} grupo: Tomar el retén, recuperar armamento.

2^o grupo: Tomar la hostería con el fin de neutralizar el teléfono y la planta de radio.

3^{er} grupo: Tomar la Posta de Primeros Auxilios para neutralizar la planta de radio y divulgar una proclama del Frente.

Obsesivamente Alejo da la orden de que no resulte herido ningún civil. Explica que esta acción marca el inicio de la Guerra Patriótica Nacional.

A las 23:00 horas bajan en columna, manteniendo poca separación entre combatientes. Justo antes de llegar al pueblo, en el camino Los Creces, se dividen en tres grupos. Se dirigen a capturar los tres objetivos, sin disparar un tiro si es posible.

Toma del retén

A las 23:30 en punto, Bigote irrumpe por la puerta principal del retén, a cara descubierta y apuntando con una pistola. Le acompañan dos combatientes que cubren sus rostros con pañuelos del Frente. Portan fusiles M-16. Hay dos carabineros de guardia y el Bigote les ordena lanzarse al suelo y los desarma. Víctor y Carlos inutilizan la planta de radio y fuerzan el armero. Sacan armamento. Los carabineros Sáez y Cáceres son maniatados.

Walter y Daniel vigilan en el exterior del retén. Bigote saca a los policías del retén y ordena a Milton que queme el jeep estacionado en la parte posterior. Este rompe con la culata de su fusil uno de los cristales, esparce la gasolina contenida en un guatero y lo arroja en el interior. Arde en pocos segundos. El fuego se extiende al retén, que es una antorcha jugando con las sombras.

Mientras todo ocurre, Cristóbal, con un megáfono, explica a los lugareños que se deben mantener dentro de sus casas, que es una acción de propaganda, que no les harán daño.

Juvenal Vargas, el otro cabo, está descansando en su casa cuando escucha los ruidos. Con un revólver en la mano sale de su vivienda, 30 metros frente al retén. Alcanza a disparar dos veces. Milton trata de contenerlo con una ráfaga. Cae abatido.

Toma de la Posta

A la misma hora en que el grupo de asalto entra en el retén, Cristóbal rompe la puerta de la Posta de Primeros Auxilios. Entra con Tamara, que es la jefa de grupo.

Cristóbal saca la radio y luego con un spray pinta consignas en los muros. Escribe “FPMR HASTA VENCER O MORIR”, “GUERRA PATRIÓTICA CONTRA PINOCHET” Y “FUERA PINOCHET AHORA”. Además dibuja el símbolo del Frente.

Marcelo vigila desde el exterior

Cristóbal grita con el megáfono la proclama que ha memorizado. Y repite a los vecinos que no salgan de sus casas. Cuando el enemigo llegue, más tarde, no podrá acusar a nadie de colaboración con los guerrilleros.

Hay un momento de tensión innecesario cuando Bigote conduce a los uniformados. Se ha puesto la gorra del carabinero Cáceres, que le queda pintada. Está a punto de ser tiroteado por sus compañeros. Cristóbal coloca la bandera del Frente en la espalda de los policías. Bigote los fotografía. Luego son amarrados a un árbol.

Toma de la Hostería

A la misma hora, las 23:30 llega el grupo comandado por Braulio a la hostería. Tiene la misión de inutilizar la radio y el teléfono.

Surge el primer contratiempo. Aparece un jeep Daihatsu con tres hombres justo en el momento en que Braulio, Cristian y Araneda controlan el lugar. Al darles el alto, un ocupante del jeep escapa, mientras otros dos son reducidos. Braulio ordena a Araneda destruir la antena del vehículo. Uno de los ocupantes forcejea. Araneda pierde el control, dispara, hiriéndolo en el glúteo izquierdo. La radio ha quedado intacta.

Los combatientes instalan una carga de ruido en el poste de alumbrado junto al puente de acceso al pueblo. También colocan una carga simulada en un poste junto a la hostería.

En el otro extremo de Los Queñes, junto al puente sobre el río Teno, se reagrupan los integrantes de los tres grupos. Alejo dispara al aire y grita vivas al Frente. Todos corean las consignas.

Inicia la retirada el grupo principal cuando comienza el 22 de octubre de 1988. Alejo y diez combatientes cruzan el puente, que tiene unos 35 metros de largo.

Carlos, Víctor y Walter, integrantes del grupo que ha destruido el retén de carabineros, se dirigen al sur. En el camino son sorprendidos por una camioneta que viene camino al pueblo. Les disparan y Walter es herido. Perdigones en un brazo y pierna. Sus compañeros le prestan los primeros auxilios. Lo sacan con dificultad, lentamente, hacia el sur.

Entre las 00:20 y 00:35 del 22 de octubre el operativo de cierre y patrullaje se pone en marcha. Con ayuda del Regimiento de Telecomunicaciones Número 3 del Ejército y la Policía de Investigaciones.

A la 01:30 llega a Los Queñes el primer contingente de carabineros: Personal de la Tercera Comisaría de Teno y el sargento jefe del retén Los Queñes, que no se encontraba en el pueblo.

Una hora después aparece la Patrulla de Acciones Especiales (P.A.E.) de la tercera zona a su cargo. Siguen pasando efectivos por el camino único de acceso a Los Queñes durante el resto de la madrugada. No son emboscados.

Ignacio y Camilo han huido. No han instalado las minas. Es la única misión incumplida.

Este abandono permite al enemigo concentrar esfuerzos en la persecución del grupo principal.

En el estudio del expediente encontramos estas declaraciones:

Jorge Portilla Carvajal, General Subdirector de Carabineros en retiro que visitó Los Queñes la mañana del 22 de octubre menciona otras fuerzas movilizadas al poblado: “La misma noche que ocurrieron los hechos o en la madrugada del día siguiente, concurrieron al lugar efectivos del ejército, en número que yo estimé en una compañía, y además un grupo antiterrorista que tenía el ejército: unos diez o doce efectivos; llegó también un helicóptero Puma, y también llegó personal de Investigaciones, pero ignoro su unidad, pero no fueron más de nueve o diez”.

El informe reservado de carabineros detalla el trabajo de la Patrulla de Acciones Especiales (P.A.E.) esas primeras horas del sábado 22 de octubre de 1988. “A las 03:40 horas, este mismo personal en el frontis de la Posta de Primeros Auxilios desactivó un artefacto explosivo simulado, constatando que se trataba de un envase plástico de color blanco no transparente que contenía diluyente”.

“A las 04:20 horas, desactivaron, en las inmediaciones de la hostería Los Queñes, otro artefacto explosivo simulado, consistente en un tarro de conserva con dos cables eléctricos de color blanco y rojo, unidos a una pila de 6 watts”.



Caminata desde Los Queñes al norte

El grupo principal cruza el puente colgante sobre el río Teno. Alejo dirige la maniobra y manda a minar la vía de retirada. Insiste hombre a hombre en la necesidad de marchar a buen paso. Tienen que caminar la mayor distancia posible antes que amanezca. Hay una luna brillante, cielo despejado.

Caminan en columna manteniendo corta distancia entre combatientes. Va tirando del grupo Pelarco, que es muy fuerte y conoce el terreno a la perfección. Hay dos puntos de destino a unos 40 kilómetros al norte en línea recta. El padre de Araneda, que es carabinero retirado, vive en Las Peñas. Una parte de los combatientes será bajada por esa vía para regresar a la ciudad. Tamara y Alejo seguirán un poco más al nororiente hasta la casa de un profesor de Física que colabora con la organización. Claudio Araya es su nombre. Les espera en un conjunto de cabañas que se conoce como Comunidad Hueñi en La Rufina.

Pelarco camina rápido y el grupo responde. El último de la fila es Braulio, que va borrando huellas. Como una especie de barrendero. Sus herramientas son dos ramas de diferente tamaño. También un saco. Cada cierta distancia espolvorea pimienta. Lleva casi un kilo,

que molió en el campamento base. Es pimienta barata, para que los perros no puedan seguir el rastro.

Braulio, al iniciar la huida se cayó en un canal y se mojó el pantalón. Lo que recuerda de ese día es el frío en las piernas.

Alejo recorre la columna dando ánimo. El cansancio acumulado en los días previos a la operación es vencido por la euforia, por la sensación liberadora del combate victorioso. Ha sido el bautismo de fuego de la mayor parte de los combatientes. Para él, veterano de Nicaragua y jefe del Frente, es el cumplimiento de un sueño. Desde el 14 de diciembre de 1983, cinco años atrás, ha dirigido todas las operaciones, sobre el terreno, revisando los detalles, asumiendo la responsabilidad de cada hombre a su mando, corriendo los mismos riesgos, haciéndose cargo de éxitos y fracasos. Solo él sabe el número exacto de militantes que forman el Frente Manuel Rodríguez. Un puñado de combatientes. Es más un referente moral que una fuerza armada.

La columna descansa en cortas pausas. No deben enfriarse. Cristian y Cristóbal van muy cansados. Bigote lleva dos cantimploras con agua azucarada y las comparte, mientras, con su brusquedad característica, pide más rapidez. Tamara lleva el botiquín, que aun no se ha estrenado, y recorre la columna alentándola.

El motor de un helicóptero quiebra la tranquilidad del sector. Es un helicóptero de carabineros. Está a punto de amanecer.

Alejo ordena hacer campamento. Suben al oriente por un monte de vegetación cerrada. No pueden ser vistos desde el aire. Están divididos en pequeños grupos próximos entre sí.

Durante el día comen sus raciones frías, duermen y hacen guardia. Se acuestan sobre los ponchos y mantas. Algún plástico sirve de techo. Cada uno lleva pasas, chocolate, frutos secos y latas de atún. La basura se entierra y es aderezada con los polvos mágicos de Braulio. Bendita pimienta.

Escuchan el vuelo de helicópteros a diferentes horas. Están en la zona del Manzano, al norte, a más de 12 kilómetros en línea recta de Los Queñes.

Al atardecer, casi de noche, reanudan la marcha en el mismo orden de la primera jornada. Pelarco guía el grupo y Braulio borra huellas.

Las nubes llenan el cielo. Será una noche cerrada. Hay que caminar muy juntos. Esta jornada de marcha nocturna es más lenta que

la anterior. Cristian y Cristóbal están agotados. Se suceden los descansos.

A las 06:30 de la mañana se detienen. El sitio es bastante abierto y no protege de la observación aérea. No han podido avanzar más y la claridad del día es un muro infranqueable. Hay alturas alrededor desde las que también podrían ser vistos.

Alejo ordena que los combatientes se dispersen en parejas, que se diluyan en este terreno no favorable. Daniel y Braulio buscan cobijo bajo unos matorrales. Durante el día se van rotando para que siempre uno esté despierto. Solo se escucha el ruido de un helicóptero volando lejos.

Se reagrupan al anochecer e inician la marcha hacia la Sierra Bella Vista, evitando los caminos principales, tomando precauciones ante ruidos y ayudando a los que van más agotados. Tamara atiende a Cristóbal, que sangra por la nariz, como si se tratara de una herida terrible. Bromean. Cristóbal está exhausto, así como Cristian y la mayor parte de los combatientes. Esta jornada será la más lenta de todas. Y al amanecer del 24 de octubre establecen campamento en las cercanías de la Sierra de Bella Vista.

Hasta aquí han llegado los once combatientes con sus jefes principales, con todos los medios obtenidos del asalto a Los Queñes. Se acerca el momento crítico de la normalización.

A las 5 de la tarde se convoca una reunión en el campamento. Se juntan todos a escuchar a Alejo. Habla de la importancia del momento que están viviendo. Del inicio de una nueva fase en la lucha contra la dictadura. Felicita el trabajo realizado mencionando a todos.

Pide un esfuerzo final para completar exitosamente la misión. Todos deben salir del cerco enemigo.

Antes de terminar, Alejo manda a Braulio y Pelarco a explorar. Solo ellos conocen el destino final. Deben llegar a La Rufina para comprobar que no hay presencia enemiga en el lugar. Deben comprobar que todo está en orden, y regresar para poner en marcha al grupo. Cubren la distancia ida y vuelta en unas seis horas. Vuelven al inicio del 25 de octubre. Les esperan impacientes y apenas tienen tiempo para tomar un respiro.

Salen sobre la 01:00 ocupando sus posiciones habituales: Pelarco en la punta de vanguardia y Braulio eliminando rastros.

Marchan juntos hasta poco después de las 3 de la mañana.

Aquí se dividen en dos grupos. Bigote queda al mando de Cristóbal, Cristian, Marcelo y Milton. Hará campamento esa noche y esperará la orden para bajar con los combatientes por la zona de Las Peñas. En ese lugar vive el padre de Araneda, que es carabiniero jubilado.

El resto del grupo continúa en dirección norte. Antes de separarse dicen que se dirigen a la Argentina.

Con Alejo va Araneda, que irá a su casa a verificar que todo está en orden. Luego a las 5 de la tarde informará a Pelarco en un punto próximo al puente de Las Peñas. Con esa información Pelarco caminará hasta el campamento de Bigote para dar luz verde a la bajada del grupo.

Una hora antes de llegar a La Rufina Alejo ordena que Araneda se adelante y vaya a su casa. Busca compartimentar la ubicación de la cabaña del profesor Claudio Araya. La distancia entre ambos puntos es de pocos kilómetros en línea recta. En su camino, Araneda pasa muy cerca de la Comunidad Hueñi de La Rufina.

Bigote instala el último campamento. Esperará a Pelarco para después aproximarse a la casa de Araneda y bajar a los combatientes. Un elemento crea tensión esa noche. Bengalas rojas iluminan el cielo. Son muchas y en diferentes direcciones. Justo estallan cuando Bigote está hablando con todos sus hombres. Delante de todo el grupo Milton le dice que son bengalas militares. Está muy nervioso. El jefe le manda a callar y afirma que son cazadores, habituales en la zona. Después le habla aparte y le increpa con dureza exigiéndole que no siembre el pánico para evitar una estampida. En ese instante, mientras avanza a La Rufina, el grupo de Alejo observa las bengalas rojas. Aquí está claro que el enemigo rastrea la zona. Con muchos efectivos de Carabineros, Ejército y Policía de Investigaciones.

El grupo de Alejo llega cerca de las 9 de la mañana a casa del profesor, a plena luz del día. Daniel se queda en las inmediaciones con los fusiles SIG que traen desde Los Queñes.

Tamara y Alejo permanecerán en la cabaña, mientras Braulio, Pelarco y Daniel montan un campamento a unos 15 minutos de marcha junto al río Claro. Entre la cabaña y este campamento hay un sendero con mucha vegetación a ambos lados.

Mientras tanto Bigote organiza el campamento. En su grupo están los hombres más jóvenes y agotados: Milton, Marcelo, Cristian y Cristóbal.

Pasan el día preparando la normalización. Todos se afeitan y arreglan para enmascarar las duras jornadas de marcha a la intemperie. La señal para bajar la llevará esa tarde Pelarco, después de contactar con Araneda muy cerca del puente de Las Peñas. La cita es a las 5 de la tarde y no se producirá.

Araneda descansa en Las Peñas en la casa de su padre, un suboficial de Carabineros retirado. Es un lugareño más y puede moverse sin problemas. A la hora acordada se dirige al puente para contactar con Pelarco. Hay muchos efectivos de carabineros, pero él llega puntual a la cita. Escucha en la distancia gritos y carreras. Continúa caminando y después de simular unos minutos frente a un pequeño local, se devuelve. No tiene plan alternativo.

Pelarco camina hacia el Puente de Las Peñas, por el camino que baja de La Rufina hacia San Fernando. A menos de una hora. Debe ver a Araneda y avanzar hacia el campamento de Bigote para dar la señal de normalización.

A la altura del Cerro El Guanaco intentan detenerlo. Es un control de carabineros.

En el Informe reservado dice "...caminaba a pie un individuo sospechoso que vestía con chupalla y llevaba una manta colgada en uno de sus hombros. Ante esto, el personal se movilizó y se desplegó en abanico para cubrir la mayor amplitud del sector..." Logró zafarse del policía que intentó detenerlo, lo empuja y baja hacia el río Claro.

En varias declaraciones encontré, al leer el expediente, que este incidente es el que lleva al COPE a movilizarse al sector. Van guías y perros de la Escuela de Carabineros, además el helicóptero de la Prefectura Aeropolicial, comandados por el señor subprefecto de Colchagua, teniente coronel don Julio Verne Acosta" (éste fue detenido en octubre del 2007).

Fracasa el punto entre Araneda y Pelarco.

Como Pelarco no aparece, Bigote cambia el campamento, acercándose a la casa de Araneda. Decide que a primera hora del 26 de octubre bajará por parejas a los combatientes para que tomen el autobús a San Fernando.

A las 21:30 detienen a Araneda en su casa.

En el grupo del Bigote crece la tensión. Ugarte se le encara y le dice que bajar es suicida. Bigote impone su decisión. Es el único que está armado.

Finalmente, en la mañana del 26 de octubre marchan los combatientes por parejas. Primero Colina y Ledesma. Poco antes de las 8 de la mañana avanzan cerca de la intersección del camino de Las Peñas con el que va a la Sierra Bellavista. Al ver presencia enemiga se apartan de la vía y suben por un cerro. Pueden apreciar el despliegue de efectivos de carabineros. Deciden devolverse a avisar a sus compañeros. Son detenidos antes de conseguirlo. Bigote ordena que Ugarte y Donoso sigan el mismo recorrido. Efectivos del GOPE se abalanzan sobre ellos. Todos cuentan que vienen de casa de Araneda.

A los cuatro prisioneros los torturó personalmente Bezmalinovic. Inconfundible por faltarle un ojo.

Bigote escapa. Sólo queda la incógnita de cómo. En mi investigación tuve la declaración de un testigo que relata haber visto cómo bajan detenido a un hombre luego de la detención de los cuatro jóvenes. Nunca aparece esta detención en el proceso, ni Bigote lo informa a sus compañeros posteriormente.

El resumen desastroso es 5 detenidos.

En la Comunidad Hueñi de La Rufina esperan a Pelarco durante el resto del 25 de octubre.

El 26 de octubre tampoco aparece. Continúan Tamara y Alejo en la cabaña junto al profesor.

Durante la tarde Alejo y Claudio Araya exploran para cruzar el río Tinguiririca. Van al Hotel Buenos Aires, que está en dirección contraria al sendero que conduce a Braulio y Daniel.

Mientras Alejo permanece en la loma junto al hotel abandonado, Claudio Araya intenta dos veces el cruce. No lo consigue. Ese lugar es muy peligroso.

El cerco se estrecha y Pelarco sigue perdido. Escuchan las comunicaciones de carabineros a través del radio que han conseguido en Los Queñes.

Al mediodía del jueves 27 de octubre de 1988 regresa por fin Pelarco. Relata lo ocurrido. El forcejeo con carabineros y la huida. Ha estado dos noches oculto. Viene con los pies destrozados. Hambriento y agotado.

Tamara lo atiende, le quita las espinas.

Luego lo lleva por el sendero hacia Braulio y Daniel. Ha permanecido casi 48 horas fuera del campamento.

Tamara habla con los combatientes. Les dice que esa tarde se reunirán a las 19:00 junto al sendero. El plan es cruzar el río por la noche. La jefa fija citas de reserva para la mañana, mediodía y tarde del día siguiente. Por si algo falla.

Es el último encuentro de Pelarco, Braulio y Daniel con Tamara.

Bezmalinovic ha torturado con sus hombres a los detenidos. Sabe que los jefes están muy cerca y que tienen varias armas en su poder. Piensa que buscarán romper el cerco hacia Argentina por el sector Termas del Flaco. Es un dato que entregaron los detenidos, convencidos de su veracidad.

Simultáneamente, Braulio, Daniel y Pelarco permanecen junto al río Claro en espera del encuentro de las 7 de la tarde. Tamara y el profesor caminan de regreso por el sendero hacia la cabaña. Son las dos y media de la tarde del 27 de octubre. Llegan en el momento en que desde la puerta Alejo les hace señas para que se apuren. Dice que en la radio ha escuchado que efectivos de carabineros avanzan hacia la Comunidad Hueñi. Toma el bolso de camuflaje. Contiene dos revólveres, una granada, radios, ropa y documentos. Claudio debe permanecer en el lugar hasta que el enemigo se marche.

Avanzan por el sendero hacia los combatientes. Es su única salida. Va a la carrera con Tamara. El bolso es un estorbo.

Claudio Araya, el único testigo que los vio partir, se separa de ellos alrededor de cinco minutos antes de la llegada de los carabineros que lo detienen.

Hasta aquí, la recopilación de la historia con aporte de todos los sobrevivientes, quienes con mucho cariño colaboraron en reconstruir la última semana de vida del Alejo.

Comienza pues, la locura del expediente. Años de investigación, un silencio ensordecedor ante las declaraciones de los efectivos que participaron en la operación.

Y ese sendero que caminé muchas veces buscando respuestas. Fue en él donde fueron detenidos.

Relato el final de la historia:

Una vez detenidos, Tamara y Alejo el jueves 27 de octubre, alrededor de las 14:30 horas, son encerrados en la cabaña de Hueñi, esperando instrucciones. Bezmalinovic los custodia. Luego son trasladados

al abandonado Hotel Buenos Aires, donde tenían su centro de operaciones.

El viernes 28 son brutalmente torturados por Bezmalinovic. Suponemos que fueron interrogados por efectivos de la DIPOLCAR.

En estado agónico, al atardecer, son trasladados a orillas del Río Tinguiririca, en el sector del Encanche. Sus cuerpos ya sin vida permanecen alrededor de seis horas en el lugar. Son lanzados al río en la noche.

Y es en este momento de mi relato en que el viento se detiene, el dolor no tiene límites. Recuerdo una y otra vez un poema de Benedetti que escribió al Che:

Así estamos
 consternados
 rabiosos
 aunque esta muerte sea
 uno de los absurdos previsibles...

...así estamos
 consternados
 rabiosos
 claro que con el tiempo la plomiza
 consternación
 se nos irá pasando
 la rabia quedará
 se hará mas limpia

estás muerto
 estás vivo
 estás cayendo
 estás nube
 estás lluvia
 estás estrella

donde estés
 si es que estés
 si estás llegando

aprovecha por fin
a respirar tranquilo
a llenarte de cielo los pulmones

donde estés
si es que estás
si estás llegando
será una pena que no exista Dios

pero habrá otros
claro que habrá otros
dignos de recibirte
comandante.

E-mail al más allá

Alejo querido:

Te escribo, pensando que con esto del mundo virtual, que no conociste, tal vez tengas al otro lado un cyber-café donde leas tus correos. Muchas veces, en estos años, jugué secretamente a comunicarme así contigo.

Es mucho lo que tengo que contarte. ¿Recuerdas cuando llegabas los fines de semana de tu escuela y yo te veía venir desde el balcón en Alamar?



Calculo que tendríamos 15 y 19 años. Corría a llenar un balde con agua y el juego consistía en calcular que el agua llegara desde el 5° piso a tierra, justo cuando pasabas bajo el balcón. Subías empapado, y me pegaba como lapa a contarte todo lo que había acontecido en esos 5 días que no nos habíamos visto. Te besaba y abrazaba hasta que me mirabas con esa sonrisa tierna y decías... ¿Me das un chance para bañarme? Entonces me paraba en la puerta del baño y te seguía hablando.

Te echo mucho de menos. Tendría que contarte 19 años sin vernos. Imagino cómo sería un domingo hoy. Almuerzo familiar. Los niños grandes, tu relación con ellos, la comida de la mami (no ha cambiado en nada), y nuestro viejo padre presidiendo el almuerzo, con temas volados e interesantes. Pero sobre todo con alegría de tenernos. Terminaría con una guitarra, hoy tocada por los niños, y pidiéndoles a ti y al papi que no desafinen... y te echarías en el sillón a una siestecita.

Pero no fue lo que nos deparó la vida. Los domingos son sin ustedes dos, pero con la fuerza de sobrevivientes. Con la Tita y la Andre hemos salido adelante con unos niños maravillosos. Te habría encantado conocerlos. Cada uno es distinto y con el sello inconfundible familiar de esa locura creativa y una profunda sensibilidad.

Hoy me llamó Miguel desde Bolonia para decirme que me enviaba el borrador de este libro que está escribiendo la mami sobre ti. Me cuesta leerlo. Es repasar tu vida. No me atrevo, pero de a poco me voy reencontrando.

Me propuse investigar tu muerte. Durante un largo tiempo leí el proceso, entrevisté a los sobrevivientes, siempre con el apoyo incondicional de Rodrigo, quien se fue convirtiendo en un verdadero hermano (No te pongas celoso, alégrate por nosotros y por él). Fui a tribunales, Corte Suprema, Consejo de Defensa, Dirección General de Carabineros, ministros de la Corte. Siempre con el Rafa Walker, amigo inseparable de todas estas andanzas desde que nos propusimos que solo tenía sentido hacer justicia por Cecilia y tú juntos.

Supe en detalle la última semana de tu vida. Estuve en Los Queñes, La Rufina, el Tinguiririca. Recorrí cada rincón. Imaginé tu estadía, tus emociones, tus pensamientos. Sabes que no nos es difícil ponernos en los zapatos del otro. Recuerdo cuando abriste

ese inmenso Larousse que teníamos en La Habana y me dijiste:...
“Normal: Común a la mayoría. Escúchame bien y que no se te olvide.
No somos normales. Y que eso nunca te aflija”... Te imaginarás que
a los 17 años te miré con ojos de huevo frito. Hoy tengo la certeza
y la calma de los años para encontrarte toda la razón.

Y por eso comprendo Los Queñes. Y por eso te admiro, aunque
el mundo cuestione tu locura. El mundo está lleno de generales
después de la guerra.

El sendero donde te tomaron lo caminé, lo soñé y te vi partir. Donde
tuviste certeza de la traición: el Hotel Buenos Aires. Donde supe que
el tuerto asesino terminó su labor: la orilla del río. Pero, hermanito,
tu vida fue hermosa. De ti aprendí y aprendo hasta hoy la infinita
fuerza de encontrar la felicidad en la entrega por los otros. Es difícil,
y el costo infinito.

Hoy muchos te recuerdan: nosotros, tus amigos y compañeros, y
muchos que no te conocieron.

Créeme que tu vida valió la pena... la pena que hoy sentimos.
Sembraste la semilla del hombre nuevo, desde nuestro concepto.
Como diría el papi, son miles de años los que se necesitan, pero el
mundo avanza...

Dejo estas líneas por hoy, tengo que ir a trabajar, comienzo una
investigación muy interesante que ya te contaré... y te lleno de
besos, como siempre. Te quiero más que mucho.

CARLA
2007-10-08

Índice

Prólogo	7
Presentación	9
Raúl Pellegrin, mi hijo	13
1958: Dos luceros claros	13
Sus orígenes: Besarabia, Loncoche, Chillán, París y Odessa	16
1960: Silabario habanero	17
“El líder no quiere que lo bañen”	18
1962: A recibir una hermanita a Chile	20
Regreso sin visa	21
1964: Largo peregrinar por Europa	23
Esperando la partida desde Génova	26
En barco hacia la patria	27
¡Un perro chileno! ¡Un perro chileno!	28

1965: “Querido diario”	29
Del Colegio Inglaterra a La Girouette	29
En el colegio La Girouette	30
Una larga ventana en la casa de calle Puerto de Palos	33
1969: Tribunal Infantil	35
Aventuras precordilleranas	35
“No sabía que me querían tanto”	36
Entre mantarrayas y zorritos	39
El Valle de la Luna	40
“Piedra en la piedra”	43
Protección a la hermana chica	43
La sociedad de las codornices	47
En la edad del pavo	48
Tomates en Rengo	49
Cartas a la familia	50
El 11 de septiembre de 1973 en Isla de Pascua	53
“Ahora soy Alejandro”.	
Asilo en la embajada de la República Federal de Alemania	57
1973-1976: Exilio en Frankfurt-Am-Main	63
Estudios por correspondencia	66
“Ese chilote marino” del Conjunto Víctor Jara	68
De la vida en Frankfurt	71
Testimonio de Ruth Kries:	74
“No humillarnos nos hizo bien a todos”	74

1976-1983: Exilio en Cuba	79
Regalones a su hija	81
Sobre los estudios de Raúl Alejandro	83
De la Escuela Inter-Armas General Antonio Maceo	84
En Nicaragua	89
Panchita, su esposa, escribe sobre la experiencia nicaragüense	91
De regreso a Chile	97
“Chino” Rojas responde mis dudas	97
¿Como es nombrado Rodrigo primer jefe del Frente Patriótico Manuel Rodríguez?	97
Conductor y constructor	98
¿Cuál fue su forma de trabajo?	98
Contradicciones con el Partido Comunista	101
¿Por qué los rodriguistas querían y respetaban a Rodrigo?	102
Su regreso a Chile	103
Carta de Alejandro a Panchita	103
Otras acciones	104
Concepción de la Guerra Patriótica Nacional (GPN)	112
Víctor Díaz, otro de sus compañeros cuenta:	115
Carta de la Comandante nicaragüense Dora María Téllez:	117
Del “Colectivo Audiovisual Rodriguista”	120
Amores que le conocí	123
Jussí, uno de sus amigos, recuerda sus experiencias del año 1986:	125
Sobre la comandante Tamara	128

Esos últimos meses	130
Raúl, su papá, dijo en una entrevista	133
2007: Aniversario de la emboscada	134
Una conversación especial	137
Velatorio y funeral de mi hijo	139
Liturgia	145
Su hija Carla Iskra, escribe	148
Testimonio del obispo emérito de Linares, monseñor Carlos Camus	150
Despedida en La Rufina	151
Los últimos días de Benjamín, Ricardo, José Miguel, Rodrigo, o simplemente nuestro Alejo	152
E-mail al más allá	165

**ESTE LIBRO HA SIDO POSIBLE
POR EL TRABAJO DE**

Comité Editorial Silvia Aguilera, Mauricio Ahumada, Carlos Cociña, Mario Garcés, Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulian, Nain Nómez, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, Hernán Soto, José Leandro Urbina, Verónica Zondek **Asistente editorial** Verónica Sánchez **Proyectos** Ignacio Aguilera **Diseño y Diagramación Editorial** Ángela Aguilera, Paula Orrego, Alejandro Millapan **Corrección de Pruebas** Raúl Cáceres **Exportación** Ximena Galleguillos **Página web** Leonardo Flores **Comunidad de Lectores** Olga Herrera, Francisco Miranda **Secretaría Distribución** Sylvia Morales **Ventas** Elba Blamey, Luis Fre, Marcelo Melo, María Olga Fuentealba **Administración distribuidora** Francisco Cerda **Bodegas** Jaime Arel, Jorge Peyrellade **Librerías** Nora Carreño, Ernesto Córdova **Secretaría Gráfica LOM** Tatiana Ugarte **Comercial Gráfica LOM** Juan Aguilera, Marcos Sepúlveda **Servicio al Cliente** Elizardo Aguilera, José Lizana, Guillermo Bustamante **Diseño y Diagramación Computacional** Claudio Mateos, Nacor Quiñones, Luis Ugalde, Luis Gálvez **Coordinador de diagramación** Ingrid Rivas **Producción imprenta** Pedro Pablo Díaz **Secretaría Imprenta** Jazmín Alfaro **Impresión Digital** Carlos Aguilera, Efraín Maturana, William Tobar **Preprensa Digital** Daniel Véjar, Felipe González **Impresión Offset** Eduardo Cartagena, Freddy Pérez, Rodrigo Véliz, Francisco Villaseca **Corte** Eugenio Espíndola, Sandro Robles **Encuadernación** Alexis Ibaceta, Rodrigo Carrasco, Sergio Fuentes, Aníbal Garay, Pedro González, Carlos Muñoz, Luis Muñoz, Gabriel Muñoz **Despachos** Miguel Altamirano, Pedro Morales, Felipe Gamboa **Supervisión de costos** Jorge Slachevsky **Administración** Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, Diego Chonchol.

LOMEDICIONES